

Fray Marcos

¡atrévete! da el salto



sin libertad, nunca podrás salvarte

ÍNDICE

Introducción	3
I Significado de "salvación"	6
Aclarando conceptos.....	6
El mito de la caída, cae por su peso.....	7
La salvación debe ser positiva.....	8
Dios no tiene que rectificar su obra.....	9
La salvación de Jesús fue rechazada.....	9
Si no hay caída, nadie tiene que levantarme.....	10
Adán y Eva no tienen la culpa.....	11
La salvación empezó en el Big Bang.....	11

II Historia de la salvación	13
Salvación en otras religiones.....	13
La salvación en el AT.....	14
Salvación en el judaísmo del s. I.....	17
¿Qué salvación que vivió y predicó Jesús?.....	18
Salvación en el primer cristianismo.....	22
La salvación en Pablo.....	24
La salvación durante 20 Siglos.....	27
III Ofertas de salvación hoy	28
Oferta de la ciencia y la técnica.....	30
Oferta del dinero.....	31
Ofertas consumistas-hedonistas.....	32
Oferta de la psicología.....	34
Oferta de la filosofía.....	34
La cibernética, horizontes insospechados.....	36
IV ¿De qué me tienen que salvar?	36
¿Me salvan del mal físico? (limitaciones).....	38
¿Me salvan del mal moral (pecado)?.....	39
¿Me salvan del dolor y el sufrimiento?.....	43
V ¿Qué se salva de mí?	44
¿Se salva el alma o se salva el cuerpo?.....	45
¿Se salva la conciencia?.....	46
Salvación aquí o para el más allá.....	47
Salvación del hombre o del mundo.....	48
VI ¿Quién me salva?	49
¿Me salva Dios o me salvo yo?.....	49
¿Salva la fe o salvan las obras?.....	52
¿Me salvó Jesús?.....	54
¿Salva la religión?.....	57
¿Salva la Escritura?.....	59
¿Salvan los sacramentos?.....	60
¿Me salva la oración?.....	66
¿Me salva el ayuno?.....	72
¿Nos salva la limosna?.....	76
¿Nos salva la ecología?.....	79
VII ¿Cómo debe ser esa salvación?	79
¿Salvación material o salvación espiritual?.....	80
¿Salvación para el más acá o para el más allá?.....	80
¿Salvación individual o colectiva?.....	81
¿Es idéntica para todos?.....	83
¿Se puede conocer antes de alcanzarla?.....	83
¿Podemos saber si estamos salvándonos?.....	84
VIII Salvación humana e instituciones	85
La familia.....	86
El pueblo.....	86
La nación.....	87
La Iglesia.....	88

La escuela.....	89
IX enemigos internos de lo humano.....	90
La mentira.....	90
La ignorancia.....	91
El individualismo.....	92
La masificación.....	93
El miedo.....	93
Los prejuicios.....	95
X No hay meta, no hay final.....	96
La punta de lanza de la evolución.....	97
Más humano más divino.....	100
Peligroso salto hacia delante.....	101
Ser cristiano significaría ser más humano.....	102
Humanidad y convivencia.....	103
Consumiéndome cumpliré mi tarea.....	105

Introducción

No hay ningún anhelo más arraigado en todo ser humano que el deseo de felicidad. Sin embargo, la inmensa mayoría de nosotros la buscamos donde no está. En realidad la felicidad no se puede buscar directamente, es consecuencia de otros logros que sí podemos conseguir. Si desplegamos todas nuestras posibilidades de ser, conseguiremos armonía, paz, equilibrio interior y exterior y la felicidad aflorará sin traumas.

El único objetivo de este escrito es que despiertes y no sigas buscando fuera lo que ya tienes dentro. Ni la prisión más oscura ni el gozo sensorial más acabado son la verdadera realidad, ambos extremos son solo sueños, a los que damos demasiada importancia. Despertar es encontrarse con la Realidad. Si fuera fácil todo el mundo lo alcanzaría. La mayoría vivimos infelices, encarcelados en nuestros sueños.

El despertar del que hablamos, sería el nuevo paso de la evolución, que lleva 13.700 millones de años avanzando desde casi la nada, y no puede detenerse. Despertar sería dejar de llevar una vida puramente biológica, psicológica, racional e intentar avanzar hacia la plenitud de humanidad. La evolución sigue adelante, desde el nivel en que estamos hacia el ideal de humanidad que ya se ha manifestado en algunos.

Tomar conciencia de esa posibilidad, es el primer paso para no quedarse estancado. La punta de lanza de esa evolución, será siempre cosa de muy pocos. Nada impide que seas uno de ellos. Debes tomar conciencia de que, ni Buda ni Confucio ni Jesús ni Gandhi ni ninguno de los seres humanos que tanto admiramos, eran distintos de lo que tú eres. Lo que ellos descubrieron y desplegaron lo puedes descubrir y vivir tú.

También tú puedes desplegar tu humanidad hasta el infinito. Nada te impide superar el estancamiento en lo que crees ser. Lo que intento con este escrito es animarte a ir adelante sin complejos. Despliega todas las posibilidades que están ya a tu alcance. No sigas obsesionado y quejándote de lo que echas en falta. No caigas en la trampa de esperar nada de nadie. Ni siquiera Dios puede darte nada porque ya te lo ha dado todo.

Pero debes comprender que no se trata de ser más guapo, más listo, más religioso, más..., sino de ser simplemente más humano. Todo lo que apetece y ansías, todo aquello por lo que luchas pero no te hace más humano, debe pasar a segundo plano. Debes valorar tus cualidades accidentales, es decir, las que puedes tener o no tener, pero no debes dejarte obsesionarte hasta el punto de hacerte olvidar lo esencial.

La salvación de la que vamos a hablar no puede ser un privilegio que se concede a unos pocos. Si no está al alcance de todos, quiere decir que es una trampa. La realidad nos dice que siempre habrá una punta de lanza de la evolución que estará sostenida por muy pocas personas, incluso puede ser desarrollada por un único ser humano. Pero eso no quiere decir que el resto no podamos alcanzarla.

Existen toneladas de libros sobre la salvación. En todas las religiones, pero sobre todo en la nuestra, era tema obligado en todas las teologías. La soteriología es la clave de toda cristología, pero como es inevitable la acción de Dios para explicar cualquier clase de salvación, todo tratado sobre Dios debe incluir la forma como Dios salva al hombre. Pero ese discurso suponía un Dios soberano y un hombre marioneta.

En realidad, todas las religiones ofrecen como centro de su mensaje una determinada salvación. Es más, creo que lo que de verdad buscan todos los que se acercan a una religión es precisamente la seguridad de esa salvación. Naturalmente cada religión la matiza con especiales señuelos, pero el trasfondo es siempre el mismo: asegurar el no caer en la disolución absoluta de mi propio ser.

No se trata de tirar por la borda todo el ingente material que ha llegado a nosotros como si fuera una sarta de disparates. Se trata de afrontar las limitaciones que nos atenazan y avanzar en la solución de un problema que nunca estará del todo resuelto. Esto fue lo que intentaron los teólogos de todos los tiempos. Consiguieron exculpar a Dios del mal que nos envuelve pero dejaron al ser humano para el arrastre.

Nunca fue fácil definir teóricamente el concepto de salvación, pero hoy menos que nunca podemos concretar un significado que satisfaga mínimamente a todos. Las posibilidades de salvación son hoy casi infinitas y todas ellas tienen defensores acérrimos que no están dispuestos a cambiar de opinión. Si de la teoría pasamos a la práctica la cosa se complica aún más pues las maneras de vivir son tan variadas como las personas.

Tampoco las religiones se libraron de la trampa de unas ofertas de salvación descabelladas. Desde una visión mítica del hombre, del mundo y de Dios se elaboraron soteriologías alambicadas que no tenían la menor racionalidad. Metiendo a dioses y demonios en la construcción de esas salvaciones nos hemos ido por los cerros de Úbeda y hemos olvidado nuestra realidad cotidiana y la posibilidad de darle solución humana.

Incluso nuestra religión, siguiendo pautas ancestrales, se adentró por espinosos caminos al proponernos la necesidad de la cruz para liberarnos del pecado. Todas las argumentaciones sobre el sacrificio vicario y la reparación de una ofensa infinita, han sido superadas, en gran parte gracias a certeras aportaciones del Vaticano II. El sofisticado argumento de S. Anselmo condicionó la soteriología del último milenio.

Durante todo ese tiempo se llegó a explicaciones peregrinas e increíblemente retorcidas que machacaron a infinidad de personas sensibles. Lo que se busca en toda religión que se precie, es precisamente que me asegure una salvación, si no es posible aquí, por lo menos para el más allá. Todas responden a exigencias muy humanas, demasiado humanas, como diría Nietzsche, pero que se quedan en lo anecdótico.

Analizar todas esas soteriologías, sería una tarea interminable. No tendría sentido volver sobre conceptos ya superados. Por mucho que nos empeñemos, la idea de redención, sacrificio, expiación, liberación, rescate, predestinación, regeneración, tan utilizados a través de los siglos para dar cuenta del valor de la persona de Jesús o del amor de Dios hacia el hombre, deben ser superadas desde una perspectiva no mítica.

Mi intención es proponer elementos de juicio para afrontar el tema desde el nuevo paradigma en el que nos encontramos hoy. Haría el ridículo quien pensara que me creo más que S. Agustín o Santo Tomás. No se trata de creernos más que nadie sino de ser veraces y no escamotear el problema que se nos plantea. La solución tenemos que intentarla desde la perspectiva de los seres humanos del siglo XXI.

Para superar perspectivas antiguas es imprescindible aceptar la nueva idea que hoy tenemos de Dios, del hombre y del mundo. El Dios soberano omnipotente y residente en lo más alto del cielo ha dado paso al Dios cercano, fundamento de cada criatura e identificado con ella. La idea del hombre miserable incapaz de nada bueno ha dado paso al ser humano autónomo y responsable absoluto de sus actos.

Queremos conducir la reflexión por el camino sencillo de la toma de conciencia actual de la realidad humana, tal como la reconocemos hoy. Intentaremos buscar la verdadera salvación del hombre en lo que tiene de humano. No partiremos de la idea del hombre y Dios como dos realidades separadas y a veces encontradas, sino como una sola realidad, que da al hombre capacidades insospechadas de plenitud.

Intentaremos acercarnos a esa posibilidad de plenitud humana como la clave de toda búsqueda de una verdadera salvación. La salvación de la que vamos a hablar, es un proceso que debe desarrollarse desde dentro del ser humano. Ninguna salvación que nos llegue de fuera, sea como un regalo sea como un logro, puede satisfacer las exigencias del hombre desarrollado y consciente de sus límites y posibilidades.

Pero debemos asumir con la misma rotundidad, que ninguna condenación que nos venga de fuera puede eliminar ni lo que somos ni lo que podemos manifestar desarrollando en profundidad nuestra humanidad. Ningún ser, ni humano ni divino, puede anular nuestra verdadera naturaleza e impedir que despleguemos todas nuestras posibilidades de plenitud.

El concepto de salvación que vamos a manejar no es el de un ser humano miserable, a quien tienen que cambiar de arriba a abajo para poder sacar de él algo de provecho. Todas las posibilidades de plenitud de las que hablaremos aquí las tiene todo hombre al alcance de la mano. Para conseguir esa plenitud no se exige ningún esfuerzo sobrehumano sino estar más atento a lo que tiene dentro que a lo que ve fuera de él.

Cada uno debe ser artífice de su salvación. El pobre debe librarse de su pobreza, el rico de su riqueza, el sabio de su sabiduría, el ignorante de su ignorancia, el enfermo de su enfermedad, el sano de su salud. Todos esos logros o carencias son engaños. El valor del todo hombre está más allá de esos vaivenes. El dar tanta importancia a lo secundario nos ha impedido descubrir lo que vale de veras, lo esencial.

No será fácil descubrir el significado que quiero dar a la "salvación". No va a ser el sentido que le hemos dado la mayoría de los creyentes. Salvase es la tarea más importante que debe desarrollar todo ser humano. Los creyentes deben superar la trampa de una salvación puramente espiritual para el más allá, y los no creyentes deben comprender que su tarea también consiste en desplegar al máximo su humanidad.

No puede haber una salvación espiritual que no implique la totalidad del hombre, es decir, que afecte a todas sus dimensiones. Verdadera salvación debe identificarse con plenitud de humanidad; y no puede haber una salvación humana que no sea, a la vez, divina. Este va a ser el hilo conductor de toda esta reflexión. Por no tener esto en cuenta hemos caído los unos y los otros en verdaderas aberraciones.

El principal propósito de esta introducción es ayudar al lector a colocarse en la misma perspectiva desde la que he escrito este ensayo. Ya sé que es un objetivo inalcanzable, pero si no intentamos mirar desde el mismo ángulo, será imposible que podamos vislumbrar el mismo panorama. Sé que estoy pidiendo un gran esfuerzo, pero debes considerar que mayor esfuerzo he tenido que hacer yo al escribir estas propuestas.

I

Significado de "salvación"

Aclarando conceptos

Ya insinuamos que la primera dificultad que vamos a encontrar al tratar este tema será la misma palabra "salvación". La diversidad de conceptos que en ella seguimos escondiendo hace casi imposible la precisión en el lenguaje. Ponernos de acuerdo en el sentido que queremos dar a esa palabra no va a ser fácil. Distintos conceptos se han ido adhiriendo a la palabra a través del el uso continuado y terminamos confundiéndolos.

El uso cotidiano no religioso del término, nos puede ayudar a comprender mejor lo que quiero decir. Normalmente, en el uso mundano, la palabra salvación quiere indicar que se ha salido o se ha sacado a alguien de una situación de extrema gravedad, en la que se estaba a punto de perder algo esencial. Esta connotación negativa nos ha metido por un callejón sin salida a la hora de aplicarla a la totalidad del ser humano.

En un hospital puede haber 500 enfermos, todos con alguna enfermedad grave, pero se dice que el médico ha salvado a fulano. Quiere decir que ese paciente estaba a punto de perder la vida y que el médico consiguió superar ese peligro extremo. Aquí salvar significa impedir que alguien que estaba muy cerca de la muerte, muriera. El peligro inminente es el punto de referencia, desde el cual se da sentido a la palabra salvación.

Creo que hoy sería más adecuado emplear otros conceptos como, plenitud, identidad, unidad, armonía, felicidad, libertad, perfección. Sin dejar de ser lo que es, el hombre puede experimentar, como tal, una realidad interior, que le permite trascender sus limitaciones sin necesidad de que alguien las elimine. Ni la enfermedad, ni el pecado, ni la certeza de la muerte, pueden impedirle ser plenamente hombre.

Concretando un poco más, podíamos decir que el hombre puede ser plenamente humano a pesar de sus limitaciones y puede experimentar la trascendencia. Puede vivir lo espiritual que le penetra. Puede en el tiempo, conectar con la eternidad y vivir aquí y ahora algo definitivo. Esas posibilidades las tiene todo hombre. No tiene que esperar que nadie le aporte ningún suplemento ni temer que nadie pueda arrebatárselas.

Buscando sinónimos de 'salvación' en el diccionario, me encontré con esto: liberación, rescate, redención, beatitud, bendición, gloria, bienaventuranza, predestinación, sacralidad, inmortalidad, santidad, cielo, edén, empíreo, paraíso. Está claro que ninguno nos sirve para

expresar lo que queremos decir en este escrito con la palabra 'salvación' porque todos están impregnados de matices míticos y espiritualistas.

Para aplicar este concepto al orden religioso, se montó todo un tinglado mitológico sobre el estado original del ser humano. El mito del hombre caído, fue el recurso utilizado para elaborar una teología negativa sobre el hombre, que exigía, a renglón seguido, la intervención de Dios para que la vida tuviera algún futuro. Se supone que el hombre, él solito, desbarató toda posibilidad de ser humano, cayendo en la inhumanidad.

Desde una perspectiva completamente negativa, se da por supuesto que el hombre pecó. Dios no tuvo más remedio que castigarle, retirándole su estado original de beatitud total. El ser humano queda hundido en la miseria más absoluta. Nunca podrá salir de ese abismo y tiene que recurrir a Dios, que es el único que puede salvarle. Ya hemos colocado la trampa perfecta de la que nadie podrá escapar.

Dios está dispuesto a salvarle de esa situación de postración extrema, pero como no puede renunciar a ser justo, tiene que exigir para ello un rescate adecuado. El hombre es ya incapaz de hacer nada que pueda agradar a Dios para recuperar el estado original, luego tiene que acudir a otro ser que sea a la vez humano y divino. Volveremos sobre el tema porque es uno de los mayores obstáculos para poder resolver el problema.

Con los conocimientos que hoy tenemos sobre el hombre y su largo proceso de evolución, no tiene ningún sentido apelar a la mitología para explicar los fallos radicales que encontramos tanto en nuestro ser y en nuestro actuar. El ser humano sigue haciéndose hoy como hace un millón de años y seguirá evolucionando mientras esté sobre la tierra. Esa misma posibilidad de evolucionar exige la posibilidad de ser más.

Ojalá pudiéramos prescindir de la palabra y del concepto "salvación". Pero los conceptos no podemos cambiarlos a capricho, son convenciones de una comunidad que obedecen a procesos muy largos que ni se pueden detener ni se pueden revertir a voluntad. Tendremos que seguir utilizando la dichosa palabra si queremos seguir entendiéndonos, pero intentando determinar el concepto que queremos poner en ella.

El mito de la caída cae por su peso

Hoy no podemos aceptar el mito de la caída como punto de partida para hablar de la salvación del hombre. Gracias a Dios, hemos superado la idea de un dios antropomórfico que actúa como un ser humano más, en sus relaciones con nosotros. Dios no tiene actos. No influye en la realidad como causa segunda ni puede ser objeto de la actuación de ninguna criatura. Dios no tiene nada que dar. Él mismo es don total.

Hemos repetido como papagayos ideas míticas ancestrales. Ni siquiera el cristianismo ha sido original al proponerlas. Hace seis mil años, el hombre no tenía posibilidad de escapar a la explicación mítica para dar razón del pecado cuya constatación era evidente. Hoy la visión del hombre y de Dios ha cambiado lo suficiente para permitirnos encontrar otra respuesta más de acuerdo con la realidad que seguimos constatando.

El ser humano no tiene capacidad de ofender a Dios de ninguna de las maneras. Esa idea de Dios es tan ridícula que ha quedado superada por la simple lógica del progreso. El hombre no puede quedar "damnatus", es decir hundido en la miseria para siempre, porque otro haya desobedecido a Dios. Esta visión del hombre sigue siendo mitología que pretende dar una explicación irracional al mal que constatamos.

Hoy sabemos que el hombre es el último eslabón de una evolución, que ha durado más de tres mil millones de años. La clave está en reconocer que, a pesar de esos logros, el ser humano sigue siendo una criatura y por lo tanto limitado en todos los aspectos de su compleja constitución. Esos fallos no debemos interpretarlos como carencias insoportables sino como limitaciones, que hacen posible un futuro mejor.

La salvación debe ser positiva

La salvación no puede consistir en eliminar todas nuestras limitaciones, porque al ser contingentes, si eliminas unas, aparecerían otras. La plenitud tiene que alcanzarla como ser humano que es, no dejando de ser lo que le constituye en ser. La verdadera salvación humana debemos conseguirla, desplegando las posibilidades que tenemos aquí y ahora, a pesar de las limitaciones que seguirán con nosotros.

Creo que hoy sería más adecuado emplear otros conceptos como, plenitud, identidad, unidad, armonía, felicidad, libertad, plenitud de sentido. Sin dejar de ser lo que es, el hombre puede experimentar, como tal, una realidad interior, que le permite trascender sus limitaciones sin necesidad de que alguien las elimine. Ni la enfermedad ni el pecado ni la certeza de la muerte, pueden impedirle ser plenamente hombre.

Concretando un poco más, podíamos decir que el hombre puede ser plenamente humano y desplegar la trascendencia a pesar de sus limitaciones. Puede vivir lo espiritual que le penetra. Puede en el tiempo, conectar con la eternidad y vivir aquí y ahora algo definitivo. Esas posibilidades las tiene todo hombre; no tiene que esperar que nadie le aporte ningún suplemento ni temer que nadie pueda arrebatárselas.

Hoy tenemos conocimientos suficientes para descubrir errores fuertes a la hora de interpretar la salvación que Jesús propuso. En nuestra interpretación del NT, salvación se ha equiparado a redención. La segunda acepción del verbo salvar en el diccionario de la RAE dice: "dar Dios a una persona la gloria eterna". Proyectándonos al otro mundo, estamos minimizando al hombre y anulando sus verdaderas posibilidades de ser.

Distinguir la experiencia personal del lenguaje que se ha utilizado para expresarla, es clave para entender la Escritura. Lo que vivió Jesús fue tan novedoso que no existían conceptos para transmitirlo. Ni lo que Jesús entendió por 'Dios' ni lo que entendió por 'hombre' pudo ser expresado con los conceptos judíos. Esto obligó a meter el vino nuevo en odres viejos, que a final no fueron capaces de aguantar la fuerza de lo nuevo.

Lo malo de nuestra religiosidad hoy es que en vez de buscar odres que aguanten el vino fuerte de la nueva visión que Jesús nos ha propuesto, seguimos intentando solucionar el problema echando agua al vino para que pierda su mordiente. Nuestra religión hoy se ha convertido en una cataplasma externa que no afecta para nada a nuestro ser esencial. No debemos extrañarnos de que cada día tenga menos seguidores sinceros.

El pueblo judío vivió atormentado por la necesidad de superar la tremenda diferencia entre la santidad de Dios y la impureza inevitable del ser humano. La totalidad del culto estaba dominada por esta idea. Para acercarse a Dios y poder alabarle había que ser puro como Él. Como la experiencia nos dice que no estamos limpios, se inventaron infinidad de ritos de purificación para poder superar la infranqueable diferencia.

La expresión de Pablo: "murió por nuestros pecados" es un intento de interpretar la figura de Jesús desde la perspectiva de culto sacrificial del templo. Esos sacrificios se consideraban indispensables para que Dios devolviera la pureza perdida por el pecado. Hoy tenemos

conocimientos suficientes para ver las cosas de otra manera. Conocemos mejor al ser humano y sus posibilidades, que no le vienen de fuera sino de dentro.

Para Pablo, Jesús consiguió superar esa separación insalvable entre Dios y el hombre, con un único sacrificio, la muerte en la cruz. Los textos de los profetas que quieren justificar esta visión, están violentados y no quieren decir lo que se les ha hecho decir. Jesús nos salvó viviendo una vida humana plena, no muriendo de una manera inhumana. Ridiculizamos a Dios cuando pensamos que necesita una reparación por la ofensa.

Hablar hoy de salvación es plantearse el sentido último de la vida humana. No se trata de darle sentido a la vida, sino de descubrir el que ya tiene. Esto debe de convertirse en el principal objetivo de nuestra vida. Estamos aquí para alcanzar esa meta. La contradicción que tenemos que sortear es que debemos tener como fin algo que no conocemos, y no lo conocemos porque no nos conocemos a nosotros mismos.

Ya hemos dicho que es muy difícil ponerse de acuerdo en un concepto tan manoseado como el de "salvación". Tendríamos que olvidarlo e intentar llegar al concepto adecuado a través de otro lenguaje. En realidad todo el discurso de este pequeño escrito está encaminado a dilucidar de que salvación estamos tratando e intentar concretar la manera de expresarlo con un lenguaje humano sencillo, que podamos entender todos hoy.

Dios no tiene que rectificar su obra

Desde una visión mítica del hombre y de Dios, cabía esperar de ese Dios poderoso, que está en alguna parte por ahí fuera, viniera a salvarnos. Pero si tomamos conciencia de que no hay nadie ahí fuera, sino que el único Dios que existe está en el centro de nuestro ser, se hace muy complicado hablar de que pueda venir a salvarme; o peor aún, que mande a un Hijo a morir en la cruz para que nos salve.

La salvación no puede venir de fuera. En el evangelio se dice que "nada que venga de fuera puede manchar al hombre". Podemos decir con la misma rotundidad que nada que venga de fuera puede salvar al hombre. Dios está ya más dentro de nosotros que lo más íntimo de nosotros mismos, como decía S. Agustín. Tomar conciencia de lo que ya somos será la clave para desplegarlo a lo largo de nuestra vida.

Descubrir esa presencia como un germen que tiene que desarrollarse hasta transmitir la Vida que hay en él a todo nuestro ser, sería una manera de superar las ideas míticas de salvación. Es lo que pasó en Jesús. Dios no era para él solo el centro de su ser sino que toda su persona quedó invadida y transformada por esa realidad. Vivir lo mismo que vivió Jesús será la única salvación posible para nosotros.

Tal vez el mejor camino sería empezar por desenmascarar el ingente cúmulo de falsas salvaciones que la sociedad de hoy nos quiere meter por los ojos. No será fácil disuadir a la mayoría de los hombres de seguir buscando la salvación donde no está. Es verdad que la salvación que sigue esperando esa mayoría no es la verdadera salvación, pero la que nosotros les ofrecemos desde la religión tampoco convencerá a muchos.

La salvación de Jesús fue rechazada

La novedosa salvación que ofreció Jesús fue rechazada de plano por todos aquellos que creían firmemente que ya estaban salvados. Ellos no necesitaban ninguna salvación. Ya la habían conseguido con su inquebrantable seguridad en el cumplimiento de la Ley y el culto en el

templo. Esta postura farisaica la hemos recuperado los cristianos en muy pocos siglos de historia, a pesar de las enseñanzas de Jesús.

La salvación ni se puede recibir ni nos la pueden dar como un todo terminado. La salvación tiene que ser un proceso, una evolución que me va llevando desde la periferia al centro de mi propio ser donde puedo encontrar la plenitud que soy. En la medida que descubra lo que soy y viva esa realidad, estoy salvado. En la medida que permanezca en la periferia, engañado por lo que creo ser, estoy perdido.

La salvación no consiste en alcanzar una perfección ni humana ni divina. La salvación no puede eliminar mi contingencia y mis limitaciones. Mi plenitud tendrá que ser siempre plenitud humana, es decir, conservando mi condición de criatura y las limitaciones que, como ser humano, son inherentes a mi propio ser. Si pretendo ser otra cosa, estoy distorsionando mi existencia y destrozando mis posibilidades de plenitud.

Nos acercamos a la verdadera salvación en la medida en que vamos descubriendo y desplegando lo mejor de nosotros mismos y nos acercamos a nuestra auténtica humanidad. Esa plenitud es en cada uno de nosotros una posibilidad que tenemos que ir convirtiendo en algo real. En lo más hondo de nuestro ser podemos encontrar los planos de un edificio que tenemos que ir edificando durante toda nuestra vida.

Si no hay caída, nadie tiene que levantarme

No hay manera de afrontar con un mínimo de rigor el tema de la salvación, si no superamos el mito de la creación de un hombre perfecto y de su posterior caída. Esta mitología impregna toda la teología que ha llegado a nosotros e impide un planteamiento adecuado del tema. El hecho de que haya sido aceptada sin crítica durante veinte siglos no garantiza que pueda seguir ayudando hoy a comprendernos mejor.

El único paraíso perdido es el seno materno, donde gozábamos de infinita seguridad y bienestar. Pero intentar, aunque sea inconscientemente, volver a esa seguridad puede arruinar nuestra existencia, porque no nos deja afrontar la vida que, por naturaleza, es lucha y superación. Si alguien pecó por nosotros y otro murió para librarnos de ese pecado, nosotros quedamos reducidos a simples marionetas manipuladas.

La compulsiva búsqueda de seguridades y el apego a realidades que aparentemente las proporcionan, es el mayor obstáculo para alcanzar la verdadera plenitud. Debemos aceptar la vida como un cúmulo de posibilidades que me obligan a luchar. Buda no habló de suprimir el deseo, sino de superar la trampa del apego a seguridades raquíticas que nos impiden alcanzar lo verdaderamente importante.

El deseo, bien entendido, es imprescindible en la vida del hombre, porque es el motor de puesta en marcha para lograr crecer y progresar. Si no existieran los deseos sería imposible trascender e ir más allá de lo que nos viene dado en el ADN. La vida biológica, con todos sus logros, tiene que ser la plataforma de lanzamiento para conseguir lo que ya somos, pero que aún no hemos descubierto y desplegado.

El deseo de alcanzar lo infinito, que anida en lo más hondo de nuestro propio ser, es precisamente la clave para no conformarnos con lo conseguido y lanzarnos siempre más allá de nosotros mismos, conscientes de nuestra infinitud. El problema está en que acertemos a la hora de encontrar el camino que nos lleve hacia la meta deseada.

La palabra hedonismo, podía resumir todas las trampas que ponen en peligro nuestro crecimiento. Poner como principio motor de nuestra vida la búsqueda del placer o la huida de todo lo que pueda ser desagradable, es la postura más deshumanizadora que podríamos asumir. Sin embargo esa búsqueda del placer sensible, es espontánea y nace de nuestra condición de vivientes sensibles y limitados.

Cuando ponemos como objetivo la satisfacción de los sentidos, los instintos, las bajas pasiones etc., estamos subordinando nuestro verdadero ser a nuestro ser puramente animal y en vez de elevar nuestra animalidad, como es nuestra obligación, rebajamos nuestra más elevada humanidad, poniéndola al servicio de nuestro ser animal. Ignorar esta posibilidad del ser humano es la verdadera trampa (pecado) que nos acecha.

Entrar por el camino del hedonismo, es alejarnos de nuestras mejores posibilidades y quedarnos en el callejón sin salida de la pura sensibilidad biológica. Es la mejor manera de arruinar nuestra existencia, convirtiéndola en algo anodino y sin mayor sentido. Bien entendido que no se trata de huir de todo lo que me agrada sino de descubrir que eso no es lo esencial en mi vida y que con frecuencia tengo que hacer lo que no me gusta.

No se trata de anular nuestros sentimientos emociones y apetitos, cosa que se ha predicado muchas veces en nombre del evangelio. No, buscar lo que nos produce placer es lícito y bueno. Huir de lo que nos produce dolor es inevitable. Tanto el placer como el dolor son inventos geniales de la evolución, para garantizar la vida biológica. Lo nefasto es poner en eso nuestra meta y dedicarle todas nuestras energías.

La principal tarea de nuestra vida sería llegar a distinguir entre lo deseos y apetitos que satisfacen los instintos, que no tienen por qué ser malos y los deseos que afectan a nuestro ser integral que son mejores porque apuntan a nuestra plenitud. El problema estriba en que tenemos que elegir entre poner nuestra parte superior (la mente) al servicio de la parte más baja (los instintos) o ponerla al servicio del nuestro ser total.

Ningún ser humano puede sentirse satisfecho (salvado) por mucho placer sensorial que consiga, o por mucho que pueda evitar todo dolor y sufrimiento. Si se queda en esos logros, además de no poder saciar nunca el deseo de más placer, la frustración estará asegurada. La salvación del hombre tiene que venir por lo que tiene de humano, no por lo que tiene de común con todos los animales, por muy apetecible que sea.

Adán y Eva no tienen la culpa

Todo ser humano tiene la sospecha de ser más de lo que cree ser. En la medida que camine hacia esa plenitud no conocida, pero ansiada, el hombre se va acercando a su salvación. En la medida que se conforme con la superficialidad de lo sensible, renuncia a sus mejores posibilidades y cercena su verdadera humanidad. El ansia de plenitud no puede quedar colmada con la satisfacción de sentidos, pasiones y apetitos.

Echar la culpa a Adán y Eva de todo lo malo que le acontece al hombre fue la manera de explicar el problema del mal. Al llegar la creencia en un solo Dios bueno, justo, perfecto, etc., ya no se podía atribuir a Dios el mal en el mundo. Al no tener medios para poder explicarlo de otra manera, emplearon todo su ingenio para buscar una solución que dejara a Dios en buen lugar y cargara toda la responsabilidad sobre el hombre.

La interpretación literal del relato bíblico del pecado de Adán y Eva, ha dado al traste con toda búsqueda de una solución más de acuerdo con los conocimientos de cada época. Ese relato,

mal entendido, sigue incapacitando a la mayoría de los cristianos para encontrar una explicación del problema del mal, que debemos plantear más allá del hombre y de Dios.

Como el problema del mal es especialmente peliagudo y no tiene una fácil explicación que pueda satisfacer nuestras exigencia cognoscitivas, no se ha tenido inconveniente en culpar a Adán y Eva de todos los desastres de la humanidad, aunque hoy sabemos que esa explicación no tiene ningún fundamento teológico o antropológico, pero además, tampoco tiene ninguna posibilidad histórica de haber sucedido.

Hoy sabemos que no hubo unos primeros padres de toda la humanidad. Que Dios no creó ningún Adán directamente. Que el homo sapiens, es el producto de una evolución que no tiene vuelta de hoja, pero que aún no somos capaces de explicar. También sabemos que la capacidad de razonar, es decir, de conocer y elegir, no surgió de repente y de una vez por todas. Aún más, hoy sabemos que podemos ir más allá de la razón.

Sabemos que esa capacidad se adquirió a través de millones de años. En ningún momento de esa evolución podemos descubrir salto alguno. Pero también sabemos que la evolución no ha terminado y que el ser humano sigue avanzando en sus posibilidades de ser. Que no tenemos ni idea de lo que puede llegar a ser dentro de unos cuantos milenios. Que pueden surgir nuevas e impensables posibilidades de ser humano.

Hace bien poco, le preguntaban en televisión a un sacerdote: si se descubre vida racional en otros planetas ¿Cómo tendría que reaccionar la Iglesia? Respondió muy serio: Habría que predicarles a Cristo y hacerles ver que debían aceptar la salvación que consiguió ante Dios para todo el universo. La respuesta deja clara la idea que tenía de salvación y la necesidad de la muerte redentora de Cristo para conseguirla.

La salvación empezó en el Big Bang

La evolución llevada a cabo por los seres vivos durante más de tres mil quinientos millones de años se puede considerar como una ininterrumpida y larga salvación. Progresar es superar las dificultades que toda vida encuentra para mantenerse y superarse. Esta constante lucha por adaptarse al medio hizo posible progresos insospechados, y no puede tener límites.

Lentamente vamos conociendo el largo camino que el género homo ha recorrido hacia lo humano. Aún no tenemos todos los eslabones, pero nos acercamos al conocimiento del proceso. Incluso nos estamos acercando al conocimiento del salto de la materia inorgánica a la materia viva. Hoy sabemos que la materia tiene en sí misma energía y cualidades suficientes para producir la vida sin necesidad de intervenciones externas.

Dice un refrán oriental: dame un puñado de tierra, y si el espacio es suficientemente amplio y el tiempo suficientemente largo, surgirá la inteligencia. La dificultad para comprenderlo estriba en que son necesarias infinidad de combinaciones que exigen tanto tiempo y espacio que desbordan nuestra mente. La materia tiene potencialidad para complicarse cada vez más. La llegada de la vida es cuestión de tiempo, y con un 'poquito' más de tiempo también llegará la inteligencia.

La salvación en otras religiones

Ya hemos dicho que el objetivo de toda religión es asegurar un cierto grado de salvación. Pero, a la hora de concretar en qué consiste esa salvación, la oferta de cada religión es muy distinta. No podía ser de otra manera porque la distancia que las separa en tiempo, espacio y cultura es inmensa; precisamente porque todas tratan de responder a las expectativas de los hombres de cada época y cada cultura.

Sin embargo, si sabemos profundizar un poco, en todas ellas descubriremos un venero común, que nos puede permitir comparar las distintas concreciones y entrar en una visión de conjunto que puede ayudarnos a comprender mejor de qué hablamos cuando nos referimos a nuestra propia religión. Para todas, salvarse es trascender nuestra condición de criaturas pegadas a lo terreno y mirar un poco más allá de las narices.

Tenemos indicios de que existieron religiones hace más doce mil años. El hinduismo es la religión más antigua de la que tenemos escritos. Es una pena que no la conozcamos mejor, porque nos podía enseñar mucho a los cristianos que hemos llegado anteayer. Para ellos la religión, si se puede llamar así, es una forma de vida. Lo divino y lo humano está tan unido que no tiene sentido pensar en dos realidades diferentes.

El hinduismo dentro del politeísmo, hace referencia a una realidad (Brahmán) que está más allá de toda comprensión. A pesar de esa trascendencia, también postula su presencia en el centro de nuestro propio ser como Atman. Todos quedamos identificados con esta realidad última que nos atraviesa. Es más, para ellos la única forma de contactar con la realidad última es la toma de conciencia de la unidad de todo.

El Bhagavad Gita introduce una corriente muy bien acogida por el pueblo. Se trata de proponer la devoción a un Dios personal con el que puedes relacionarte a través de ofrendas, plegarias, ritos... Este Dios es muy atractivo para la devoción popular. La necesidad de la relación personal tuvo más éxito con el tiempo, que el conocimiento intuitivo de la unidad de todas las cosas. De ahí surgió la multiplicación de dioses.

Resumiendo mucho, la salvación, para ellos, consistiría en librarse del ciclo de las reencarnaciones y convertirse en Brahma. Esto supone haber superado todo conflicto y haber conseguido la armonía completa y total. Librarse del Karma de las malas acciones y alcanzar la paz interior que supone una superación de todos los conflictos provocados por un falso yo, que pretende alzarse con el santo y la limosna.

La manera de conseguirlo sería el buen comportamiento, la práctica del yoga y contribuir siempre a mantener la buena relación entre todas las partes de la creación. Sería armonizar lo humano y lo divino, desde el punto de vista personal y extender a los demás y a toda la realidad esa armonía. La falta de armonía es siempre causada por cada individuo y debe ser él quien trate de superar el desajuste que el mismo provocó.

Podemos decir que el hinduismo propone tres caminos para alcanzar la salvación. El primero es el camino de las obras, cumpliendo en todo momento con los deberes cotidianos. El segundo es el camino del conocimiento: si la causa de nuestra esclavitud es la ignorancia, el único modo de superarla será el conocimiento. El tercer camino es el de la devoción. Este es el elegido por la inmensa mayoría del pueblo de la India.

El budismo es otra de las corrientes religiosas que sigue muy vigente. Buda emprendió su andadura espiritual precisamente para encontrar la liberación de apego a las realidades terrenas, que, según él, era la causa de todos los sufrimientos que arruinaban a los seres humanos. Ahora bien, el desapego de la realidad sensible solo se puede alcanzar descubriendo otra Realidad que me dé lo que las otras no me pueden dar.

La meta es la iluminación y alcanzar el nirvana. La salvación no hay que buscarla en las cosas ni en nuestra relación con ellas sino en el interior de uno mismo. Superando el engaño del yo y descubriendo al Absoluto en ti, tomarás conciencia de tu verdadero ser. Desde ese conocimiento, estarás capacitado para darte a los demás sin cortapisas ni miedos. La palabra clave que indica esta postura es "compasión". Una idea casi idéntica a nuestro amor cristiano bien entendido.

En pocas palabras, la única manera de transformar el mundo es dar una vuelta de calcetín a tu propia vida y tomar conciencia de lo que eres, superando la trampa de la búsqueda de seguridades apegándote a todo lo que crees esencial para tu seguridad. Lo que Buda vivió y predicó fue la consecución de una verdadera humanidad para todo hombre. Como puede verse, está muy cerca de lo que aprendimos en el cristianismo.

En el islán la salvación es consecuencia de la adoración al único Dios. Esa adoración lleva incluida la fidelidad. Se concreta, tal vez demasiado, en la felicidad eterna para la otra vida. Tienen muy arraigada la idea de un Paraíso. Después del pecado, lo único que se exige es el arrepentimiento sincero. Para ellos Alá es sobre todo, el misericordioso. Se llama salvación porque supone la liberación de un infierno.

El Corán es la única guía para alcanzar esa salvación. Lo tienen en tanta consideración que les parece inconcebible cualquier clase de exégesis o interpretación. Lo siguen entendiendo al pie de la letra, aunque esa actitud les está causando no pocos problemas. Conocerlo tal como fue transmitido por Mahoma y practicarlo, es el único camino que puede evitar las penas del infierno y puede llevarte al paraíso.

No se trata del Paraíso perdido, porque para ellos el hombre nace absolutamente limpio. No perder esa pureza es la tarea de todo creyente. Pero si la pierde, puede contar con la segura benevolencia de Alá que definen como el compasivo y misericordioso. Para ello el único camino es el arrepentimiento y la práctica de una piedad sincera.

En el Corán encontramos los cinco pilares que sostienen la vida de todo buen musulmán: 1) La profesión de fe. 2) La oración. 3) La limosna. 4) El ayuno. 5) La peregrinación a la Meca al menos una vez en la vida. El cumplimiento de estos cinco preceptos garantiza la liberación del fuego eterno y la entrada en el Paraíso. En realidad no aporta nada nuevo a lo que habían propuesto ya otras muchas religiones.

La salvación en el A T

No es que la Biblia hebrea hable de salvación; es que no habla de otra cosa. Toda ella es una historia de salvación. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento no son más que una epopeya de la salvación experimentada por un pueblo a través de veinte siglos de camino. Demasiado tiempo para pensar en un concepto unívoco de salvación. La salvación que esperan corresponde en cada época a las carencias que sufrían.

En el AT el único que puede salvar es Dios. Es más, el objetivo de apropiarse un dios poderoso, es precisamente asegurarse esa salvación. Ésta es la realidad objetiva, pero en la Biblia se presenta desde una perspectiva distinta: es Dios el que ha elegido a su pueblo entre todos,

para salvarlo. Aunque todas las religiones sienten la predilección de su dios, el pueblo judío llevó al paroxismo el sentimiento de elección.

Es muy significativo que se hable en los relatos bíblicos mucho más de promesas de salvación que de salvación real. En realidad teníamos que hablar de una historia de penuria y fracaso. Esto nos tenía que hacer pensar muy seriamente en cómo tenemos que interpretar todos esos textos. Aunque se hable de promesas de Dios, en realidad se están exponiendo las propias expectativas de salvación en cada momento.

En el AT no se hace ninguna diferencia entre la salvación material y la salvación espiritual. Es más, no se entiende la una sin la otra. Pero como las carencias materiales son más perentorias, casi siempre se habla de ellas como de la única salvación. El pueblo judío esperó siempre de su Dios la liberación de toda limitación real y tangible. Por tanto la salvación que esperan tiene que ser también concreta.

Aunque está presentado como una historia, en realidad el AT no refleja acontecimientos reales sino una gran epopeya construida por un pueblo, perseguido y machacado hasta casi la aniquilación, en el momento en que más carecía de esa salvación. Esta nueva visión crítica no disminuye en nada su importancia, todo lo contrario, ahora estamos en condiciones de valorar en su justa medida la hazaña de ese legado.

Hoy sabemos que todo el AT se escribió entre el s. VII y el IV A. C., precisamente en los tiempos de repetidas derrotas y deportaciones, primero del reino del norte y después de Judea. Fue en tiempos de rey Josías, cuando surgió un profundo movimiento religioso y un intento de dar sentido de pueblo escogido, a una población mísera y dispersa, completamente perdida en la incompreensión de lo que les estaba pasando.

Para dar confianza a este pueblo deshecho, se desplegó esa epopeya, tal vez la más genial de toda la historia de la humanidad. El hecho de que se haya elaborado cuando más lo necesitaban es una prueba de su carácter aleatorio sin que ello exiga una intervención puntual de Dios. Como todos los pueblos, los judíos sintieron la necesidad de construirse un pasado glorioso, involucrando a Dios en su favor.

Apoiados seguramente en narraciones legendarias, y posiblemente también por algunos pequeños relatos escritos en épocas muy tempranas, consiguieron durante muy poco tiempo, montar una historia que les daría personalidad. Las leyendas mitológicas se terminaron creyendo como historia real y el pueblo se convenció de que Dios les había elegido y les protegería para siempre, como había hecho hasta entonces

La última redacción, seguramente en tiempo de Esdras y Nehemías, se llevó a cabo cuando un puñado de israelitas volvió del destierro, sin ninguna posibilidad de prosperar como pueblo. Este "resto de Israel", sin más apoyo que su confianza en Dios y ayudados por personas o personajes extraordinarios (los profetas), fue capaz de superar todas las dificultades y afianzar su conciencia de pueblo elegido.

En ese fantástico relato, se las apañaron para convertir una historia de fracasos en una grandiosa leyenda de gloria y esplendor. Utilizaron para ello una argucia genial. Cuando las cosas les iban bien, Dios estaba con ellos. Cuando las cosas les iban mal, la culpa la tenían los hombres que no habían obedecido los mandatos de Dios. Dios premiaba la fidelidad, pero también castigaba la traición, casi siempre de idolatría.

Es muy significativo que el responsable de la infidelidad fuera siempre el dirigente de turno. De ahí que la salvación viniera siempre de un dirigente. No olvidemos que de esta perspectiva surgió la idea del Mesías, es decir la del personaje totalmente fiel a Dios que salvaría

definitivamente a su pueblo de todos los males, porque pondría a Dios de su parte. Poco que ver con la idea de Mesías que el cristianismo atribuyó a Jesús.

No tiene sentido que los seres humanos de hace 40 siglos esperaran la misma salvación que nosotros hoy. El concepto de salvación va cambiando a medida que el ser humano va siendo capaz de darse él mismo las pequeñas salvaciones de cada día. Lo más perentorio era mantener la vida, después hacerla más cómoda. Por fin se puede pensar en una calidad humana que vaya más allá de lo estrictamente material.

Debemos tener muy claro que se trata siempre de una salvación de las dificultades que impiden una vida armoniosa sin sobresaltos y en paz, pero siempre de un bienestar en este mundo sin pensar en un más allá. Esta armonía puede ser rota por los enemigos de un pueblo, por los desastres naturales o por las actitudes egoístas de los miembros de ese pueblo.

Cuando el pueblo está en una situación que amenaza ese bienestar y se da cuenta que no puede escapar por sí mismo, acude a su Dios o inventa uno nuevo para que le salve de esa situación de peligro. La verdad es que ninguna religión es capaz de escapar de esa tentación de poner a Dios a su servicio. Ni siquiera nosotros, después de dos mil años de cristianismo, hemos sido capaces de superar esa dinámica.

Queda muy bien reflejado en la Biblia que los seres humanos siempre ponen la salvación en lo que anhelan y no pueden conseguir o en la posibilidad de perder lo bueno que poseen o en librarse de la carencia radical, que tienen encima y de la que no pueden librarse. Desde esta perspectiva, nada más humano que buscar en alguien más poderoso que ellos, esa liberación, que ellos mismos no pueden conseguir.

Toda la epopeya bíblica está montada desde la doble perspectiva de promesa y cumplimiento. Bien entendido que el pleno cumplimiento no ha llegado nunca, porque todas las promesas surgían de su profundo deseo de superación de la situación adversa. El pueblo hebreo ha vivido siempre en la expectativa de una salvación que no llegó nunca. Todavía hoy siguen esperando una actuación de Dios que les salve.

¿Qué le promete Dios a Abran? Lo que no tiene: descendencia. Cuando ha asegurado una descendencia ¿qué le promete Dios? Lo que no tiene: una tierra propia. ¿Qué le promete al pueblo cuando era esclavo en Egipto? Lo que no tiene: libertad. ¿Qué le promete cuando ya está en la Tierra prometida? Lo que no tiene: un reino poderoso. ¿Qué le promete cuando está cautivo en Babilonia? Regresar a su Tierra y reconstruir el Templo.

La salvación que se narra en la Biblia siempre tiene la misma dinámica. Comienza con la experiencia de una necesidad perentoria, que el hombre no puede satisfacer por sí mismo y pide a Dios que le eche una mano para sacarlo del apuro. Ese mismo mecanismo les lleva a adherirse a un Dios que esté dispuesto a cumplir con sus expectativas. Si no existe, es igual, se le inventa, y quedan tan a gusto.

Cuando se trata de luchar contra el enemigo, será el dios guerrero. Cuando se trata de organizar una religión, será el dios que necesita un culto en un lugar determinado. Cuando se trata de dejar clara su soberanía, será un dios que exige sacrificios y sometimiento absoluto. Cuando se trata de superar los propios fallos, será el Dios de misericordia infinita. Siempre estamos dispuestos a crear el dios que necesitamos

Para satisfacer la necesidad de salvación que busca el pueblo judío, es imprescindible el dios externo y todopoderoso. Sin esas cualidades su Dios no les serviría de nada. El Mesías anunciado por los profetas, será salvador definitivo. Pero siguen pensando en la liberación de

la opresión de otros pueblos, de modo que el pueblo elegido llegue a ser el dueño y señor no solo de sí mismo sino de todos los demás pueblos.

Hay un dato muy interesante a este respecto, la salvación de la que habla la Biblia es siempre colectiva. La salvación individual solo es posible por la pertenencia a una familia y a un pueblo. Ésta es una idea genial que tenemos que recuperar, porque el ser humano solo alcanza su plenitud por las adecuadas relaciones con los demás. "Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber."

Es verdad que la idea de salvación se va desmaterializando a medida que se espiritualiza la religión. Fueron los profetas los que más alto apuntaron en esa necesidad de salvación espiritual por parte de Dios. Para los profetas, es precisamente el excesivo bienestar material de unos pocos, lo que desvía a los jefes de la verdadera salvación. La injusticia impide que el pueblo se libere de su verdadera esclavitud, la miseria.

Los profetas siguen ansiando la salvación material, pero ahora luchando contra la injusticia de los propios gobernantes que explotan a los súbditos sin compasión alguna. Este aspecto convierte a los profetas en verdaderos líderes para todos los tiempos. Su predicación sigue siendo válida en nuestros días. Pero teniendo en cuenta que de las opresiones no nos liberará Dios si nosotros no ponemos toda la carne en el asador.

Salvación en el judaísmo del s. I.

Las esperanzas de salvación de los judíos con los que Jesús vivió, eran básicamente las que habían propuesto los relatos del AT. Sin embargo se habían desarrollado expectativas muy concretas por parte de grupos religiosos de aquel tiempo. Siguiendo el mismo esquema del AT pretendían alcanzar aquello de lo que carecían: libertad y bienestar material. Esperaban que Dios les ayudara a conseguir esos objetivos.

Llevaban muchos siglos bajo dominaciones extranjeras. Las dos últimas impuestas por los griegos y los romanos. No es fácil para nosotros hoy tomar conciencia de lo que significaba para un judío, cuyo único señor era Dios mismo, tener que vivir sometido a la tiranía de otro soberano. Para descubrir la gravedad del problema tenemos que recordar que en aquella época no estaba separado el aspecto religioso del político.

Para un buen judío, lo más duro no era la dependencia política y material. Lo lacerante era precisamente constatar que Dios no era su soberano y que tenían que obedecer al tirano de turno. Todos los levantamientos contra el poder opresor, que conocemos, tenían siempre un componente religioso. Esta motivación les hacía pensar que Dios iba a estar de su parte en la pelea, cosa que no podía suceder más que en su mente.

Precisamente en tiempo de Jesús se habían multiplicado los intentos de liberación por parte de personajes o grupos que no estaban de acuerdo con las instancias oficiales, que se habían acomodado a la situación, sacando incluso provecho de ella. Surgieron muchos movimientos, unos de carácter más religioso y otros de carácter más político, pero todos con la intención de salvar al pueblo de la opresión de los romanos.

En este ambiente encaja muy bien la figura del Bautista, que intenta dar a su movimiento un carácter más religioso que político. Juan insiste que es la postura de cada uno la que tiene que conseguir el favor de Dios. La conversión es, para él, el único camino que les permitirá escapar de la ira de Dios. Piensa todavía en un Dios justiciero, pero apunta a que cada uno tiene en su mano conseguir que ese Dios le acepte.

La formidable figura de Jesús surge de este caldo de cultivo, con la misma intención de liberar a los oprimidos de todas las limitaciones que impedían el desarrollo de un mínimo de humanidad. Con todo, Jesús da un giro profundo a la predicación de Juan. Propone una liberación interior, no solo externa. Por primera vez se habla de un Dios que es Padre y que es Amor. Jesús no predica sacrificios sino fidelidad.

¿Qué salvación vivió y predicó Jesús?

Lo primero que debemos advertir es que Jesús vivió de una manera determinada y esa manera de vivir fue su auténtica predicación. Descubrir en el NT esa manera de vivir de Jesús no es tarea fácil porque solo nos ha llegado lo que pudieron captar los que vivieron con él. Ellos interpretaron la vida de Jesús desde su propia manera de entender el judaísmo y sobre todo tomando como punto de referencia el AT.

Ahora bien, Jesús desbordó por los cuatro costados el marco de la religión judía. Como pasa a todas las religiones, la judía se había desvirtuado y metido por derroteros inaceptables para una persona verdaderamente espiritual. Esto ya lo habían denunciado todos los profetas, pero Jesús fue mucho más allá y rompió todos los moldes. Denunció el formalismo y predicó una autenticidad religiosa, más allá de normas y preceptos.

El Reino de Dios

El tema de la salvación no ocupa mucho espacio en los evangelios. En su lugar dejan muy claro que Jesús predicó el Reino de Dios. ¿Qué quiere decir esta gran metáfora? Nada tiene que ver con la teocracia del AT ni con las teocracias que han surgido a la sombra del evangelio. Cuando Jesús dice que el Reino de Dios está dentro de vosotros, desbarata todo intento de entenderlo como una soberanía fría y externa.

Mientras creamos en un Dios, que reside en lo alto y desde allí crea y gobierna toda la realidad, será imposible comprender las palabras de Jesús. Si no superamos la idea del dios omnipotente, bajo cuyo dominio se encuentra toda la creación, no podremos acercarnos al significado de la expresión "Reino de Dios". No se trata de que Dios tenga un reino, sino de que Dios es Reino. Me gusta más la expresión "reinado de Dios".

Se trata de un ámbito en el que se hace presente lo que Dios es, pero no por una fuerza desplegada por Él sino por nuestra manera de relacionarnos con los demás. Cuando decimos: reina la paz, no estamos diciendo que la paz tenga un reino, sino que las circunstancias en que una comunidad se desarrolla hace posible la armonía y la paz entre sus miembros. Decir que Dios reina es decir que reina el amor.

Al proclamar la llegada del reinado de Dios, Jesús quería decir que las relaciones humanas estarían fundamentadas en el amor y no en el egoísmo. Quería decir que el interés individual o de un colectivo no iba a estar por encima del interés de cada uno de los demás seres humanos. Estamos muy lejos de haber alcanzado este objetivo. Debemos reconocer con humildad que el reinado de Dios sigue siendo una tarea a realizar.

El reinado de Dios que Jesús predica y vive significa la radical fidelidad de Dios al hombre. Por lo tanto, la realidad primera de ese Reino la constituye Dios que se derrama y se funde con cada ser humano. No es una realidad que hace referencia en primer lugar al hombre, sino a Dios, pero es el ser humano el que tiene que hacerla presente cada día con sus actitudes.

Para Jesús, la salvación del hombre consiste en descubrir y vivir esa Realidad Absoluta en él. Dios se vuelca sobre el hombre porque no puede dejar de ser fiel a sí mismo. Con ello, no hace un

favor al hombre, sino que responde a su mismo ser que es amor. Esto es sin duda un evangelio, es decir, "buena noticia". Ese don total de Dios a cada uno, permite a todos manifestar su amor y realizar la armonía entre todos los seres.

El Dios de Jesús elije sin excluir

El cambio que introdujo Jesús en su predicación con relación a la salvación que esperaban en su tiempo, fue tan drástico que era de todo punto imposible que lo aceptasen los dirigentes religiosos y estudiosos de la Biblia. Echó por la borda todos los convencionalismos que no iban en la dirección de ayudar al ser humano a ser más humano. La pena fue que los cristianos tardaron muy poco en recuperar el fundamentalismo del AT.

Jesús superó la idea de nación, de pueblo, de Ley, de elección privilegiada para un determinado colectivo por parte de Dios. La experiencia de Dios que él tuvo le lleva a años luz de la idea de Dios que tenían los dirigentes de su tiempo. Esto fue una verdadera tragedia, porque impidió la más mínima aceptación de su mensaje por parte de los escrupulosamente religiosos (en sentido de cumplidor de unas normas).

El enorme cambio que aportó Jesús fue precisamente la superación de todas las falsas ideas religiosas que habían atenazado a su pueblo. La idea más nefasta era la de pueblo elegido y privilegiado. En su lugar puso al hombre concreto, a todo ser humano sin distinción de ninguna clase. La salvación que predicó Jesús con palabras y hechos fue la liberación del hombre de todo aquello que le impedía ser él mismo.

El Dios de Jesús quiere que se salve el hombre en su totalidad. Pero además, deja claro que la salvación tiene que llegar a todo ser humano. Nada de prerrogativas y privilegios ni para unos pocos ni para un pueblo. Dios es el mismo para todos. Ni tiene ni puede tener predilecciones para con nadie. Dios elije sin excluir. Lo máspreciado para Dios es cada persona.

La comunidad se salva cuando cada persona que la constituye está salvada. Nada que ver con la visión del AT, que habla de una salvación del pueblo antes de la salvación individual. Jesús superó la tentación de poner por delante de los individuos el valor de los entes de razón (comunidad, pueblo, nación, clase, etc.). Para Jesús, el único valor absoluto era la persona, cualquier persona, sin distinción alguna.

Tan original fue esa perspectiva, que después de veinte siglos, aún tenemos que defender esa postura, porque no es el sentir de la mayoría de los cristianos. En nombre del Dios de Jesús se sigue machacando a innumerables seres humanos que no disfrutaban de un ambiente adecuado para poder desarrollar su propia humanidad. Seguimos poniendo por encima de la persona la defensa de la institución, que es un ente de razón.

Jesús no pensó en una nueva religión

Jesús no puso la salvación en una nueva religión, que, por desgracia, copió todo lo que él había criticado de la suya. No hizo propuesta alguna de nuevos templos o de ritos diferentes. No aportó ninguna nueva ley que sustituyera la antigua. Solo mandó una cosa: que os améis los unos a los otros. Una relación entrañable entre hermanos será para él la verdadera salvación. Recuperó así la única norma universal, el amor.

No se exprimió el coco con explicaciones doctrinales sobre Dios o sobre el hombre. Relativizó las Escrituras hasta tal punto que hizo pensar a los fariseos que iba en contra de ellas. Nunca le interesaron las formalidades, fueran de tipo que fueran. No le dio importancia alguna a lo que llamaban pecado. Lo único que le interesó fue el trabajo a favor del ser humano excluido y marginado.

De religión a religión

Es verdad que nos ha llegado solo la interpretación de lo que dijo y lo que hizo, pero aun así, el mensaje es tan original y claro que podemos hacernos una idea bastante aproximada de lo que manifestó con sus dichos y hechos. Seguramente vivió mucho más profundamente la vida de lo que nos han sabido transmitir. Todas sus relaciones estuvieron enmarcadas en la preocupación por desplegar lo humano en cada uno.

Hoy debemos seguir intentado arañar en lo que nos ha llegado para descubrir un mensaje, tan profundamente humano, que sigue siendo novedoso para nosotros después de veinte siglos. Sabemos en qué dirección iban sus enseñanzas y podemos y debemos avanzar en esa dirección. No se entiende cómo su predicación pudo dar origen al cristianismo como una nueva religión, que se ha estancado en ritos, dogmas y normas.

Sin duda que el punto de partida de su vivencia personal fue su propia religión, pero ahondó tanto en ella que terminó considerándola como un corsé que le impedía ser él mismo. Es muy significativo aquel latiguillo de los evangelios: "Habéis oído que se dijo... pero yo os digo... no hay en él ni asomo de desprecio a AT, pero dejan muy claro que toda escritura tiene que ser profundizada y actualizada en cada época.

También me ha llamado siempre la atención aquella frase: "Tengo muchas cosas que deciros pero no podéis cargar con ellas por ahora". Todo lo que predicó y vivió lo sacó de dentro, por eso esperaba que otros después de él, seguirían sacando de su interior lo mismo que él experimentó e incluso más. Sus enseñanzas no cayeron del cielo, sino que surgieron de lo hondo de su ser, como plenamente humano que era.

No fue fácil comprender el mensaje

Al final del capítulo 6 de Juan, podemos encontrar uno de los textos más claros sobre la salvación que nos ofrece el NT. El resultado no puede ser más desolador. Todos los que le estaban oyendo se marcharon. De tal forma que tiene que decir a sus discípulos: ¿también vosotros queréis marcharos? Menos mal que en esta ocasión Pedro estuvo a la altura: ¿A quién acudiremos? Solo tú tienes palabras de vida eterna.

La oferta que les hace es muy clara: les indica el camino de la plenitud de Vida que él vive y que ha recibido del Padre. "El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre, del mismo modo el que me come vivirá por mí". La alternativa es clara: o vivir la misma Vida de Dios o quedarse en la racionalidad y hacer de ella la única meta. Respondió la gente: este discurso es inaceptable; ¿quién puede hacerle caso?

No es que rechazaran la oferta, es que ni siquiera entendían de qué les hablaba. Efectivamente la propuesta va contra los intereses egoístas más arraigados. Desde la carne, desde la biología pura y dura, no tiene ningún sentido que dejemos de preocuparnos por nosotros mismos y nos dediquemos a los demás. Juan había puesto en boca de Jesús: "el Espíritu es el que da Vida, la carne no es de ningún provecho".

¡Ojo! No se trata de despreciar la carne ni machacarla como si fuera un enemigo mortal. Entendido de esa manera, tampoco tiene ningún sentido el mensaje de Jesús. Se trata de descubrir que el verdadero sentido de la vida biológica, está más allá de ella misma. Está en desplegar las verdaderas posibilidades de trascendencia, es decir, de alcanzar una meta espiritual que está más allá de la pura biología.

Es más, solo desplegando nuestras posibilidades espirituales, podemos dar verdadero sentido a la misma biología. Vivir desde las exigencias de la carne sola, lleva consigo una limitación radical y por lo tanto, cercena la verdadera meta de todo hombre como verdadero ser humano. Para ver donde nos encontramos solo tenemos que hacernos esta pregunta: ¿Cuánto tiempo y energía dedico al cuerpo o al espíritu?

Hoy seguimos ignorando la propuesta de Jesús. En nombre del evangelio seguimos ofreciendo unas seguridades derivadas del cumplimiento de unas normas. No se invita a los fieles a hacer una elección de la oferta de salvación que Jesús propone. No nos interesa el mensaje de Jesús sino solo nuestros propios anhelos de salvación, que no van más allá de la satisfacción de los instintos y pasiones de la pura animalidad.

Es descorazonador el seguir pensando que Dios está más presente en un trozo de pan consagrado que en el ser humano que sufre y espera nuestra ayuda. Nosotros hoy con una religión tan anclada en la ley como la judía, debemos hacer el mismo desmontaje que hizo Jesús. También nosotros debemos arriesgarnos como se arriesgó él y perder el miedo a salir de nuestras seguridades formales y convertir la religión en Vida.

En su humanidad estaba lo divino

Si tenemos en cuenta que todo lo que había de divino en él estaba en su humanidad, resultará clave para nuestro estudio descubrir el grado de humanidad que alcanzó durante su vida terrena. Desde que la predicación de Pablo pasó por alto este aspecto humano de Jesús, se nos ha conducido directamente hacia su divinidad, sin darnos cuenta de que esa divinidad sin humanidad en que sustentarse, quedaba vacía de contenido.

Sus primeros seguidores no fueron detrás de él porque descubrieron lo divino sino porque su comportamiento era la manifestación plena de lo humano. Ahora estamos empezando a darnos cuenta de esta realidad que tiene que cambiar nuestra manera de entender a Jesús. Es curioso que, a partir del s. III, el mayor problema de fe, no fuera aceptar la divinidad de Jesús sino la aceptación de su humanidad.

El increíble esfuerzo que se hizo durante casi todo el siglo pasado por acercarse al Jesús histórico, nos ha abierto un horizonte completamente nuevo para conocerlo. Volver a ver a Jesús como el "hijo de hombre" nos obliga a valorar lo humano que en él transparentó lo divino. En veinte siglos de cristianismo, nunca habíamos estado tan cerca de un auténtico conocimiento de lo que realmente fue Jesús.

El sentido de la encarnación consiste en descubrir que en Jesús se hizo patente la divinidad. Jesús cambió la manera de pensar a Dios. Nada de una realidad trascendente que habita en un lugar inaccesible. Nada de un Señor Todopoderoso que no solo hizo todo lo creado sino que lo gobierna desde su trono con absoluta alteridad. Nada de una Realidad a la que hay que alabar y dar culto desde fuera para aplacar su ira.

Tampoco el ser humano es un desecho incapaz de la más mínima autoestima. No estamos aquí para cumplir sus órdenes sino su voluntad, como dijo el mismo Jesús. Esa voluntad está impresa en lo más hondo de cada ser. Ahí tenemos que descubrir lo que Dios quiere de nosotros. Si no descubro la voluntad de Dios en lo profundo de mi ser, dependeré de leyes frías que me vienen de fuera, y seguiré dando palos de ciego.

Solo una vida verdaderamente humana puede ser realmente divina. Después de Jesús, no podemos seguir separando lo humano y lo divino. Dados los prejuicios en los que hemos sido educados, va a ser muy difícil que nos atrevamos a dar el salto. Pero a la vez, muchos

cristianos y no cristianos han asumido que si no superamos los prejuicios míticos, la religión terminará convirtiéndose en algo irrelevante para nosotros.

En Jesús podemos encontrar la clave para desplegar la vida humana. Su mérito fue ahondar en la comprensión de lo que significa ser hombre. Nos demostró que todo ser humano es a la vez, mortal e inmortal, carne y espíritu, humano y divino. Todos tendemos a refugiarnos en los extremismos. O nos empeñamos en dar valor absoluto a la carne o intentamos ser solo espíritu. En ambos casos el fracaso está asegurado.

Los cristianos del siglo XXI tenemos la ventaja de haber descubierto en Jesús la manifestación de esos valores humanos que poseemos todos, pero que todavía no hemos descubierto en nosotros. Al verlos reflejados en la vida humana de Jesús, debemos asumir que también podemos vivirlos como los vivió él. La única manera de ser cristianos es acercarnos cada vez más, al conocimiento de la vida de Jesús.

Bajo la apariencia mortal, nuestra Vida es eterna. Recordar: "Todo el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre". O: "Hemos pasado de la muerte a la Vida, lo sabemos porque amamos a los hermanos". Estas frases y otras parecidas, debían proyectarnos hacia una total confianza, pero no hablamos de a una esperanza de futuro sino de presente. Todo lo que esperábamos obtener en el más allá, lo tenemos aquí.

De Jesús podemos decir con total seguridad: ¡Pero qué humano era! Esa humanidad es la que vieron en él sus primeros discípulos. Esto es lo que les ayudó a superar el trauma de la muerte en la cruz. El recuerdo de su humanidad, fue lo que les condujo a la experiencia pascual, que consistió en tomar conciencia de que la divinidad estaba en él. Y esa misma divinidad estaba ahora en ellos dándoles Vida.

Resumiendo: la oferta de salvación de Jesús es una Vida. Pero se trata de una Vida absoluta, total, definitiva, que ya, aquí y ahora, trasciende el tiempo y el espacio. "yo he venido para que tengan Vida y la tengan abundante". El resto de este escrito tiene como objetivo indicar las trampas y peligros que como la biológica, tiene esa Vida. Como la biológica, viene dada, pero tenemos que cuidarla, potenciarla viviéndola.

Salvación en el primer cristianismo

A alguno le puede extrañar que distingamos entre la salvación de Jesús y la de los primeros cristianos, pero hoy tenemos claro que no tienen por qué ser idénticas. Jesús no fundó el cristianismo. Tomar conciencia de esta realidad es clave para poder entender lo que pasó en la experiencia pascual. En las últimas décadas se ha repetido una frase, cuyo origen no está claro: "Jesús predicó el Reino de Dios... pero nació la Iglesia".

Las comunidades apostólicas se fueron formando a partir de los recuerdos de Jesús, interpretándolos a la luz del AT. Fue un proceso lento. Debemos superar la visión de una resurrección al tercer día y puesta en marcha inmediata de la nueva comunidad. Los distintos grupos fueron surgiendo poco a poco, en torno a un discípulo concreto. Por eso nos encontramos con interpretaciones muy distintas según tiempo y lugar.

Ya dijimos que la propuesta de Jesús a sus inmediatos seguidores, tiene poco que ver con las expectativas del AT. Aunque tanto los evangelios como Pablo y los demás escritos del NT, hablan de la salvación anunciada por los profetas, la verdad es que lo que propone Jesús es algo completamente nuevo. El hecho de que todos se empeñen en explicarla desde el AT, nos dificulta el descubrir su originalidad y diferencia.

Jesús va mucho más allá de las necesidades materiales, para adentrarse en las exigencias del ser. En el AT, rara vez se va más allá de las exigencias biológicas, al hablar de salvación. Pero lo que Dios espera de cada uno de los seres humanos es lo que exige nuestro verdadero ser, que no es otra cosa que descubrir y vivir la presencia de Dios como fundamento de cada uno y manifestar y hacer presente lo que Dios es.

Desplegar esa presencia significa hacer nuestra la misma Vida de Dios que ya se encuentra en nosotros. Este Dios-Vida de Jesús tiene muy poco que ver con el todopoderoso del AT. La verdadera vida del hombre no es la biológica ni la psicológica ni la racional, sino la Vida interior que puede desplegar gracias a que Dios se la está comunicando en todo momento. Solo ahí podemos encontrar la verdadera salvación.

La experiencia pascual llevada a cabo por las primeras comunidades cristianas, consistió en el descubrimiento de que Jesús les estaba comunicando su misma Vida. Esto lo consideraron verdadera salvación. No es un mensaje que llega desde la estratosfera sino la exigencia más genuina de nuestro ser, que solo muy pocos seres humanos fueron capaces de descubrir, de vivir y proponer a los demás.

Las expectativas mesiánicas que los judíos del tiempo de Jesús tenían, no se cumplieron en Jesús. Por mucho que los evangelios machaconamente repitan: "esto sucedió para que se cumplieran las Escrituras", lo cierto es que la vida y la predicación de Jesús va mucho más allá de lo anunciado por el AT. El pueblo judío solo esperaba que su Dios les salvara de la opresión de los demás pueblos y les hiciera dueños del mundo.

La mejor prueba de esto, es que todos los representantes de la religión judía de su tiempo, especialmente los especialistas en la Escritura, la rechazaron y siguieron esperando al Mesías. Jesús no fue el Mesías anunciado. Su experiencia de Dios fue mucho más allá de todo lo que anunciaba la Ley y los profetas. Esto no quiere decir que el AT sea inútil. Quiere decir que, aun sirviendo de base, no es suficiente para entender a Jesús.

Es verdad que no podemos entender a Jesús, desconectado de la religiosidad judía. La figura de Jesús sería impensable sin el trasfondo de la experiencia bíblica. Jesús fue judío por los cuatro costados y su experiencia de Dios es inconcebible sin la riqueza espiritual que recibió de su pueblo. Para vivir esa Realidad, Jesús tuvo que superar las infinitas trabas que el judaísmo, mal entendido, había colocado en su camino.

El esfuerzo que los primeros cristianos hicieron para convertir a Jesús en el Mesías esperado, se debió a la necesidad de conectar el cristianismo con el judaísmo. Para ellos, todos judíos, la única manera de legitimar la figura de Jesús era interpretarla desde las Escrituras. Esta obsesión seguramente les llevó a construir relatos que no dejaran lugar a duda, pero que no expresaban adecuadamente la vivencia de Jesús.

Podíamos resumir la experiencia pascual como experiencia de resurrección. Pero estamos tan acostumbrados a entenderla como reanimación de un cadáver, que es casi imposible para nosotros llegar a su verdadero significado. El problema está en descubrir cómo podemos hablar hoy de ella, superando las concepciones míticas de su tiempo. Para ello debemos adentrarnos más allá de la letra de los relatos pascales.

Aun sin entenderla literalmente, se nos ha explicado como un milagro extraordinario de Dios sobre la persona de Jesús. Hoy sabemos que no se trata de un premio sino de la única meta posible para un ser humano como Jesús. Entonces se abren perspectivas completamente nuevas para su interpretación. Lo que pasó en Jesús es lo que tiene que pasar en mí. No puede haber otra aspiración para el cristiano que resucitar como él.

La resurrección no es algo desconectado de la vida, como un apéndice, que ocurrió pero podía no haber ocurrido. La resurrección se fraguó durante la vida. Ante de morir, Jesús ya había resucitado. Es lo que quiso decir Pablo: "Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe". No significa que Jesús pudo no haber resucitado sino que su vida tuvo la lógica y natural consecuencia que exigía su trayectoria, seguir en la Vida.

La visión de una resurrección, ascensión y glorificación como premio a la vida y las obras de la persona de Jesús, que nos han propuesto los relatos evangélicos, debe ser bien entendida. Debemos tener muy claro que en nombre de una fe y una tradición, que entendió literalmente los relatos, no podemos renunciar a buscar una visión más ajustada a lo que ellos pudieron o quisieron decir.

No podemos seguir leyendo los evangelios sin un mínimo de exégesis. Los primeros seguidores de Jesús no tenían los conceptos ni las palabras adecuadas para poder expresar lo que vivieron. Debemos asumir que la teología se montó sobre ideas más o menos abstractas sin tener demasiado en cuenta la verdadera vivencia de Jesús y de los discípulos en la Pascua.

La experiencia pascual es un hito en la comprensión de la verdadera salvación. Ningún acontecimiento nos puede llevar más lejos en el descubrimiento de lo que puede significar hoy para nosotros esa salvación. Decir que Jesús resucitó quiere decir que Jesús se salvó absolutamente y que es imposible una salvación más completa. Pero también, que yo estoy salvado en la medida que haya resucitado ya con él.

La creencia en Jesús resucitado significa la adhesión absoluta a su causa. Solo el que está implicado en el verdadero seguimiento puede descubrir lo que pasó en Jesús después de su muerte. No tiene ningún sentido ponernos a explicar la resurrección. Los textos pascuales intentan un imposible: demostrar en coordenadas de tiempo y espacio, lo que sucedió en otro orden de la existencia, fuera del tiempo y el espacio.

La experiencia pascual no crea una nueva realidad. Lo único que hace es descubrir esa novedad y vivirla. Que Jesús seguía vivo, fue su personal y comunitaria vivencia. Ellos fueron tomando conciencia de ello, vivieron las consecuencias y trataron de comunicarlo a los demás. Las apariciones no fueron la causa de ese descubrimiento sino una estrategia para comunicar a los demás lo que ellos habían vivido.

Tampoco debemos caer en la trampa de necesitar una reivindicación por parte de Dios, como si Dios hubiera quedado en mal lugar si no hubiera resucitado a Jesús. Necesitar esa muleta es el mejor signo de que seguimos creyendo en un Dios omnipotente fabricado a nuestra medida. Si Jesús vivió identificado con Dios, no se entiende que actúe sobre él desde fuera. Jesús no necesita una nueva identificación con Dios

En la cruz, como en su vida, ya estaba Dios totalmente identificado con Jesús. El problema estaba en que ellos no eran capaces de descubrirlo todavía. Descubrir esa presencia fue la primera consecuencia de la experiencia pascual. La vivencia de lo que fue Dios en Jesús, les hizo entrar en la verdadera Pascua. Este paso no fue fácil ni para los discípulos ni para Jesús. Recordad: "aprendió sufriendo a obedecer".

La salvación en Pablo

Puede ser muy útil tomar conciencia de la diferencia entre lo que predicó Jesús y lo que predicó Pablo. Pablo acomodó la doctrina de las primeras comunidades de Palestina, para hacerlas más asequibles a las comunidades gentiles que estaba fundando. El cambio fundamental fue hacer

de Jesús un ser divino sin matización alguna, a pesar de que Jesús nunca se consideró distinto a los demás seres humanos.

Pablo fue el que estructuró la nueva religión y no tanto sobre la predicación de Jesús, sino sobre sus propias ideas. Él recuperó para el cristianismo la idea del dios del AT. Esa idea de Dios del AT, que mantuvo, influyó en el modo de interpretar la propuesta de salvación que llevó a cabo Jesús. Para Pablo, la salvación tenía que reflejar la idea de sacrificio expiatorio que había mantenido su religión durante siglos.

El Dios justiciero de Pablo, nos salva exigiendo el sacrificio definitivo de Cristo en la cruz. Por eso da tanta importancia al pecado en su teología. A Jesús no le preocupaba el pecado sino toda miseria humana. Su obsesión fue siempre librar al hombre de esa miseria, que le impedía ser él, salvando a todo el que sufre. Esa fue su manera de librarnos del pecado.

Ya vimos que el centro de la predicación de Jesús fue el Reinado de Dios, es decir, un ámbito en el que todos los seres humanos pudieran desplegar su verdadera humanidad. En cambio la obsesión de Pablo fue la moralidad. Removió cielo y tierra para terminar imponiendo a todos, unas normas rígidas de moralidad, aunque llevara consigo mayor deshumanización. Él fue el inventor de una moral sexual obsesiva y misógina.

Este modo de explicar a Jesús (Cristo) de Pablo tuvo un influjo muy grande en la modelación del primer cristianismo. Incluso algunos se atreven a decir que su influjo fue mayor del que tuvo Jesús. Los primeros escritos que circularon entre los cristianos no fueron los evangelios sino las cartas de Pablo. Hasta nosotros han llegado no pocas doctrinas propias de Pablo que hemos aceptado como enseñanzas de Jesús.

El Dios de Pablo, fiel a la idea del AT, exige una fidelidad externa que no tiene en cuenta las circunstancias concretas de cada ser humano. De este modo, no le preocupa para nada que sus exigencias obliguen al hombre y a la mujer a someterse y humillarse hasta sentirse despreciados e indignos. Con esto consiguió transmitir la idea de que, para acercarse a Dios, el camino más rápido es alejarse del hombre.

Un cambio sustancial fue trastocar la idea de Mesías de la tradición judía, como salvador religioso, político y social, por el Mesías que vino a ofrecerse como rescate por nuestros pecados, trayéndonos una salvación escatológica, para el más allá. Puesto que el cristianismo que prevaleció fue el de la diáspora, la posterior teología parte de estas ideas, que no aparecen en las primeras comunidades de Galilea y Jerusalén.

Para Pablo, esa salvación ya ha ocurrido en la cruz. No hay que esperar otra sino hacer nuestra la ya conseguida por él. Esa salvación no es para los judíos sino para todos los que crean en él. Pablo cambia todos los requisitos para alcanzar esa salvación en Cristo. No es el cumplimiento de la Ley sino la fe la que logrará en adelante la salvación. Pablo dio el primer paso desde el Jesús que predica al Cristo predicado.

Es muy extraño que Pablo, siendo fervoroso judío como él mismo nos dice, exprese una y otra vez el rechazo de la salvación por el cumplimiento de la Ley. Tuvo que tener razones muy poderosas para atreverse a dar este paso. Probablemente su educación griega y el conocimiento de las religiones del mundo pagano le ayudaron a superar la idea de una salvación exclusiva para el pueblo judío.

Pablo fue sin duda, el que abrió definitivamente la puerta a los paganos para incorporarlos al cristianismo. Para conseguirlo aprovechó su preparación teológica y humanista, que le permitieron aprovechar todos los recursos de las religiones paganas que podían incorporarse al

mensaje cristiano. Con gran habilidad matizó el mensaje de Jesús, de tal manera que pudiera ser aceptado por los paganos sin sobresaltos.

Sin embargo no hay que olvidar que en la carta a los filipenses dice a los cristianos de aquella comunidad que "se esfuercen con santo temor en lograr la salvación". Esto quiere decir que no se puede dar valor absoluto a una frase, por muy rotunda que parezca a primera vista. Deja claro que la salvación está disponible gracias a Cristo que murió por nosotros, pero cada uno tiene la tarea exclusiva de hacerla suya personalmente.

Pablo afirma sin ambigüedad alguna que "Cristo murió por nuestros pecados". Este es el estribillo que repite de una y otra manera siempre que habla del tema. La resurrección de Cristo es la prueba de que Dios le glorificó. Por eso la expresión máxima de nuestra salvación será también la resurrección con él. Precisemos pues, que la salvación no está en su muerte aislada sino en su muerte y resurrección.

Pablo se olvida de la idea de salvación de todo el AT y no habla para nada de las salvaciones materiales (de la opresión, de las penurias, etc.) La salvación en Pablo tiene un carácter eminentemente escatológico. No se puede dar plenamente en este mundo. Aquí tenemos que vivir de la esperanza. Solo en la nueva venida de Cristo y con la resurrección de los muertos puede alcanzar su verdadera dimensión la salvación cristiana.

Hay que aclarar sin embargo, que para Pablo, el cristiano está viviendo ya el tiempo escatológico. Por el bautismo estamos ya participando de Cristo resucitado. El bautizado ha pasado de la muerte a la Vida y tiene que vivir como salvado. La justificación se ha dado ya, y el cristiano tiene que vivir aquí y ahora como salvado, aunque no lo esté totalmente. El Espíritu recibido en el bautismo es la garantía de esa salvación.

Para terminar, no es necesario insistir en el empeño de Pablo por aclarar que lo que nos salva es la fe en Cristo. Clavo ardiendo al que se agarró Lutero para defender la salvación por la fe, no por las obras, con la intención de marcar diferencia frente la Iglesia romana. Lutero se pasó cinco pueblos al añadir "sola fide", es decir, las obras no tienen importancia con tal que la fe sea más fuerte que ellas.

En realidad la discusión sobre la fe o las obras, ha sido estéril, aunque haya durado cinco siglos, porque no tiene ningún sentido hablar de una salvación vicaria sin el compromiso personal de cada uno. Las palabras de Pablo hay que interpretarlas en el contexto en el que las pronunció y para nada quiso decir que el cristiano podía desentenderse de las obras para alcanzar una verdadera salvación.

Debemos recordar que Pablo incorporó a su predicación el ideal de perfección griega, que tuvo una influencia nefasta en la comprensión posterior del mensaje cristiano. El abismo intelectual que separaba a ambas culturas nos ayuda a comprender por qué el mensaje de Jesús no podía calar fácilmente en el ámbito de comprensión greco-romano si no se le traducía a conceptos aceptables para esa cultura.

La salvación que alcanzó Jesús y que quiso proponer a sus seguidores, no fue entendida de buenas a primeras, ni siquiera por sus más próximos seguidores. Fue necesario un proceso de maduración interna, que no culminó hasta después de su muerte con la experiencia pascual. Pero se volvió a perder en cuanto las comunidades crecieron y dejaron de fundamentar su pertenencia a la comunidad en la experiencia interior.

Esta falta de experiencia volvió a desorientar a los cristianos y permitió que se buscara una salvación más externa y controlable. La iglesia se tuvo que apoyar en ritos, doctrinas y

normas, para poder garantizar su subsistencia. Las exigencias de Jesús se sustituyeron por programaciones externas que no exigían ya ninguna experiencia pascual ni vivencia interior.

Pablo fue un maestro en el arte de organizar comunidades. Está muy claro que esa actividad, que desarrolló durante toda su vida, tuvo éxitos incontestables. Lo que no está tan claro es que lo consiguiera transmitiendo fielmente las vivencias de Jesús. Se desentendió del Jesús terreno y empezó a predicar muy pronto el Jesús trascendente y glorificado. Naturalmente, la relación del cristiano con ese Jesús es de adoración.

La salvación durante 20 siglos

El tema de la salvación ha sido en todos los tiempos una parte importante de la teología. Ya hemos dicho que la preocupación primera de todas las religiones es ofrecer seguridades a sus seguidores. Sería imposible un repaso, aunque fuese muy rápido, por las distintas propuestas a través de los veinte siglos de cristianismo. Marcaremos solo algunos rasgos que se han mantenido constantes duran los veinte siglos.

En los primeros siglos ya se fijó la perspectiva que iba a mantenerse durante todo el cristianismo. La salvación se identificó con redención y así permaneció hasta el día de hoy. Se trataba de librarnos del pecado y de la condenación eterna.

Se generaliza la idea de salvación eterna para el más allá. Esta idea no aparece en la filosofía griega, aunque de ella tomaron los cristianos los conceptos de un alma inmortal.

La huida del mundo se convirtió muy pronto en la mejor manera de asegurarse ese más allá, a costa de un absoluto desprecio por el más acá. Merecía la pena renunciar a todo goce terreno con tal de garantizar una eternidad feliz. De esta idea surgió el monacato que se ha tenido como paradigma de un auténtico cristianismo. Estos movimientos partieron de una idea maniquea que suponía demoníaco todo goce sensible.

Pero la característica principal de la salvación cristiana, durante todo ese tiempo, sería que nos llega por la muerte y resurrección de Jesús. Esta idea no la encontramos en ninguno de los evangelios, a pesar de que se encuentra con claridad en Pablo que es anterior, como ya hemos dicho. Sin embargo tuvo tanto éxito que no existe un solo teólogo en los dos mil años de cristianismo que no parta de este supuesto.

Los Padres de la Iglesia, siguiendo a Pablo, desarrollan la tesis de la salvación, no por las obras sino por la fe en Cristo. También dan por supuesto que fue la muerte de Jesús en la cruz la que nos liberó de la deuda de nuestros pecados ante un Dios justiciero. Esta imagen de la salvación por la cruz, arraigó de tal manera que aún no nos hemos librado de ella.

San Agustín se encargó de especificar que nadie podía escapar de esa salvación, aunque no tuviera pecados personales, porque en virtud del pecado de Adán todos nos habíamos convertido en pecadores y solo había una manera de quitarnos de encima esa lacra, el bautismo. Pero este sacramento no era más que la manera de aplicar a cada uno, la salvación que Cristo nos mereció a través de su muerte en la cruz.

Durante toda la Edad Media, se mantuvieron las visiones de la salvación ya consolidadas por la patristica. Se siguieron elaborando complicadas doctrinas para explicar mejor aquella salvación. Pero en el s. XII toma cuerpo la idea del juicio final, que iba a trastocar la visión del más allá y a llenar de zozobra lo que antes se tenía por seguridades. Esto obligó a respuestas más concretas sobre la suerte de los difuntos.

El juicio final cobró tanta importancia en el imaginario colectivo que todas las precauciones eran pocas para asegurarse la absolución en dicho juicio. En vez de confiar en la bondad de Dios, se inventaron infinitos subterfugios para garantizarse la liberación de los pecados. A partir del s. VIII, la confesión se convirtió en instrumento indispensable para poner a Dios de nuestra parte en el supuesto juicio definitivo.

Todas las precauciones anteriores a la muerte, no bastaban para tranquilizar a los vivos. Se inventaron cientos de ritos y ceremonias para garantizar el cielo a los muertos. Se podía asegurar la salvación del alma no solo con oraciones y ritos sino con dinero o posesiones donadas a la Iglesia. Esto provocó la avaricia de las más altas instancias de la jerarquía. De hecho los estipendios por difuntos se mantienen vigentes.

III

Ofertas de salvación hoy

En la historia de la humanidad nunca ha habido una oferta tan diversificada de salvaciones. Hay salvaciones para todos los gustos y todas tienen un poder de atracción increíblemente mayor que la que nos ofrecen las religiones universales. Esta es la razón por la que, a pesar de la pertenencia a una religión, se le hace tan poco caso a las propuestas de salvación que no entren por los sentidos y produzcan placer inmediatos.

Sería ridículo arremeter contra los increíbles logros de nuestro tiempo. El progreso, en cualquier orden de la vida humana, es positivo y debe seguir siendo un objetivo de la humanidad. Lo que vamos a criticar aquí no es el progreso en sí, sino una mala utilización de sus logros, ya que pone en los goces sensibles su confianza y olvida que el ser humano es mucho más que biología, sicología y racionalidad.

Hace varios siglos que se le ha ofrecido a la humanidad el paraíso en la tierra a través de la ciencia y de la técnica. Llevamos varios siglos viviendo de esa ilusión, pero la tozuda realidad nos dice que la consecución de esa utopía va para largo. El mayor consumo y la mayor comodidad de vida no han aportado la tan ansiada felicidad: al contrario, vivimos en un mundo cada vez más insatisfecho.

Se ha identificado alegremente el progreso científico y técnico con el progreso humano. Incluso hemos repudiado verdaderos logros de humanidad en el pasado, simplemente porque no los identificamos con mayor placer. El mito de la modernidad no nos ha permitido juzgar justamente lo que estamos viviendo. Hoy estamos aceptando como ideales situaciones que poco tienen que ver con un despliegue de la verdadera humanidad.

Hemos perdido la capacidad de crítica y aceptamos como bueno lo novedoso, sin pararnos a pensar si es de verdad tan bueno. De valorar lo antiguo como lo único bueno, hemos pasado a rechazarlo sin más y aceptar lo nuevo como valor absoluto. El mito de un pasado idílico del hombre conectado con lo divino lo hemos sustituido por otro mito proyectado sobre el futuro que solo depende del hombre y su racionalidad.

La racionalidad ha conseguido logros increíbles pero nos ha alejado del verdadero núcleo de lo humano. Los avances científicos y tecnológicos nos han permitido (a unos pocos) vivir con toda clase de comodidades, asegurándonos una vida biológica mucho más rica y placentera, pero me temo que la calidad humana de la población en general no ha seguido el mismo progreso, ese que nos llevaría a una vida más plena.

Lo humano ha quedado reducido a una mayor capacidad de consumir y adquirir más y más productos aunque no los necesitemos para nada. Con mucha más razón que el filósofo griego Sócrates, podríamos exclamar lo que él dijo al entrar en un supermercado de su época: ¡De cuantas cosas puedo prescindir! O recordar otra famosa frase: no es más rico el que más tiene sino el que menos necesita.

El bombardeo constante de la publicidad desde todas las instancias de comunicación nos ha convencido de que la única manera de ser feliz es gastando y consumiendo cada vez más. El pensamiento crítico, que también existe, no llega a tanta gente como el comecocos de la televisión. Creemos que somos libres para elegir lo que consumimos pero todo está impuesto por espurios intereses comerciales que nos atenazan.

En realidad, esta suplantación de las decisiones personales por consignas venidas de fuera, nos aleja cada vez más de lo verdaderamente humano. Cada día somos más marionetas movidas por los hilos de intereses económicos de unos pocos que nos tiranizan. La titánica lucha por la libertad que había caracterizado los últimos siglos ha desembocado en la esclavitud más absoluta a un único señor, el dinero.

La lucha por la libertad, que tanto ha costado conseguir, está naufragando ante los embates de la sociedad de consumo que nos está arrastrando hacia mayor esclavitud. No nos estamos dando cuenta y no tenemos mecanismos de defensa contra esta situación. Las estructuras que antes impedían la libertad, han sido sustituidas por poderes más sutiles pero más eficientes que mantienen al hombre alejado de su realización.

La libertad para pensar y expresar lo pensado fue uno de los logros de la Ilustración. Sin embargo hoy hemos caído en la trampa del pensamiento único, gracias a la capacidad de unos pocos, de imponernos su manera de pensar. Solo que ahora lo hacemos voluntariamente y encantados de seguir a la masa en la única dirección que otros nos señalan. La propaganda no va dirigida a la razón sino a nuestras emociones y sentimientos.

Todo en aras de una capacidad de consumo y de satisfacer necesidades sensoriales que nos incapacitan para una actitud crítica. Hemos cedido a la tentación del hedonismo que nos mantiene engañados pero aparentemente felices. Hemos vendido nuestra primogenitura por un plato de lentejas. Lo humano ha dejado de interesarnos, ante la comodidad y placer que producen productos cada vez más sofisticados.

Creemos ser más libres, pero al engañarnos con ofertas aparentemente ideales nos han convertido en inconscientes esclavos. La libertad formal que creemos disfrutar se ha convertido en esclavitud real. Como no somos conscientes, será muy difícil salir de esta situación. Hemos dejado de pensar por nosotros mismos y nos hemos acomodado a lo políticamente correcto sin la más mínima capacidad de crítica.

Hemos dicho que el progreso tiene mucho de positivo pero eso que tiene de bueno está lejos de llegar a todos los hombres. Los que tenemos la clave de ese progreso defendemos con uñas y dientes los privilegios que nos aporta y luchamos por no perderlos aun a costa de que la mayoría de la población mundial quede excluida de ellos. Este otro aspecto convierte también nuestro progreso en radicalmente inhumano.

La actitud que está tomando Europa y todo el mundo occidental con relación a los refugiados, es claro ejemplo del más refinado de los egoísmos, lo cual es la expresión de una absoluta falta de humanidad. Esos desgraciados que huyen de la guerra o simplemente del hambre, no pueden ser tratados como delincuentes porque intenten sobrevivir o incluso beneficiarse de los logros de nuestro primer mundo.

Esta actitud deshumanizadora es posible gracias a la falsa idea de salvación que manejamos la mayoría de los privilegiados. Poner la salvación en la posibilidad de consumir más o aumentar nuestras seguridades, en vez de salvarnos nos deshumaniza. Cuando olvidamos que muchos seres humanos no pueden desarrollarse como tales por culpa de nuestro egoísmo estamos deteriorándonos como seres humanos.

Tampoco podemos ser ingenuos y caer en la trampa de 'papeles para todos'. Se trata más bien de encontrar la manera de solucionar un problema acuciante que está machacando a un número cada vez mayor de personas que tienen el mismo derecho que nosotros a vivir una vida digna. Eso solo se puede conseguir con la superación del egoísmo, tanto individual como de las naciones.

Oferta de la ciencia y la técnica

Hoy ya estamos un poco de vuelta, pero hace unos siglos se llegó a creer que todos los problemas del hombre quedarían resueltos cuando los conocimientos avanzaran lo suficiente. Incluso se llegó a decir que el hombre dejaría de necesitar proyecciones trascendentes, porque encontraría en este mundo material la satisfacción completa de sus anhelos.

Fueron precisamente los más prestigiosos científicos los que dieron la voz de alerta. La ciencia no resolverá todos los problemas porque, por mucho que avance, nunca llegará a ser perfecta. El conocimiento exhaustivo de todos los aspectos de la realidad será imposible. La ciencia es como el horizonte: cada paso que das hacia él, parece que te acercas pero en realidad se va alejando cada vez más.

No es que la ciencia no haya ayudado a superar sangrantes carencias de toda índole. Reconocer las infinitas posibilidades que el conocimiento racional ha aportado al ser humano es obligado. Pero aparte de que esas mejoras no han llegado a todos, la solución de los problemas verdaderamente humanos no puede aportarlos la ciencia. El poner todas las esperanzas en ella nos puede llevar a una frustración deshumanizadora.

La historia se ha encargado de demostrar que los avances de la ciencia han hecho más agradable la vida del hombre sobre la tierra, pero también se ha utilizado como instrumento de esclavitud. Siempre que una parte de la población utiliza los avances para aprovecharse de los demás, éstos se hacen perversos. Pensemos en el uso que hemos dado a hallazgos tan fantásticos como la pólvora o a la energía nuclear.

No basta con que el ser humano alcance conocimientos cada vez más ciertos para garantizar el progreso humano, porque se pueden utilizar de manera deshumanizadora. Mientras más capaces somos de hacer el bien, mayores posibilidades tenemos de hacer daño. Normalmente vemos primero lo malo y nos asusta, pero también debemos reconocer lo mucho que se está haciendo por mejorar las condiciones de la humanidad.

Aunque basada en la ciencia, la técnica ha conseguido avances aún más espectaculares que la ciencia. Tanto en la ingeniería de grandes obras como en el campo de la nanotecnología, los logros han sido increíbles. Ni siquiera podemos imaginar lo que nos tiene preparado el futuro en esta materia. ¡Quién podía imaginar que tomándote una pequeña píldora se podría explorar todo el intestino sacando una película de su situación!

Por muchos beneficios que la técnica puede seguir aportando a la humanidad, la plena salvación del ser humano no puede llegar por ese camino, sencillamente porque el ser humano es mucho más que lo que se puede manipular mecánicamente. La plenitud humana es de otro

orden y debemos alcanzarla con otros instrumentos. Ser más humano no coincide con ser capaz de resolver cada vez más problemas técnicos.

En el campo de la biología, una vez que podemos manipular los genes, son inconcebibles las posibilidades que se abren. Esa capacidad de manipular un embrión humano deja el campo abierto a cualquier monstruosidad, si no se sabe gestionar desde una auténtica humanidad. Esa necesaria humanidad no la aporta por sí misma la técnica. Tiene que ser el fruto de una profunda convicción y búsqueda.

La capacidad de manipular la realidad material va a seguir creciendo de manera exponencial. Si al mismo tiempo no desarrollamos una mayor comprensión de lo que es el ser humano, podemos caer en monstruosidades terribles. El momento que nos ha tocado vivir es apasionante. Somos capaces de lo mejor y de lo peor. Solo desentrañando lo mejor de nuestra naturaleza podremos superar las trampas mortales.

Oferta del dinero

Nunca ha disfrutado el género humano de más medios económicos para satisfacer las más diversas necesidades de todo orden. Pero, precisamente en este momento, estamos asistiendo a un desinfe absoluto de la confianza en el progreso ilimitado. Ni el proceso de crecimiento puede ser ilimitado ni la capacidad de consumir más puede ser la solución para el futuro del hombre.

La tremenda crisis económica que estamos atravesando en este momento nos tenía que hacer pensar. Para que la economía a nivel mundial pueda seguir funcionando el producto interior bruto tiene crecer por lo menos al 2%. Pero por otra parte sabemos que ese crecimiento no puede ser ilimitado y para todos, porque los recursos de la tierra disminuyen y el número de los habitantes aumenta.

Todo proceso piramidal exigiría, para ser verosímil, un proceso sin final en su desarrollo. En cuanto el proceso esté limitado de cualquier manera, el fracaso está asegurado. El crecimiento económico está limitado por un doble aspecto. Por una parte los recursos, que se agotan, y por otra parte el número de seres humanos, que sigue creciendo sin que se vea solución a corto plazo. Si en estos dos aspectos no frenamos la marcha el colapso está asegurado.

Una simple observación deja patente este problema. Si en este momento los 7.000 millones de habitantes de nuestro mundo consumieran la misma cantidad de papel, per cápita, que consumen en EE UU, en menos de un año, no quedaría un solo árbol sobre la tierra. Pero es que lo mismo pasaría con el petróleo o con otras materias primas. El desarrollismo es insostenible y tenemos que tomar conciencia de ello.

Es tremendamente inhumano que una parte de la población pueda seguir el ritmo de consumo que lleva, gracias a que otra parte significativa carece de lo imprescindible para vivir. Sería imposible que todos los habitantes del mundo consumieran tantos alimentos o vestido como los más ricos. Considerar salvación humana una situación en la que se privilegia a unos pocos, abusando de la mayoría, no tiene ningún sentido.

La salvación que no llega a todos no puede ser una verdadera salvación humana. Si alguno se cree más humano porque puede despilfarrar lo que otro necesita para sobrevivir, es que hemos llegado a un grado de depravación tal que ya no podemos hablar de humanidad. No vale decir que yo no puedo hacer nada por quitar el hambre del mundo. Tú puedes ayudar al que espera algo de ti y eso es lo único que se te exige.

Hoy se habla mucho de globalización, pero es deprimente constatar que solo en el orden económico está consiguiendo algún éxito y además, solo en beneficio de unos pocos. Este funcionamiento no solo no beneficia a los más pobres sino que ha conseguido que las grandes financieras y empresas multinacionales tengan más éxito y consigan más beneficios, aumentando la desigualdad a una velocidad desorbitada.

Qué bonito sería que se globalizaran los alimentos para que nadie pasara hambre sobre la tierra. O que la globalización llegara al vestido, o a la enseñanza, o a la vivienda, o a la sanidad. La verdadera globalización consistiría en que todos los que habitamos un mismo mundo tuviéramos las mismas posibilidades en todos los órdenes. Esta sería la globalización que nos haría de verdad más humanos a todos.

La última crisis financiera ha lanzado un aviso a navegantes. La mayoría de los recursos económicos que estamos utilizando hoy no son renovables, lo cual quiere decir que, antes o después, se agorarán. Si no somos capaces de salir del consumismo, todo el tinglado económico colapsará. El problema está en que los que tenían que tomar medidas para solucionarlo no ven necesidad ninguna de hacerlo, más bien lo impedirán a toda costa porque peligran sus privilegios.

Detener esa deriva exigiría aprender a vivir consumiendo menos y distribuyendo mejor los recursos disponibles. Resulta que seguimos en la dirección contraria. Cada día menos personas consumen más recursos y muchos más disponen cada vez de menos bienes de consumo. Es sangrante constatar que la tremenda crisis que acabamos de atravesar haya sido aprovechada por los más ricos para ganar más.

Pero aquí los ricos tenemos un error de perspectiva alucinante. A medida que los menos favorecidos se vayan dando cuenta de la injusticia que están padeciendo, se revolverán contra sus opresores. Esa rebelión es una de las lecciones que nos ha dado la historia de todos los tiempos, pero no queremos aprender de los errores del pasado y seguimos escondiendo la cabeza debajo de la arena, como el avestruz.

Los problemas económicos no se pueden resolver solo con más técnica. Tiene que entrar en juego la recuperación de valores auténticamente humanos que nos permitan revertir la deriva consumista en la que nos hemos metido. Estamos a tiempo, pero no tenemos mucho tiempo que perder. Si no actuamos con rapidez y eficacia podemos llegar al punto de no retorno y aniquilarnos como especie.

Oferta del consumismo-hedonismo

Ya hemos apuntado anteriormente esta cuestión, pero tiene tanta importancia en el desarrollo de nuestra sociedad que vamos a dedicarle unas líneas. No somos conscientes del deterioro que causa a nuestra humanidad la deriva hedonista. No valoramos en su justa medida lo que significa que nos cataloguen como consumidores. La verdad es que para llegar a ser consumidores, antes nos han convertido en productores.

Partiendo de que todo ser humano busca la felicidad, fue muy fácil convencerle de donde la podía encontrar sin esfuerzo. No hay nada más fácil que engañar al que quiere ser engañado. Los conocimientos de la sicología humana que aportó Freud, aprovechados hábilmente por intereses económicos y políticos, fueron de inestimable ayuda. Conocer el subconsciente fue clave para influir en la masa sin que se diera cuenta.

Manejando adecuadamente los sentimientos y emociones más profundas fueron capaces de cambiar actitudes que pueden llegar a ser completamente irracionales. Apelando hábilmente a

los impulsos primarios del ser humano, les permitió alcanzar objetivos que no hubieran alcanzado con argumentos racionales. Este es el mecanismo secreto que sigue utilizando hoy la propaganda desde todos los medios de comunicación.

El dar valor absoluto al placer inmediato y a las satisfacciones personalistas nos aleja de una verdadera evolución humana y cercena la posibilidad de crecer porque ese crecimiento como humanos exige esfuerzo. La promesa de una felicidad barata e inmediata es el señuelo infalible para arrastrar a la inmensa mayoría. Destacar el lado bueno de las promesas, olvidándose de los inconvenientes, es una manera fácil de convencer.

Ha sido un proceso lento que no ha nacido de lo hondo del ser humano, sino como efecto colateral de las posibilidades de disponer de productos sin límites. Una vez producidos los infinitos objetos de consumo, se instrumentaron los mecanismos necesarios para convencer a la gente de que debía utilizarlos. Lo han conseguido de manera tan rotunda que la mayoría de las cosas que compramos son inútiles.

La posibilidad de consumir sin límites desbordó la capacidad de discernir si un objeto es necesario, útil, conveniente, o prescindible y completamente inútil. Comprar por comprar, o consumir sin necesidad, es la tónica de la mayoría de las personas en el mundo desarrollado. La falta de maduración personal deja a los individuos con suficiente capacidad adquisitiva, ante los pies de los caballos.

El afán de consumir es consecuencia de una ignorancia y de un individualismo primario, que nos impide descubrir cuál debe ser nuestra verdadera meta como seres humanos. La capacidad que tienen hoy los medios de comunicación para comernos el coco es asombrosa. La inmensa mayoría de los humanos caemos como moscas en esa golosina de lo fácil, de lo cómodo, de lo placentero que nos atrapa y aniquila.

Cada vez más personas están convencidas de que si no tienen posibilidad de consumir este o aquel producto, les será imposible ser felices. La publicidad se encarga de relacionar el objeto de consumo propuesto con la felicidad de consumirlo. Si no puedes disfrutar de este producto, tampoco serás nadie ante los demás. Cada objeto de consumo se convierte así en imprescindible y por lo tanto en esencialmente deseable.

Una vez puesta la felicidad en el uso de un producto, está preparado el camino para poner en el dinero toda la confianza. Hemos puesto en el lugar de fin último lo que solo debía ser un medio. Ya no habrá manera de enderezar una actitud que no puede ser verdaderamente humana. La consecuencia inevitable es la frustración de la inmensa mayoría de la población, que no puede acceder a esos productos.

Aunque en teoría es fácil desenmascarar esta farsa, en la práctica se presentan las mayores dificultades para salir de esa dinámica. La inercia nos arrastra y nos impide pararnos a pensar en lo absurdo del planteamiento. Al vivir pendiente de las satisfacciones que me llegan de fuera pierdo la conexión con el centro de mi ser y deambulo por este mundo descentrado, sin saber quién soy ni a donde voy.

Los que hemos vivido una economía de pura subsistencia no podemos entender esa actitud. Cuando el único objetivo a conseguir era poder comer o poder vestir, no ya adecuadamente sino a nivel de mínimos, no había cabida a otras especulaciones. Los jóvenes de hoy no pueden comprender esa situación y dan por supuesto que tienen derecho a vivir satisfaciendo todos sus caprichos.

Oferta de la psicología

No han sido menores los avances en el campo de la psicología. El mejor conocimiento del interior del hombre nos ha permitido asomarnos al abismo interior. Durante milenios se ha creído que para ser felices los seres humanos tenían que solucionar sus carencias materiales. La felicidad consistía en mayor inteligencia, mejor salud o una economía boyante. Una vez superadas esas limitaciones la vida sería un camino de rosas.

La tosuda realidad ha demostrado que la satisfacción de las necesidades materiales nunca aporta la felicidad esperada. Aunque la mente y la siques dependen de las condiciones de la biología, se necesita mucho más que una buena salud para la armonía interna. Vamos a prestar un poco de atención a estos dos aspectos de la persona, porque pueden abrirnos nuevos horizontes de comprensión para el problema que nos ocupa.

Siempre se ha creído que los verdaderos salvados han sido los místicos. Hoy sabemos además por qué su vida llegó a tener una armonía y una paz no accesible a la mayoría de los mortales. El secreto está en que consiguieron un equilibrio personal fuera de lo normal. Descubriendo su auténtico ser desplegaron todas las posibilidades de humanidad. Es una clara demostración de que la biología no es lo más importante.

Esa paz y ese bienestar eran inquebrantables porque no se apoyaba en circunstancias externas, que cambian con facilidad, sino en actitudes basadas en estados de conciencia, permanentes e indestructibles. Para el tema que nos ocupa es interesante analizar la manera de alcanzar esa plenitud de ser que lograron estas personas de carne y hueso como nosotros, porque puede abrirnos perspectivas muy esclarecedoras.

Hoy sabemos que los estados anímicos, que tanto han preocupado a los seres humanos durante milenios, tienen explicaciones relativamente sencillas. Sabemos que los estados de depresión o de euforia dependen de que en el cuerpo haya cantidades mayores o menores de dopamina o de serotonina. Sabemos que un ser humano puede ser feliz con muy poco y ser infeliz disponiendo de enormes posibilidades.

Sabemos que la salud biológica depende de las actitudes psicológicas hasta tal punto que a los médicos les asusta reconocerlo porque parece menoscabar su tarea de sanadores. Un equilibrio síquico adecuado puede tener efectos increíblemente beneficiosos en la salud corporal. Pero aun así, no son aspectos intercambiables. Es más, existe el peligro de que intentemos una vida espiritual buscando solo el beneficio corporal. Lo cual es sencillamente una locura.

Debemos luchar con uñas y dientes porque todo el mundo logre un equilibrio mental saludable, pero cuando eso no se puede conseguir, no debemos caer en la desesperanza. A pesar de esas limitaciones, aún queda un gran margen de posibilidades para las personas enfermas. Es mucho más importante para un discapacitado mental encontrarse a gusto y feliz, que alcanzar un desarrollo intelectual superior.

Oferta de la filosofía

Siguen siendo válidas las preguntas de siempre: de dónde venimos, qué pintamos aquí, a donde vamos. Pero hoy las formulamos desde una perspectiva muy distinta. Ni las respuestas mágicas ni las respuestas míticas ni las respuestas hedonistas pueden ya satisfacer nuestros anhelos. Los nuevos paradigmas sustituyen los viejos a ritmo endiablado. Si no seguimos buscando, nos quedaremos fuera de juego.

Casi todas las respuestas se han quedado obsoletas. Las ansias de conocer, nunca saciadas, se han disparado. Las nuevas técnicas de investigación en todos los campos han abierto horizontes impensables hace muy pocas décadas. Nadie ni nada podrá detener este incontenible afán por más saber. Cada nueva respuesta provoca mil preguntas.

El conocimiento no científico puede ayudarnos a conseguir una verdadera salvación humana. Hasta hace pocos siglos, no se diferenció la ciencia de la filosofía; incluso la religión se veía involucrada en el único campo del saber. Hoy son tres ramas del saber con objetivos distintos. Los cerebros más capaces no se dedican hoy a la filosofía, pero sigue habiendo un número considerable de personas que dedican su vida a filosofar.

La Modernidad comienza cuando el ser humano se atreve a pensar por su cuenta y se libera de metafísicas, religiones y teologías. Primero, aceptando el mundo como lo percibimos por los sentidos como punto de partida. Después, asumiendo que la razón humana es capaz de interpretar la realidad con plena autonomía. Los problemas humanos debe solucionarlos el hombre, desplegando todas sus posibilidades de conocer.

Pero el filósofo no se conforma con entender la situación del hombre en el mundo, sino que propone como objetivo primero cambiar la relación del hombre con la naturaleza y las realidades transcendentales. Tendríamos que estar agradecidos a los filósofos de la sospecha (Marx, Nietzsche y Freud) de habernos espabilado y hacernos ver la contradicción de un sometimiento sin crítica alguna a las tradiciones mitológicas.

Los tres arremeten contra la religión como la causante de la infantilidad del ser humano. En algún aspecto no les faltaba razón. Aquella religión que proponía la expulsión del hombre de un paraíso y a continuación, proponía la recuperación del mismo para el más allá, distorsionó la comprensión del hombre. Vieron en esa propuesta mítica la excusa para no hacer nada por la liberación del hombre oprimido aquí y ahora.

Para ellos la salvación está en manos del hombre. Él es el que tiene que poner toda la carne en el asador para superar la situación de marginación y penuria en la mayor parte de la población mundial. A pesar de ser filósofos, supieron dar más valor a los hechos que a las teorías. Toda una advertencia a nuestra institución eclesiástica, que sigue dando más importancia a los dogmas que a la preocupación por el hombre.

Nietzsche pretendía devolver la confianza al hombre hundido en la más absoluta miseria por los dogmas de una religión que le privaba de toda posibilidad de salvarse a sí mismo. El ser humano es capaz de alzarse sobre sí mismo y acceder a su verdadero estatus. Es lo mismo que pretende la religión, pero por otro camino. Si acepto que lo que creo recibir de Dios lo tengo ya asegurado, Nietzsche tiene toda la razón del mundo.

Si rechazaron el concepto de salvación religiosa, fue por el carácter de alienación que le acompañaba. No aguantaban que se infantilizara al hombre hasta convertirlo en un pelele. No fueron capaces de descubrir en la religión su sentido más profundo y, desde la perspectiva que ellos la miraban, tenían motivos para rechazarla. La religión que rechazaron era una falsa religión, que por desgracia es la más extendida.

Esta crítica feroz contra la religión debe hacernos pensar. El ser humano no será más humano por ser más fuerte, más inteligente, más sano, más equilibrado psicológicamente. Todos tenemos la obligación de luchar con uñas y dientes por nuestra propia salud biológica y mental y por la de los demás, pero sabiendo que eso no es lo más importante. Esta es la clave de todo nuestro razonamiento. No es nada fácil de entender.

No basta reconocer que el ser humano tiene unas posibilidades ilimitadas. Es preciso dilucidar cuales de esas posibilidades le llevarán a su plenitud y luchar por desarrollar en primer lugar las que le lleven a mayor humanidad. Asegurar a todos la comida, el vestido, la vivienda, la enseñanza, etc., es algo digno de elogio, pero debemos puntualizar que solo es un mínimo indispensable que no garantiza mayor humanidad.

Es curioso constatar que el comunismo de Marx es la propuesta original del cristianismo. En los Hechos se dice: "y lo tenían todo en común". El error fue pretender imponerlo desde fuera, antes de que las personas maduren lo suficiente para descubrirlo como la manera de alcanzar mayor grado de humanidad. El resultado ha sido no una igualdad entre todos los hombres sino un igualitarismo desencarnado e inhumano.

La filosofía no ha dicho aún la última palabra. Liberada de las ignorancias científicas y del férreo control de la religión, tiene un prometedor camino por delante. Puede ser el campo más propicio para dilucidar el futuro del hombre. El hombre puede especular sobre su futuro y hacer propuestas más humanas. Todos hacemos nuestra filosofía, pero creo que cada vez más seres humanos retomarán la tarea específica de filosofar.

Cibernética, horizonte imprevisible

El concepto de cibernética se extiende a todas las ramas de la ciencia y nos sumerge en posibilidades inimaginables de progreso. Surgió a mediados del siglo pasado, pero en poco tiempo ha sobrepasado todas las expectativas. Hoy está inundando todos los ámbitos del conocimiento y se postula como la mayor posibilidad de nuestro futuro.

Aquí nos vamos a ceñir a su aspecto más desconcertante. La posibilidad ensamblar computadores y biología y sustituir el procesamiento natural de la información biológica por procesos químico-eléctrico-biológicos. Si tomáramos conciencia de lo que se está tramando, sería para volverse locos. Las posibilidades de la inteligencia artificial, son inimaginables.

Muchas veces he dicho que la vida consiste en una capacidad de almacenar y procesar información. Si esto fuera cierto, las nuevas máquinas computadoras podrían adelantar al hombre, que se cree el culmen de la evolución. La inteligencia artificial, que ya es un hecho, podría terminar por suplantarnos y erigirse en una nueva especie que nos superaría con creces.

Será de vital importancia el descubrir si ese paso, que se dará, supone una salvación para el ser humano o su aniquilación, es decir, la total desaparición del homo sapiens. No será fácil de digerir la posibilidad de ir más allá de lo humano sin un mínimo de seguridad de lo que vamos a conseguir.

Estas máquinas ya son capaces de almacenar más información que el cerebro humano y procesarla a una inimaginable velocidad. Esa información estará disponible siempre y no se borra ni se deteriora. En cambio el cerebro humano puede seguir funcionando gracias a su capacidad de olvidar.

IV

¿De qué me tienen que salvar?

Ya dijimos que salvar es evitar un peligro inminente o superar una carencia frustrante. El ser humano tendrá que afrontar, mientras exista, estas dos posibilidades. Hay limitaciones que

nunca podremos eliminar. Hay peligros que estarán siempre ahí. Y hay metas deseables que nunca podremos alcanzar. Por eso la salvación será siempre una actitud, un proceso, nunca una meta a conseguir en un momento determinado.

Es la inquietante pregunta que nos tenemos que hacer en primer lugar. ¿En qué limitación radical o en que peligro inminente se encuentra el ser humano que puedan ser superados hoy? La verdadera salvación no puede consistir en eliminar todas nuestras limitaciones porque dejaríamos de ser humanos. Más bien debemos buscarla en ampliar el marco de nuestras posibilidades, a pesar de esas limitaciones.

El contrasentido en que nos han metido las religiones es precisamente hacernos creer que no podemos alcanzar una plenitud humana por ser demasiado humanos. El que seamos conscientes de nuestras limitaciones no nos debe acomplejar sino todo lo contrario, debe animarnos a seguir luchando por conseguir lo que falta a mi plenitud, conscientes de que nunca llegaremos a alcanzarla del todo.

Es ésta una advertencia sutil que debemos sopesar. Tan peligroso es convencernos de que estamos salvados como creer que no hay posibilidad de salvación. Ahora bien, toda salvación que nos venga de fuera, se referirá solo a lo accidental de mi ser. Debemos desconfiar de todas esas ofertas de salvación que nos llegan desde fuera. Ninguna de ellas podrá afectarnos en lo sustancial.

Nada de lo que pertenece a nuestra manera esencial de ser puede cambiarse desde fuera. Y nada que venga de fuera puede estar en contra de nuestra plenitud. Es más, solo tomando conciencia de lo que somos como seres humanos, podremos alcanzar nuestra verdadera salvación humana. Las limitaciones que son inherentes a nuestra condición de criaturas no pueden obstaculizar nuestra plenitud esencial.

En todos los tiempos los seres humanos han sido conscientes de sus carencias. La mayoría de ellos han estado convencidos de que no podían superar sus miserias sin ayuda. Esa ayuda tenía que venir de fuera, de seres superiores que ponían a nuestra disposición sus poderes. A esos seres poderosos se les llamó dioses. Lo malo fue que a esos seres se les atribuyó una existencia metafísica que necesitaba intermediarios.

Ya tenemos los ingredientes necesarios para que una religión se deslice por el resbaladero de la manipulación. Primero nos convencen de que estamos hundidos en la miseria, y luego nos prometen que nos sacarán de esa miseria donde ellas mismas nos han metido. Una religión que evitara esta trampa, tendría que afinar mucho su objetivo para mantenerse incólume. Si alguien te convence de que tu salvación está solo en sus manos será muy difícil someterle y manipularle.

La religión ha sido muy útil para los espíritus ambiciosos y sin escrúpulos, porque les ha permitido manipular y someter a los demás seres humanos. Es relativamente fácil conseguir la docilidad de aquel a quien hemos convencido de que tengo en mis manos su destino. Si se trata del destino no solo temporal sino eterno la capacidad de sometimiento será absoluta. Si nos convencen de que alguien es el representante de Dios será más fácil cualquier clase de manipulación.

Ha llegado la hora de superar estas mitologías. El ser humano está indudablemente lleno de limitaciones, pero también está repleto de posibilidades que puede y debe descubrir y desarrollar para alcanzar una plenitud auténticamente humana. Para ello no necesita apelar a ningún auxilio externo, porque todo lo que necesita lo puede encontrar dentro de sí. Esa energía viene de algo que es más que él, pero no tiene por qué venir de fuera de sí mismo.

Toda la energía que pudiera venir de un Dios imaginado ahí fuera, la tienes dentro de ti. No hay ningún dios más allá de las nubes. Solo mirando a lo más hondo de ti, podrás encontrarte con el verdadero Dios, porque solo ahí puedes descubrir al Único que existe y está haciendo posible que tú existas. El Dios que hemos colocado fuera es un ídolo. Ese ídolo pudo ser necesario en una etapa temprana de la evolución, pero hoy el hombre está capacitado para superarla.

Nadie nos tiene que salvar de nada. Somos un inmenso cúmulo de posibilidades que tenemos que desplegar, poniendo en marcha los recursos que tenemos al alcance de la mano. La evolución será un progresivo despliegue de esos recursos que tenemos que seguir desarrollando. Claro que necesitamos de los demás para descubrir esos recursos. Todo el que me ayude a conocer y vivir lo que ya soy, me está salvando.

No es fácil entrar en esta nueva dinámica. La salvación solo llegará cuando te des cuenta de que no necesitas ninguna salvación externa. Mientras necesites llegar a ser otra cosa de lo que ya eres o que tienen que añadirte algo que aún no tienes, estás engañándote a ti mismo. La lucha entre tu verdadero ser y tu falso yo, permanece, y mientras esa batalla la gane el falso yo no habrá verdadera salvación para ti.

¿Me salvarán del mal físico?

Lo que acabamos de decir se ha planteado en todos los tiempos bajo otra perspectiva. La incógnita del mal ha inquietado siempre al ser humano. La verdad es que se ha planteado siempre como un misterio insondable. Desde los primeros conocimientos históricos que han llegado a nosotros, se han planteado soluciones míticas muy complicadas.

Debo ser un ingenuo irreductible porque para mí no se trata de ningún misterio. Lo que llamamos mal es consecuencia inevitable de nuestra condición de criaturas y, como tales, limitados. La pretensión de que un ser creado sea perfecto, además de ser inútil, es absurda. Pero también es cierto que la carencia de perfección no debemos interpretarla como algo malo en sí. Precisamente esas carencias son las que me permiten evolucionar sin límites.

El problema del mal es el gran obstáculo a la hora de situar al ser humano con precisión en su entorno vital. El hombre ha empleado toda su capacidad de reflexión para intentar superar el callejón sin salida del mal. Todas las filosofías y todas las religiones han dedicado los mayores esfuerzos a tratar de solucionar este problema. Como nosotros no hemos sido capaces de encontrar una solución, nos pasamos la vida esperando que desde fuera nos llegue alguna.

El problema del mal nunca tendrá una solución definitiva desde el punto de vista racional. Por más que nos rompamos la cabeza nunca podremos explicarnos el por qué y el para qué de una realidad tan traumática. El problema del mal solo se puede solucionar afrontándolo de manera vivencial. No eliminaremos el problema suprimiendo las limitaciones sino encajándolas en nuestro propio modo de vivir.

Ya hemos señalado que seguramente la necesidad de un ser superior que pudiera sacar al ser humano de ese atolladero, fue el primer paso hacia la religiosidad de todos los tiempos. Aún hoy la búsqueda de un dios todopoderoso ahí fuera, es la consecuencia de esa conciencia de fragilidad en la que estamos inmersos. ¿Y si el hombre no fuera tan frágil y pudiera solucionar sus propios problemas?

Debemos empezar por diferenciar dos categorías de mal. No se trata de dos clases de mal sino de dos realidades completamente diferentes. No es lo mismo que se desprenda un ladrillo y te mate, o que otra persona te dé un ladrillazo y te mate. Los dos casos coinciden en que causan

una muerte, pero en el segundo nos encontramos con una actitud del hombre que es más inhumana que la muerte causada.

El mal físico es inevitable desde el momento que somos criaturas y por lo tanto limitados por los cuatro costados. La vida surgió aprovechando las circunstancias de un ambiente favorable, pero esas circunstancias están siempre cambiando y muchas de ellas se oponen a la vida constantemente. La vida es lucha en dos direcciones contrarias. Contra todo aquello que la aniquila y a favor de aquello que la potencia.

Nadie nos puede liberar de todo mal físico, porque vivir es superar las dificultades que encontramos para mantener nuestra estructura biológica. Si se pudieran evitar todas las dificultades vitales se anularía la misma vida. Hay que estar muy concentrado para descubrir el valor de este simple razonamiento. Puedo dar pleno sentido a mi vida gracias a que puedo morir en cualquier momento.

El mal físico se puede abordar desde el punto de vista religioso y el mal moral se puede abordar desde el punto de vista profano, sin referencia a ninguna creencia. El problema del mal es una realidad que afecta a todos los seres humanos sean creyentes o increyentes. Y todos tenemos la obligación de arrimar el hombro para tratar de solucionarlo. Plantearlo abiertamente es la única manera de superarlo.

Con demasiada frecuencia las respuestas que ha dado la religión al mal físico han sido descabelladas. No hay un dios por ahí fuera que lleve el control de todo lo que pasa en la creación. No hay un dios que haga y deshaga a capricho la realidad material. Las leyes de la física no han sido impuestas desde fuera por un ser superior. Mucho menos las leyes de la biología responden al capricho de algún demiurgo.

Lo que llamamos leyes físicas no son más que la manifestación de la intrínseca realidad de las cosas. No puede haber un ser que esté por encima de las leyes de la naturaleza. Nadie puede cambiar esas leyes a capricho. Cuando hemos caído en la trampa de achacarle a Dios acciones en contra de esas leyes, lo único que hemos manifestado es nuestra ignorancia de otras leyes superiores que no conocíamos.

Naturalmente, existen limitaciones físicas que se pueden superar. La evolución de los sentidos y de la misma razón estuvo encaminada a superar las dificultades de la vida. Tenemos la obligación de emplear toda nuestra capacidad para superar estas limitaciones hasta donde sea posible. Incluso el placer y el dolor fueron inventos que nos pueden ayudar en esa tarea. Vivir es luchar a brazo partido contra el mal físico.

El ser humano tiene la obligación de luchar por la superación de esas carencias. Pero tiene la misma obligación de ayudar a los demás seres humanos a superar las suyas. Esto da por supuesto que en ningún caso debe ser causa de daño para los demás. Estos dos aspectos del problema no siempre se comprenden. Con frecuencia nos conformamos con no hacer daño, creyendo que con eso cumplimos.

¿Me salvan del mal moral?

Haremos algunas aclaraciones sobre lo que entendemos hoy por pecado. Durante siglos se nos han transmitido ideas mitológicas sobre esta realidad tan compleja. La principal tarea de nuestros mayores era inculcarnos la idea de lo que estaba bien y lo que estaba mal, pero no siempre tenían una idea clara de lo que estaba en juego con ese planteamiento. Con frecuencia se creía que esa bondad o malicia dependía de un Ser superior que lo había determinado a capricho.

La única referencia para determinar lo que era bueno o malo era que estaba mandado o prohibido por Dios. Hoy sabemos que Dios no mandó nunca nada a ningún ser humano, ni siquiera a Moisés. No podemos entender por pecado el incumplimiento frío y escueto de una ley que ha bajado del mismo cielo. Pecado (si queremos seguir llamándolo así) es todo aquello que hago o dejo de hacer, cuyas consecuencias negativas tiene que sufrir otro o yo mismo.

Es curioso que para el AT pecar es errar el blanco. Un concepto mucho más de acuerdo con la condición humana que el que tenemos hoy, fruto de un maniqueísmo que lo ha distorsionado todo. También es curioso que en el AT se tenga conciencia del pecado colectivo o pecado del pueblo antes que del pecado individual, signo de que la pertenencia a un pueblo era vital para las personas de aquellas primitivas comunidades humanas.

La necesidad de una doctrina de los pecados surgió después de hacerse normal la necesidad de confesarse. Para hacer una buena confesión había que declarar todos los pecados según su especie y número. Esto llevó a unas disquisiciones que hoy nos parecen más bien ridículas. Santo Tomás tiene un capítulo de la Suma, que se titula "De distinctione peccatorum".

Este capítulo se convirtió en una asignatura que estudiábamos durante todo un curso en teología. Las disquisiciones alambicadas que nos hacían nos provocan hoy cierta sonrisa. Nos enseñaban a distinguir unos pecados de otros, porque solo así se podía saber cuántos pecados habías cometido. Nos han educado en esta dinámica y no será fácil librarnos de ella.

Para que exista un pecado mortal, nos decían, se necesitaban tres condiciones indispensables: completo conocimiento, plena voluntad y materia grave (menos en el sexto mandamiento en el que no había materia leve). Ahora bien, si examinamos el mecanismo recóndito de la psicología humana, descubriremos que un conocimiento pleno de que algo es malo para mí y la adhesión de la voluntad a ese objeto es imposible.

Así llegamos a la ridícula conclusión de que el pecado definido por la moral católica es imposible. Esto nos ha llevado a una esquizofrenia permanente. Nos convencieron de que éramos malos porque no hacíamos lo que estaba mandado o dejábamos de hacer lo que Dios exigía. De este modo nos metieron en una moral artificial que no tenía nada que ver con nuestras exigencias más profundas. La triste realidad es que nos convencieron de que éramos malos cuando solo éramos tontos.

El pecado solo es posible en la medida que el hombre esté sumido en la ignorancia. Solo con un desconocimiento de lo que es bueno o malo para mí, es posible la adhesión de la voluntad al mal. Con un ejemplo lo entenderéis: Si echásemos un anzuelo desnudo al mar, ¿cuántos peces cogeríamos? Solamente cuando disimulemos el anzuelo dentro de un cebo apropiado engañaremos al pez.

De aquí se deduce una consecuencia muy importante. Solo cuando descubramos el anzuelo estaremos en condiciones de superar un mal (pecado). Solamente cuando hayamos descubierto la razón de mal de una acción, estaremos en condiciones de apartar la voluntad del deseo de llevarla a cabo. Y solo cuando descubramos la razón de bien, estaremos dispuestos a realizar una acción que nos supone esfuerzo.

Pero si el pecado es fruto de la ignorancia, ¿dónde está su malicia? Precisamente en que esa ignorancia es culpable, es decir, que el ser humano tiene los medios necesarios para descubrir la razón de mal que hay en una acción, pero no los utiliza, unas veces por vagancia, otras por miedo a las mismas exigencias que se derivarían de un descubrimiento de la verdad.

Hay una trampa en la que solemos caer y que también explica la poca eficacia del arrepentimiento. Con frecuencia aceptamos teóricamente, porque nos lo han dicho, que una determinada acción u omisión es pecado, pero en nuestro fuero interno no hemos descubierto la relación de tal acción con el deterioro de nuestro ser; sabemos que está mandado o prohibido, pero no sabemos por qué. Esta artificialidad anula la eficacia de una postura verdaderamente humana ante el mal moral.

Esto nos obliga a actuar desde un voluntarismo que no puede alcanzar el objetivo deseado. La voluntad no tiene ninguna capacidad de elección. Nos decían en teología que la voluntad es una potencia ciega. Esto quiere decir que no tiene capacidad para actuar por su cuenta. La voluntad se adhiere al bien y rechaza el mal y punto. Pero solo la razón tiene capacidad para determinar si algo es bueno o malo.

El bien y el mal que puede mover la voluntad es el conocido, es decir, el que le presenta la inteligencia como tal. Si la inteligencia se equivoca, la voluntad no tiene ninguna posibilidad de rectificar. Insisto en esta aclaración porque es causa de muchos malentendidos. El voluntarismo que tantas veces nos han exigido no tiene ningún valor en este caso.

De estas simples aclaraciones podemos sacar consecuencias muy importantes. La primera es que el mal moral es también inevitable. Para que no pudiera haber error al elegir una acción, tendríamos que tener un conocimiento perfecto de las consecuencias de esa acción. Puesto que nuestro conocimiento es limitado, podemos caer y caemos en la trampa de creer que es bueno lo que en realidad es malo. Ahí radica el mal moral.

Mucha gente no sabe que una ignorancia invencible exime de todo pecado. Quiere decir que si no has tenido los medios para descubrir que una acción es mala para ti y la llevas a cabo, no tienes responsabilidad moral ninguna. Otra cosa muy distinta pasa en el ámbito legal. El desconocimiento de la ley no exime de la obligación de cumplirla. En el orden moral no se aplica esta norma, a no ser que la ignorancia sea culpable.

Otra consecuencia importantísima de lo que acabamos de decir, es que la lucha contra el mal debemos librarla en el ámbito del conocimiento, no en el de la voluntad. Nuestra principal tarea para superar el mal moral, debemos ponerla en ampliar nuestros conocimientos sobre el hombre y sobre la realidad material. Ese conocimiento es progresivo y tendrá que estar actualizándose siempre porque nunca lo sabremos todo.

De esto podemos sacar una nueva conclusión. Ninguna ley moral puede tener valor absoluto, porque todas parten de un determinado conocimiento del hombre y del mundo, que siempre será limitado. Aunque nos lo hayan querido presentar como venida de Dios, en realidad toda norma moral viene de la experiencia del ser humano. Y la mayor parte de las veces ese conocimiento solo se da después de una amarga experiencia, es decir, después de habernos equivocado.

El mal moral no puede afectar a un ser superior que está más allá de la realidad material. A Dios no le pueden afectar nuestros fallos, como con frecuencia se nos ha dicho. El mal moral puede tener dos efectos: uno exactamente igual que el mal físico, tiene influencia externa negativa. Otro afecta al que lo causa, deteriorándole como persona humana. Este segundo efecto solo recae directamente sobre el que produce el mal.

Ahora estamos en condiciones de comprender que nadie nos puede salvar totalmente del mal moral. Para ello tendríamos que poseer un conocimiento perfecto de toda la realidad y así poder juzgar con seguridad lo que es bueno o malo para mí, lo cual es imposible con el sistema de conocimiento que tenemos como seres racionales. Nuestro conocimiento será siempre limitado y, por lo tanto, con posibilidad de error.

Según lo dicho, ni Dios, ni ningún ser superior puede librarnos, con su actuación, de ninguno de los males que padecemos. Esto no quiere decir que la fe en un Dios sea inútil. Pero la manera de ayudarme la fe no tiene nada que ver con la omnipotencia de Dios ni con su amor infinito. La fe-confianza me ayudará a escuchar a todos aquellos que de verdad, me quieren hacer bien sacándome del error.

Si confío en una Realidad que está siempre de mi parte, que no me rechaza nunca y que puedo contar con su cercanía en todo momento, tendré en mis manos los elementos necesarios para afrontar ambos males y estaré en condiciones de superar su fuerza destructiva. Solo hay que tomar conciencia de que esa Realidad está siempre en mí y no puede fallarme. Lo que pudiera depender de Dios para mi persona lo tengo asegurado.

Muchas veces interpretamos como mal lo que en realidad no lo es. Otras veces creemos que es bien lo que no es. Tendemos a interpretar el dolor como mal, sin darnos cuenta de que sin dolor la vida biológica sería inviable. Es aquí donde la razón suele patinar, porque poniéndose al servicio del falso yo, aconseja a la voluntad que huya de todo lo que causa dolor, impidiendo grandes logros solo porque exigen esfuerzo.

Lo mismo puede pasar con el placer. Tendemos a pensar que todo lo que me da placer es bueno, y nada más lejos de la realidad. Si el objetivo de mi existencia es alcanzar en todo momento el grado máximo de placer o evitar en lo posible todo dolor, tengo asegurado el fracaso de mi vida. Lo que es bueno o malo para mí debo desligarlo del placer y el dolor, que solos son indicadores instintivos, que el hombre debe superar.

Debía entender como bueno para mí todo lo que me hace crecer como ser humano y como malo lo que me deteriora como tal, es decir, todo lo que me deshumaniza. Si no salimos de la perspectiva hedonista y seguimos guiándonos por el placer o dolor, pasaremos toda la vida engañados y dando palos de ciego o caminando en la noche sin un meta adecuada a nuestra condición de seres humanos.

Nuestros antepasados experimentaron en su propia carne la persistencia del mal. Constataron que los dioses no les hacían demasiado caso, pero a pesar de todo siguieron creyendo y dando culto a esos dioses. Si siguieron teniendo fe en ellos es porque pensaban que alguna salida tenía que haber a un problema tan intrincado y que sigue trayéndonos de cabeza. Hoy tenemos la clave de esa salida.

En cuanto los seres humanos tuvieron el primer chispazo de inteligencia, constataron que el mal existía, incluso en ocasiones se atrevieron a echar la culpa a los dioses o a los demonios. Tal vez asumieron que era algo inevitable y no tenían más remedio que aceptarlo y ponerse en manos de los que podían hacer algo por salvarles. Hoy esa perspectiva no nos sirve para salir de nuestras zozobras.

No tiene ningún sentido preguntarse si podría existir un mundo sin mal, porque sabemos que el mismo concepto de criatura lleva aparejada la limitación, que es la causa de todo mal. El paraíso no ha existido nunca ni puede existir. Freud habló del deseo de omnipotencia del hombre, pero la verdad es que el que se crea con esa cualidad es un iluso. Nietzsche habló del superhombre, que debemos conquistar con esfuerzo.

Hablar de criatura y perfección a un tiempo es contradictorio. Incluso con el concepto de Dios que hemos manejado siempre, ambas cosas son incompatibles. Si el creador hubiera hecho una criatura perfecta, no hubiera ahecho nada, porque sería él mismo. Lo creado se diferencia de su creador por lo que no es. Todo lo que tiene de positivo se identifica con el Creador. Lo que tiene de carencia es lo que le diferencia de Él.

Tampoco tiene mucho sentido preguntarse por qué Dios creó el mundo si sabía que iba a ser limitado y el mal sería inevitable. Lo que tiene de bien la creación es mucho más de lo que tiene de mal. El mal no es más que carencia de bien. Esa carencia de bien es imprescindible para que la criatura sea posible. Las carencias son inevitables pero también son la clave del progreso personal y dan sentido a toda vida humana.

El mal nos proporciona unas posibilidades increíbles de actuar contra él y a pesar de él. Pone en nuestras manos una ingente tarea humana. Nos obliga a una constante y pertinaz superación de nuestras limitaciones, aunque sepamos que nunca podremos superarlas del todo. Pero, sobre todo no proporciona unas posibilidades de convertir en bien el mal de los demás. Solo por eso merecería la pena su existencia.

Dios "no puede" hacer nada por evitar el mal, pero nos ha colocado a nosotros en el mundo para que nos encarguemos de esta formidable tarea. La fuerza de Dios está siempre atravesándonos y nos capacita para actuar, pero no puede cambiar directamente nada de la creación. En la medida que avancemos en el conocimiento de nuestro propio ser, también avanzaremos en la superación del mal.

Ir superando el mal en nosotros mismos y en los demás es el único camino hacia la verdadera salvación. A pesar de todas nuestras limitaciones tenemos unas posibilidades increíbles de ir a más, no anulando nuestra condición de criaturas sino aprovechando al máximo todas nuestras posibilidades. Toda la creación, incluidos nosotros mismos, está en evolución. La evolución pertenece a la misma esencia de la realidad.

¿Me salvan del dolor y el sufrimiento?

Está claro que el mal siempre da pena, pero hay una sutil diferencia entre dolor y sufrimiento. Si fuéramos capaces de descubrir esa distinción, podríamos encontrar un nuevo equilibrio interior que aportaría una profunda paz. En efecto, una cosa es el dolor, que es una relación neuronal a cualquier agresión y otra muy distinta la reacción psicológica que puede acompañar a la toma de conciencia de esta agresión.

El dolor no solo no es malo, sino que es uno de los pilares de nuestra conservación biológica. Es un logro increíble de la evolución que nos permite tomar conciencia de una agresión y dar una adecuada respuesta para superar el daño. Es bueno que te duela una muela porque solo así podrás poner remedio a una infección que podría ser fatal.

Naturalmente esto no quiere decir que no tengamos que luchar contra el dolor. Quiere decir que el dolor nunca podrá ser superado del todo, es más no debe ser superado. Debemos vivir con la conciencia de que la limitación radical que arrastramos como seres contingentes tiene que ser asumida y digerida de tal manera que no nos hunda en la desesperación.

El sufrimiento es una reacción al dolor que involucra la parte psicológica del hombre. Los animales, hasta donde sabemos, sienten dolor pero sus reacciones no pasan del puro instinto. Esta respuesta al dolor afecta a la parte emocional de mi ser y puede ser nefasta para la integridad de la persona. Esta reacción puede ser exagerada y deteriorar al hombre hasta impedirle desplegar sus cualidades más humanas.

Lo entenderemos mejor si nos fijamos en el sufrimiento que causa el compartir el mal que otra persona sufre. A mí no me duele nada, pero aun así, puedo estar destrozado y sufrir incluso más que si me hubiera afectado a mí ese mal. Este sufrimiento compartido es de las realidades

más humanas que podemos encontrar. Pero existe otro sufrimiento, causado por prejuicios que me puede llevar a una total deshumanización.

El sufrimiento puede ser eliminado en la mayoría de los casos; y en todos, reducido a la mínima expresión. Tenemos aquí un campo inmenso donde trabajar en orden a nuestra "salvación". Recordad que Buda descubrió esta posibilidad después de años de introspección profunda, hasta llegar a la convicción de que la única manera de evitarlo era dejar de apegarse a las cosas.

El dolor es algo inevitable porque es una respuesta automática a cualquier estímulo que puede poner en peligro la vida biológica, pero el sufrimiento puede ser una respuesta completamente inadecuada a ese dolor y aumentarlo hasta límites insufribles. Si supiéramos enfocar el dolor desde la perspectiva apropiada, podríamos evitar el sufrimiento y mantener la calma interior, aunque el dolor fuera extremo.

Tenemos aquí un campo inmenso de trabajo en orden a una liberación, tanto personal como colectiva. La ayuda psicológica al que sufre es con frecuencia más importante que la medicina que intenta paliar el dolor. Se está trabajando en este sentido, pero queda mucho camino por recorrer. La mayoría del sufrimiento de los seres humanos de hoy se podría evitar.

Hemos progresado muchísimo en la superación del dolor inútil y debemos seguir avanzando en ese camino, pero la mayoría de las personas padecen más de sufrimiento que de dolor. El que así sufre no necesita médico sino psicólogo. Esta ayuda más difícil que la asistencia médica. La sociedad debía hacer un esfuerzo mayor para preparar el personal adecuado.

V ¿Qué se salva de mí?

Para responder a estas preguntas deberíamos contestar a otra antes. ¿Qué es lo que constituye al hombre como tal? Porque ya hemos dicho que nuestra salvación tiene que afectar al ser humano como tal. Hoy sabemos que el hombre es un todo complicado. Pero no estamos hechos de piezas ensambladas. El ser humano es una única realidad, en la que podemos distinguir muchos aspectos difíciles de armonizar.

Esa complejidad nos muestra hasta qué punto el hombre es mucho más que la suma de un conjunto de partes que lo componen. La teoría general de sistemas nos enseña que los compuestos con frecuencia hacen aparecer propiedades emergentes que no estaban en cada uno de los componentes. Lo humano es el resultado de la integración de esas partes, pero es más que la suma de todas las partes.

Hoy nos parece un poco simple la distinción entre cuerpo y alma. Los judíos ni siquiera tenían conceptos que se pudieran aproximar a estos. Hemos olvidado que para los filósofos griegos la distinción de alma y cuerpo no pertenecía al orden de la física. Era una distinción filosófica, metafísica. En el hilemorfismo la materia y la forma no eran realidades físicas sino conceptos que se sitúan más allá de la física.

La verdadera salvación tiene que afectar al hombre entero y a todas y cada una de sus partes. Es más, tiene que afectarle mientras es ser humano, no cuando deje de serlo. Por lo tanto tengo que alcanzarla mientras estoy en este mundo que es el mío. Mientras funcionan en mí la inteligencia y la voluntad, así como todas las demás cualidades, pasiones e instintos.

Si la salvación tiene que abarcar al hombre entero, tienen que salvarse todos los aspectos que podemos distinguir en él, sean físicos o metafísicos. Tiene que afectar al alma y al cuerpo, tiene que afectar a lo síquico y a lo mental. Tiene que afectar a todas las pulsiones que configuran al hombre. Es más, podemos decir que la verdadera salvación consistiría en la total armonía de todas las partes que lo componen.

La salvación del ser humano tiene que afectar a toda la vida biológica. Los 3.800 millones de años de evolución de la vida tienen que cobrar sentido en el hombre que ha llevado a su punto más alto esa misma evolución. La vida del hombre acabado es la misma de una bacteria o de una ameba. Vida que sin interrupción se ha ido transmitiendo y perfeccionando a través del tiempo, sin perder la continuidad.

Pero también la creación entera, como muy bien dice Pablo, participa de esa salvación o plenitud a la que puede llegar el ser humano. Las partículas materiales de que está formado el hombre son exactamente las mismas que constituyen el resto de la materia del universo. En el hombre toda la materia se sublima y participa del espíritu. Ni el espíritu tiene que soportar la materia ni la materia debe ser lastre para el alma.

¿Se salva el alma o se salva el cuerpo?

La respuesta de la teología oficial es muy clara. Se salva el alma en el momento de morir. Se salvará el cuerpo en la resurrección del último día. Este lenguaje es extraño a la cultura de nuestro tiempo. Es inútil que nos empeñemos en seguir utilizándolo porque no conecta con las inquietudes ni las preguntas que la gente normal se hace hoy. ¿Cómo podríamos expresar hoy esa salvación de la que habla la tradición?

En la antropología judía del tiempo de Jesús no tenían la visión del hilemorfismo griego que, aplicado al hombre, distinguía en el él dos partes, alma y cuerpo. Para ellos el hombre era un todo único e indivisible, pero que se podía ver desde distintos ángulos o aspectos: hombre-carne, hombre-cuerpo, hombre-alma, hombre-espíritu. Hablar de cada uno de estos aspectos no significaba considerarlos como partes aisladas de un todo.

La necesidad de hablar de un sepulcro vacío es consecuencia de esta antropología. No podían predicar un Jesús resucitado si su cuerpo se encontraba en el sepulcro. Hoy sabemos que un Jesús resucitado no necesita para nada de un cuerpo físico. Hasta en las mismas palabras de la consagración se ha colado el malentendido. Cuando un judío decía "esto es mi cuerpo", no estaba refiriéndonos a su cuerpo físico sino a su persona.

En aquel tiempo no tenía sentido hacerse la pregunta. Al escribirse el NT en griego nos metió en un lío de cuidado. Cuando afirmamos que el alma se salva inmediatamente después de morir y el cuerpo se salvará al final de los tiempos, estamos utilizando un lenguaje mitológico que no tiene ni pies ni cabeza. Aquí podemos ver lo difícil que va a ser salir de la dinámica de la salvación predicada por nuestra religión.

Una vez que morimos, no hay ser humano que valga. Tenemos que pensar en otra realidad que no se puede reducir a lo que el hombre fue mientras vivía. Lo que permanece de nosotros no es nada de lo que podíamos percibir mientras estábamos vivos. Podíamos decir que lo que permanece es el producto de la vida, es decir, aquello que se fue elaborando en un orden superior, que es fruto de la vida pero la trasciende.

Podíamos decir que de cada hombre permanece lo mejor de sí mismo, es decir, lo que somos en lo más hondo, aunque nunca lo hayamos descubierto. No tenemos palabras ni conceptos

para expresar esa realidad, pero no es irracional tomar conciencia de que hay algo en nosotros que no está ceñido a esta vida y que, por lo tanto, la confianza de que algo de nosotros permanecerá es plausible.

Según lo dicho, para salvar el alma y el cuerpo, tenemos que trascender ambas realidades y entrar en la posibilidad de absoluto que todos llevamos dentro. La conciencia que alcancemos de nuestra verdadera realidad será lo que trascenderá el tiempo y el espacio. Pero para alcanzar esa eternidad no tenemos que esperar a morir. Aquí y ahora podemos vivir la inmanencia y la trascendencia.

Nuestra limitada capacidad de conocimiento nos juega una mala pasada. Solo podemos conocer racionalmente lo material. Si la razón no se encuentra con un ser concreto no tiene capacidad de desarrollar un conocimiento. Esta es el motivo por el que hemos metido a Dios en la categoría de ser, aunque sabemos que si nosotros somos seres, Dios no puede considerarse ser, por muy sublime que lo pensemos.

Pero existe una posibilidad de superar el aparente callejón sin salida. Podría existir otra manera distinta de realidad que no fuera la de ser, es decir, otra forma de ser que no fuera la de ser. Dios no es un ser concreto, pero no por eso renegamos de su existencia. Este pensamiento puede abrirnos perspectivas nuevas para intuir la salvación humana.

Si la experiencia de algunos seres humanos ha sido la de unidad con el SER que no es, cabría la posibilidad de que en Él, cada uno de nosotros tuviéramos también una existencia distinta de la que conocemos como ser. No tiréis por la borda esta reflexión. Podría abrirnos un horizonte nuevo de comprensión de lo que seremos cuando muramos y de lo que hemos sido desde siempre en y para Dios.

¿Se salva la conciencia?

Esta pregunta tiene más miga de lo que parece. Siempre que se habla del más allá se da por supuesto que voy a ser yo mismo el que permanezco en el ser, y al decir "yo" nos estamos refiriendo a la conciencia que tenemos de ser fulano o mengano. No somos capaces de asimilar que la conciencia tiene una base fisiológica y, que sepamos, no puede haber conciencia sin unas mínimas estructuras neuronales.

Basta que falte un poco de oxígeno a las neuronas del cerebro o que se rompa una venita más fina que un cabello para perder la conciencia y pasar a un estado inconsciente y vegetativo. No tiene mucho sentido pretender que nuestra conciencia siga cuando todo nuestro cuerpo sea un montón de estiércol. La conciencia, tal como la conocemos, no puede permanecer después de la muerte. Esto no quiere decir que neguemos otro modo de permanencia.

Cuando alguien me plantea: ¿qué va a ser de mí después de morir? Le pregunto: ¿qué eras tú antes de nacer? La respuesta es siempre la misma: nada. Pero la respuesta no es tan sencilla, porque si existe algo más grande que nosotros a lo que siempre hemos estado unidos, quiere decir que esa Realidad que está fuera del tiempo y del espacio, no puede admitir cambio alguno. Luego para Él hemos "existido" siempre y "existiremos" siempre.

No podemos imaginar esa manera de ser no siendo, pero no podemos descartar que en Dios hemos sido, somos y seremos siempre otra cosa de lo que creemos ser. Esta reflexión nos ayudará a superar la ridícula pretensión de permanecer para siempre tal como nos vemos en este momento. Algo de nosotros se salva, pero no podemos concretar qué será ese algo que permanezca después de haber muerto.

Salvación aquí o para el más allá

En el judaísmo el más allá, tal como lo entendemos, se inventó en el s. II a. C. para dar respuesta a una cuestión muy acuciante. En tiempo de los macabeos el rey Antíoco había desatado una feroz persecución contra los judíos. Todos los que se mantenían fieles a la Ley eran sacrificados. Los que renegaban de su religión y de su Dios se "salvaban". Esto era inaceptable para los verdaderos creyentes. Dios no podía cometer una injusticia tan fragante.

La obligación de Dios era salvar a los justos y sin embargo estaban muriendo los mejores. Como Dios no puede fallar, si no salva en el más acá, tiene que haber un más allá, para que se restablezca la justicia de Dios. El argumento es perfecto si lo que esperamos de Dios es una justicia como la nuestra y nos empeñamos en sostener que lo que somos de verdad es lo que experimentamos de nosotros por los sentidos.

Pero la justicia de Dios no podemos reducirla a la humana, y nuestra verdadera realidad no es lo que nosotros constatamos.

Esta cuestión es de la mayor importancia. El plantear tan crudamente este problema fue un hito en la evolución teológica del AT. Pero la solución no puede estar en proyectar la salvación para un más allá, donde no sabemos lo que vamos a ser. Salvación es dar sentido a una vida. ¿De qué puede servir una salvación para cuando dejemos de ser humanos?

La plenitud de lo humano solo es posible aquí y ahora, mientras somos humanos. Después de morir podremos ser cualquier cosa, pero seres humanos no. La línea divisoria entre el más acá y el más allá no es la muerte. La eternidad no llega al agotarse el tiempo, sino que es simultánea con él. El ser humano está a la vez en el tiempo y en la eternidad. Esta es la clave para salir de la trampa del más allá.

La manera de entender hoy la resurrección de Jesús puede arrojar un poco de luz sobre este tema. Si damos a su resurrección un sentido temporal y espacial nos metemos en un callejón sin salida. Pero si descubrimos que Jesús había resucitado antes de morir, se nos abre un horizonte nuevo de comprensión con repercusiones en nuestra manera de interpretar nuestra propia salvación.

Confiar en una salvación para el más allá, sin una salvación en el más acá, no tiene sentido. El tiempo es la medida del movimiento. Se da siempre en relación con la materia. Eternidad es algo que no podemos comprender. Solo sabemos de ella que no es tiempo, ni puede ser una suma infinita de tiempos. Mi salvación debe suceder en el tiempo donde estoy, no después de él en otro supuesto ámbito.

Si una realidad no está sometida al tiempo, decimos que está en la eternidad. Si el ser humano no es solo materia, está ya en la eternidad aquí y ahora. Solo desde esta perspectiva se puede hablar de salvación. Salvación humana tiene que darse en lo que tenemos los humanos de eterno pero integrando en lo que tenemos de caduco y transitorio.

Vivir la eternidad en el momento presente sería la verdadera salvación. Sin vivir el aquí y el ahora no es posible desplegar tu humanidad. Tanto el pasado como el futuro son entes de razón. No son reales. El yo los necesita para afianzarse en nosotros. Romper las ataduras de yo y descubrir que eres más que contingencia te lleva a descubrir tu auténtico ser. Desplegar adecuadamente tu contingencia te hace eterno.

El yo se fundamenta en los recuerdos que no existen más que en nuestra mente, y en los proyectos que no son más que proyecciones del presente y también existen solo en nuestra mente. La única realidad es el ahora, y ahí debo encontrar mi salvación. Tomar plena

conciencia de lo que en este instante soy me lleva a la integración y armonía total de todo mi ser.

La diferencia entre un más acá y un más allá es arbitraria. No hay manera de dar sentido a esta alternativa desde la racionalidad. ¿Más acá o más allá de qué? ¿Sería posible un tiempo más allá del tiempo? Cuando se acabe el tiempo, todo lo que yo tengo de temporal terminará; o mejor, el tiempo terminará para mí, en cuanto lo material se desvanezca.

Debo comprender que yo no soy solamente lo material que hay en mí. Ahora bien, lo que hay de inmaterial en mí está ya fuera del tiempo y del espacio. Eso trascendente que hay en mí ha estado siempre ahí y lo seguirá estando. Durante un tiempo se identificó conmigo, pero seguirá cuando lo que creo ser desaparezca. Ahora comprenderé lo ridículo que sería preocuparme más de lo que termina que de lo que seguirá.

Partiendo de la idea mítica de la creación que le salió mal a Dios, será imposible atisbar una salvación para el más acá. Desde esa perspectiva, salvación solo será posible cuando el hombre deje de ser algo mal hecho. Ni siquiera nos damos cuenta del ridículo de esa propuesta. Una salvación humana para cuando el hombre deje de ser humano y se convierta en no sabemos qué, no puede tener mucho sentido.

Salvación del hombre o del mundo

Si el ser humano desarrolla plenamente su ser, se desarrolla el universo entero, porque el hombre es un microcosmos. Todas las partes del universo se encuentran reasumidas en su propio ser. Este concepto está ya desarrollado en Pablo que dice con claridad que todo el universo espera la libertad que le darán los hijos de Dios. Esta es una idea genial, que tenemos que desarrollar nosotros hoy. Salvo el mundo salvándome yo.

No se puede salvar una parte del ser humano. Mucho menos se puede salvar el hombre al margen del mundo o al margen de Dios. Mientras no descubramos la Unidad, será imposible hablar de salvación. A esa conciencia no podemos llegar por la razón. Ella es la principal causa de división, porque no se encuentra a gusto si no es dividiendo y analizando las partes.

No somos seres que están en el mundo. No somos el producto de un Creador que nos ha dejado arrojados a la existencia. Somos mundo y somos Dios. Somos todo y nada al mismo tiempo. Todo lo que nos acerque a esta conciencia de totalidad será fruto de una salvación y a medida que avancemos nos acercaremos a una mayor salvación para nosotros, para los demás y para todo el cosmos.

Respetar por convicción los recursos naturales, procurar ser la menor carga posible para el planeta tierra, estar dispuestos a compartir lo poco o mucho que esté a nuestra disposición será la mejor muestra de que estamos en el camino de la verdadera salvación. Todos los seres humanos que a través de la historia consideramos realizados estuvieron en esta dinámica. Su lema era: uno conmigo mismo, uno con Dios, uno con los demás y uno con el cosmos entero.

No solo la historia nos ha hecho conocer personas totalmente austeras; incluso hoy, existe un gran número de personas que practican la simplicidad de vida y se contentan con lo mínimo indispensable para su subsistencia. No les preocupa la vida biológica ni la satisfacción de los sentidos sino su vida interior. Resulta que esas personas son las más sanas, las más felices y las que nos dan constante testimonio de plenitud humana.

El objetivo sería descubrir y enseñar que toda la realidad está interconectada y que no se puede actuar sobre una parte, por mínima que sea, sin que tenga repercusión sobre la

totalidad. Para conseguir esto tendríamos que dar jaque mate a la individualidad, que, por muy instintiva que sea, nos destroza como humanos. La única manera de dar sentido a mi existencia es la integración en el Todo.

VI

¿Quién me salva?

El concepto de salvación que hemos manejado hasta la fecha, supone un acto que alguien tiene que ejecutar. Si aceptamos el concepto de plenitud, para expresar esa realidad, tiene ya menos sentido el atribuirla a otro sujeto que no sea el interesado. Alcanzar la plenitud hace referencia a un proceso que tiene que desarrollarse desde dentro de uno mismo; no puede consistir en añadir algo desde fuera.

Como hay una extensa gama de realidades a las que hemos atribuido la capacidad de salvación, vamos a analizar alguna de ellas y tratar de dilucidar hasta qué punto podemos descubrir en ellas alguna dosis de salvación. Este análisis nos puede ayudar a superar el concepto que hemos manejado durante milenios para referirnos a esa realidad.

¿Me salva Dios o me salvo yo?

Han corrido ríos de tinta sobre esta cuestión. Sobre todo a raíz de la reforma protestante, se ha entrado en discusiones interminables sobre el tema. Los intentos de responder con la biblia en la mano fueron inútiles porque podemos encontrar textos abundantes y rotundos en ambos sentidos. Además ambas partes tenían razones teológicas para defender su postura. La solución no está ni en la Escritura ni en la razón.

Para responder a este interrogante debemos tener claro lo que queremos decir cuando decimos "Dios". Esto no es tan sencillo como pudiera parecer. El libro del Tao comienza con esta genial advertencia. "El Dios que puede ser expresado, no es el verdadero Dios; el nombre que le podemos dar, no es su verdadero nombre". Decir que nos salva Dios es decir que nos salva alguien que está por ahí pero no sabemos quién es.

Por no tener esto en cuenta nos hemos metido por callejones sin salida y hemos llegado a matar y a morir por defender puras fórmulas vacías de contenido. Solo aceptando esta premisa podemos atrevernos a hablar de Dios. Todo lo que podemos decir de Él no son más que pálidas aproximaciones a la realidad a la que queremos apuntar.

Los escolásticos utilizaron profusamente un concepto ya descubierto por los filósofos griegos, la "analogía". La analogía es una manera de hablar en la que la relación entre lo dicho y lo que queremos decir es muy tenue. Decían que la semejanza entre los conceptos y la realidad que quieren expresar, era "simpliciter diversa et secundum quid eadem".

La frase es tan precisa en latín que es muy difícil traducirla. Podría significar: sencillamente distinta y solo en algún aspecto la misma. En realidad se trata de una tercera vía entre conceptos unívocos y conceptos equívocos. En la práctica está mucho más cerca de la equivocidad, como demuestra la definición. La razón es simple: nuestros conceptos los hemos inventado para manejar la realidad cotidiana, no para describir realidades trascendentes.

A pesar de la dificultad que entraña hablar de Dios, es imprescindible intentar responder al interrogante que hemos planteado, porque nuestra religiosidad depende de la respuesta que demos a esta pregunta. La misma idea de Dios se elaboró en los albores de la humanidad para buscar en Él una salvación que los hombres no podían darse a sí mismos.

Todo el AT no es más que la experiencia de un Dios que salva. Cuando el pueblo está en una situación límite de la que no puede escapar por sí mismo, acude a su Dios, esperando que Él le salve de esa situación de peligro. Para ellos, solo Dios puede salvar de todos los peligros. La experiencia de salvación que encontrarás en la Escritura siempre tiene esta dinámica.

Pero la salvación de la que se habla en el AT es casi siempre siempre una salvación de dificultades materiales. Además, esa liberación se espera siempre de una acción externa de Dios, realizada directamente o a través de intermediarios. Confiaban en su Dios, porque para ellos era el único todopoderoso. Ya dijimos que ese fue el objetivo de la creencia en un ser superior en los albores de la humanidad.

En tiempos de Jesús confiaban en que el Mesías, anunciado por los profetas, sería el salvador definitivo. Los primeros cristianos que eran todos judíos, declararon Mesías a Jesús porque de él esperaron una verdadera y definitiva liberación. Pero al descubrir que las limitaciones y las miserias humanas continuaban, fueron abriéndose a una salvación de otro orden.

No podemos responder directamente a la pregunta porque está mal planteada. Acabamos de ver que el lenguaje humano no se puede aplicar a Dios adecuadamente. Nosotros nos movemos en el tiempo y en el espacio, pero Dios no está afectado por el tiempo ni por el espacio. La acción de Dios y la del hombre no son de la misma naturaleza, por lo tanto, ni se suman ni se restan, ni se contraponen ni se identifican.

No se trata de elegir entre dos sujetos que pueden realizar la misma acción, Dios o el hombre. En realidad puedo pensar que Dios me salva al 100% y yo, solo o con la ayuda de los demás me tengo que salvar también al 100%, sin que exista ninguna contradicción. El no ver esto claro nos lleva a disquisiciones verdaderamente ridículas obre la salvación. "Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti", decía S. Agustín con clarividencia.

Dios en mí hace posible que yo acceda a una manera de ser que me trasciende. Dios es el ámbito donde puedo desplegar todas mis posibilidades de ser. Recordemos que el "Ruah" era el aire que me envuelve, el espacio del que yo puedo sorber la Vida. Dios es esa VIDA, que yo mismo puedo vivir. Dios no tiene actos y no puede hacer nada para salvarme, me está salvando siempre. Descubrir, vivir y manifestar lo que Dios es en mí, sería la verdadera salvación.

La salvación que me ofrece Dios es Él mismo como don absoluto y total. Solo porque Él está disponible yo puedo hacer mío todo lo que Él es. Él no tiene que hacer nada para salvarme, porque ser salvación es su esencia. Ni siquiera puede hacer nada para impedir mi salvación. No se trata de una acción de Dios, sino de la realidad de Dios manifestándose en mi ser y abriéndome unas posibilidades infinitas.

Dios es siempre salvación para todo ser humano. Si en un momento pudiera darnos algo y no nos lo diera dejaría de ser Dios. Nuestra esperanza en Dios es de presente, no de futuro. En realidad solo esperamos descubrir lo que ya somos y tenemos gracias a Él. Dios no tiene que hacer nada para salvarme ni tiene que poner en marcha ninguna fuerza para cambiar algo en mí o en la realidad que me envuelve.

Hemos ridiculizado a Dios y al ser humano al proponer la salvación heterónoma. Nadie nos puede salvar. La verdadera salvación no nos puede venir de fuera. El ser humano no es una

marioneta sin entidad y sin posibilidades de desarrollar una plenitud personal. No necesitamos que alguien mueva unos hilos que determinen lo que somos y lo que hacemos. Este dios que nos hemos fabricado es un ídolo.

Nietzsche se reveló contra el cristianismo porque predica una salvación humillante y aberrante para el ser humano. No podía aceptar que se considerara al ser humano como un desecho incapaz de nada digno. Él aceptaba que era muy difícil a veces descubrir esa grandeza del hombre, pero estaba convencido de que algunos sí eran capaces de descubrirla y manifestarla con su vida. Es curioso que el concepto sublime que Nietzsche tenía del hombre le impidiera aceptar el cristianismo

Por otra parte, el Dios que te salva como premio o te condena como castigo es un mito ancestral, fruto de una idea de Dios, que hoy no podemos aceptar por antropomórfica. Hoy sabemos que Dios ni puede salvar, ni tiene nada que salvar en nosotros. Porque todos contamos con su salvación desde siempre. La idea de que Dios puede salvarme o condenarme es sencillamente inaceptable para el hombre de hoy.

Que Dios pueda condenar es contradictorio con el hecho de ser Dios. La idea de un Dios justiciero (al modo de la justicia humana) es una monstruosidad. Dios no tiene que equilibrar ninguna balanza. Para Dios todo está en equilibrio en todo instante. Si uno obra mal ya se ha hecho daño a sí mismo; no necesita a nadie que, encima, le castigue. Aceptar esta idea cambiaría toda nuestra religiosidad.

El ser humano se tiene que salvar por sí mismo, porque de cada uno de nosotros depende que despleguemos o no nuestra verdadera humanidad. Para alcanzar esa plenitud tiene que ir más allá de su biología, de su psicología y de su racionalidad. Es decir, el hombre alcanzará su última plenitud por lo que tiene de trascendente, al margen de lo que crea o deje de creer. Su mente le permite descubrir una realidad que no puede entrar por los sentidos ni depende de su biología.

Todo lo que podemos atribuir a Dios ya está en todo ser humano. Dios no puede salvarnos, porque está siempre salvándonos. Pero tenemos que comprender que Dios salva a pesar de nuestras limitaciones, no eliminándolas. El concepto raquíico que tenemos de salvación, cuando pensamos en que nos libren de nuestras carencias, es lo que nos impide tomar conciencia del verdadero sentido de la salvación de Dios.

Otra de las falacias que tenemos que superar es la distinción que hemos hecho entre salvación religiosa y simple salvación humana. No puede haber distinción entre salvación religiosa y salvación humana. Siempre que hay verdadera salvación humana está Dios presente. Siempre que busco en Dios la verdadera salvación, me hago más humano. La salvación de Dios nos lleva siempre a una plenitud, que es humano-divina.

El grado de salvación que un ser humano ha alcanzado se manifiesta siempre en sus relaciones con los demás. Si tu religión no te lleva a buscar el bien del otro es que se ha quedado en idolatría. Siempre que destrozamos a un ser humano en nombre de Dios estamos ofendiendo al mismo Dios. El que está a favor del hombre está en Dios, aunque no lo sepa. Una religión que esclavice al hombre no viene de Dios. "La gloria de Dios es el bien del hombre", decía S. Ireneo.

La salvación consiste en descubrir lo que somos y vivir esa realidad. Dios no está en el ser humano de distinta manera a como está en cualquier otra realidad. La diferencia está en que solo el ser humano tiene capacidad de descubrirla y de vivir de acuerdo a esta realidad que le abre a experiencias increíbles. Si toma conciencia de lo que es, está dando gloria y alabanza a Dios. Esto es lo único que puede hacer el hombre por Dios

A esa toma de conciencia, los orientales lo llamaron iluminación. Es una idea genial que debíamos asumir. No hay nada de que huir ni nada que buscar ni nada que conseguir. Toma conciencia, date cuenta, cae en la cuenta de tu verdadero ser, esa es la más grande posibilidad que tienes como ser humano. Tu tarea es encontrar el camino que te lleve a ese descubrimiento sorprendente.

Debemos superar la trampa de creer que somos lo que no somos y rompernos la cabeza por alcanzar una supuesta salvación que destruiría nuestro verdadero ser. Estamos salvados pero no lo sabemos. Lo que Jesús decía a los pecadores: "Tus pecados están perdonados". El mayor premio que puedas imaginar ya lo has recibido. ¡Descúbrelolo!

¿Salva la fe o salvan las obras?

Lutero simplificó la pregunta demasiado. Esta discusión, que ha durado cinco siglos, no tiene para nosotros hoy ni pies ni cabeza. Se trató de una discusión doctrinal que no nos ha llevado a ninguna parte porque estaba mal planteada. Daba por supuesto que la salvación se daría al final de la vida y que dependía de realidades ajenas a la misma salvación. Fallaron tanto los que decían que salvaban las obras como los que decían que nos salvaba la misericordia de Dios.

En efecto, para algunos, si tenías plena confianza en Dios y te arrepentías de los que habías hecho mal, Él te perdonaba y te salvaba. Pero en este caso, ese acto de arrepentimiento debía ser lo último que hicieras en este mundo, justo antes de morir. Toda tu vida anterior no contaba para nada. Tu felicidad eterna dependía exclusivamente de un instante. ¡Dios te coja confesado! Hoy vemos que esta postura es un poco absurda.

Pero también es descabellado pensar en un Dios que tiene que estar pendiente de lo que haces para salvarte o condenarte. Si tu vida había sido de acuerdo con lo mandado o prohibido por Dios, te premiaría para toda la eternidad. Pero si te habías desviado del buen camino, dejando de hacer lo mandado o haciendo lo prohibido, entonces te mandaría al infierno, también para toda la eternidad.

En el primer caso, la salvación la daba Dios porque le daba la gana, pero eso sí, solo a los que no habían hecho nada digno de condenación. En el segundo caso, dependía de que conocieras la voluntad de Dios y la hubieras respetado a lo largo de tu vida. Recordemos las nefastas conclusiones que sacaron los teólogos de la doctrina de la predestinación.

Esta feroz discusión que se agudizó al final de la Edad Media, puso de manifiesto una de las herejías más dañinas de nuestra cultura occidental. Se trata de una herencia de la cultura griega y el cristianismo se vio envuelto en ella desde muy pronto. No se trata de una herejía sobre Dios o sobre Cristo, sino una herejía antropológica, que puede llegar a ser mucho más grave que la peor herejía religiosa.

Cuando el cristianismo se encontró con la filosofía griega y grandes pensadores griegos accedieron a la religión cristiana, la potente antropología helena engulló a la más elemental, que no menos humana, antropología judía. El ideal griego de perfección humana sustituyó al modelo de hombre predicado por Jesús. Desde entonces, (aunque ya Pablo había apuntado en esa dirección) dicha perfección se ha predicado como mensaje evangélico, tergiversándolo en algo muy esencial.

El ideal de perfección griego era el "aner-andros", en latín "vir" que significa hombre, no en contraposición a mujer, sino en contraposición a esclavo o débil. Sería el hombre perfecto, es

decir, el hombre que obra siempre conforme al dictado de la razón y no se deja arrastrar por las pasiones, por los instintos, ni por ninguna de las bajas tendencias.

Recordemos que de esa palabra deriva "virtud", y sabemos muy bien las connotaciones que esa palabra ha tenido en nuestra religión. El hombre que no era virtuoso, era esclavo de sus pasiones e incapaz de desarrollar una vida plenamente humana. Pero era también esclavo de los demás, el que no tenía energía para contrarrestar la de los que le sometían.

Según esto, el ideal que tenía que perseguir todo hombre era precisamente el de ser más fuertes que los demás para poder estar por encima de ellos. Esto se conseguía potenciando la fuerza de la voluntad para superar la fuerza del instinto, los apetitos y las pasiones. Este sería el hombre virtuoso, porque se daba por supuesto que actuar así era lo bueno y dejarse llevar por los apetitos era lo malo.

Este ideal no tiene nada que ver con el evangelio, es más, sería en realidad lo más contrario a él. Para demostrar este tinglado bastaría recordar una sola frase del evangelio: "las prostitutas, los pecadores públicos os llevan la delantera en el Reino de Dios". ¿A quién decía esto Jesús? Precisamente a los más fieles cumplidores de la Ley, a los fariseos que podían presentar el mejor expediente de comportamiento ante Dios.

Pero hay otra manera de desenmascarar esa herejía. El hombre que se proponga ese programa de vida tiene dos posibilidades: Una, que consiga esa perfección; y en la medida que lo consiga, mirará a los demás por encima del hombro, considerándolos inferiores y despreciándolos olímpicamente. Nada que ver con lo que vivió y predicó Jesús. Es más, no hay una actitud humana más contraria al evangelio.

Dos, que no lo consiga. Como su propuesta de humanidad es conocida de todos, entrará en la dinámica de la simulación para que los demás no descubran su cinismo y así le suban al pedestal a pesar de su fracaso. Esto le permitirá engañar a los demás y engañarse a sí mismo. No hay nada criticado con mayor energía en el evangelio. Es la definición de fariseo.

Debemos notar que toda la parafernalia que seguimos manteniendo en torno a las canonizaciones responde a esta idea de perfección. Consideramos santo a aquel que es capaz de hacer lo que la mayoría de los mortales no somos capaces de hacer y deja de hacer aquello que la mayoría de los mortales no podemos dejar de hacer.

Para escamotear el serio problema que se plantea con relación al evangelio, se ha inventado una misteriosa realidad que llamamos "gracia divina". Según esto el hombre virtuoso lo es gracias a la "gracia". Ya está justificado que se sienta superior, que desprecie olímpicamente a los demás y, en la medida de sus posibilidades, que se sienta legitimado para dominarlos.

Hemos llegado así en nuestra religión a la contradicción de presentar como modelos de humanidad a personas que no tenían absolutamente nada de humanos. Si creéis que esto es exagerado, leed el santoral. En muchas vidas de santos y, a pesar de que se trata de disimular, veréis actitudes, que hoy consideraríamos impropias de cualquier persona con un mínimo de humanidad.

Contra esta manera de entender la salvación reaccionó Lutero de forma violenta. En principio no le faltaba razón, pero la perdió por su manera de oponerse a lo que sostenía la Iglesia Católica. Al colocarse en el extremo contrario, perdió la posibilidad de una perspectiva más conciliadora. Es verdad que mis obras no pueden salvarme, pero confiar en "sola fide", es olvidar que lo humano y lo divino no pueden disociarse.

Intentaremos ahora responder a la falsa pregunta. Una relación con Dios sin tener en cuenta a los demás no tiene sentido ninguno, porque la única manera que tenemos los humanos de encontrarnos con Dios es a través de nosotros mismos y a través de los demás. Santiago lo dejó muy claro: "una fe sin obras está muerta por dentro". El espiritualismo individualista es un callejón que no nos lleva a ninguna parte.

Pero tampoco las obras que no nacen de una vivencia interior y un descubrimiento de tu verdadero ser pueden hacerte más humano. Una buena programación funciona en el orden material, pero en el orden espiritual no. Confiar en que hacer esto porque está mandado o dejar de hacerlo aquello porque está prohibido no te salvará ni te acercará a la plenitud. Ninguna programación te llevará a mayor humanidad.

Siempre que hablo de este tema me regañan, diciéndome que será mejor hacer algo bueno que no hacerlo, aunque sea por programación. Si damos de comer a una persona hambrienta por programación, no hay duda que el hambre se le quitará, e incluso puede que le salves la vida, pero el beneficiado será el necesitado, no el que le socorre. Lo que pasa es que es muy difícil que una acción buena, sea al cien por cien, programación. Siempre habrá algo de motivación interior.

¿Me salvó Jesús?

Parece un poco absurdo plantearnos esta cuestión. Todos hemos aprendido desde pequeños que Jesús nos ha salvado. El nombre "Jesús" significa precisamente "salvador". Nos acercamos a Jesús esperando esa salvación que no termina de llegar. Si nos planteamos esta cuestión no es para poner en duda la salvación que podemos encontrar en Jesús. Se trata de descubrir en qué consiste la salvación que él nos aporta.

No lo tenemos fácil, porque nos hemos metido por oscuros callejones que nos llevaron a concepciones distorsionadas de Dios y la salvación que nos otorga en Jesús. Hemos caído en la trampa de una salvación que llega desde fuera, cambiando lo que somos por lo que nos gustaría ser. En vez de aceptar el mensaje de Jesús sobre una verdadera salvación, hemos buscado en él salvaciones raquíticas y aberrantes.

Ya Pablo, que tuvo apuntes geniales sobre la superación de la Ley, metió la pata a la hora de justificar la muerte de Jesús como el último y definitivo sacrificio expiatorio. De ese modo dejaba claro que no se necesitaban más sacrificios en el Templo. Solo a costa de un sacrificio mayor se han podido superar los sacrificios de la Antigua Alianza. Quedó muy bien ante los judíos, pero a nosotros nos hizo polvo.

El otro gran genio de nuestro cristianismo, S. Agustín, colocó otra trampa mortal para la comprensión de la salvación de Jesús. Según él, el pecado de Adán nos había hundido en la miseria de la que ya no podíamos salir. Solo un ser con capacidad de hacer actos de valor infinito podía sacarnos del atolladero. Se nos ha dicho que S. Agustín se convirtió del maniqueísmo, pero la cruda realidad es muy distinta.

Es cierto que superó la idea de dos principios supremos uno bueno y otro malo, pero en sustitución de ese dualismo, incrustó en el cristianismo la idea de que Dios era el principio bueno y la creación, incluido el hombre (y no digamos la mujer), era el malo. Un vez metidos en esta dinámica, solo un ser divino podía hacer frente al Mal que nos dominaba. Aún no nos hemos recuperado de esta monstruosidad.

La puntilla a una nefasta interpretación de la muerte de Jesús como clave para nuestra salvación, la dio S. Anselmo. Aplicando a un Dios soberano y justiciero los mecanismos de la

justicia humana, ideó una argumentación descabellada sobre la necesidad de un sacrificio de valor infinito que contrarrestara el honor de Dios vulnerado por el pecado (ofensa infinita) del hombre (Adán).

Un dios que exige la sangre de su Hijo para poder restablecer su honra, es lo más contrario que pudiéramos imaginar al Dios de Jesús. Jesús nos habló de una "Abba", es decir, de un Dios padre-madre volcado sobre el hombre y comunicándole su misma vida. Nada que ver con un soberano infinitamente ofendido que exige reparación sacrificial infinita.

Lo nefasto de esta interpretación, que no es original del cristianismo, estriba en las conclusiones que puede sacar el que hace realmente algo malo. Como el precio por mis pecados ya está pagado, no me tengo que sentir responsable por lo que he hecho. No tengo que hacer nada por reparar el mal que he hecho, y mucho menos salir de la actitud que me llevó a cometerlo. El arrepentimiento será puramente formal.

Ya hemos visto que la palabra "salvación" no es la adecuada, pero la palabra "redención, rescate" es peor. No podemos aceptar el lenguaje jurídico para aplicarlo a las realidades trascendentes. No podemos decir que Jesús pagó con su muerte la deuda contraída por el pecado. El Dios que exige la muerte del Hijo para salvar al hombre es un mito ancestral, que el cristianismo hizo suyo en cuanto se extendió por Oriente Medio.

Podemos seguir diciendo que Jesús nos salvó por su muerte en la cruz, pero la manera de entender esta afirmación puede ser tan diversa que podemos caer en la trampa de nuestros conceptos. La muerte de Jesús fue la consecuencia de una vida. Esa vida fue la que nos salvó. Pero es cierto que toda la vida de Jesús se encuentra resumida y significada en esa muerte. Esta es la clave que nos permitiría seguir utilizando el concepto.

El Dios de Jesús, que es "padre-madre", no soporta esa imagen justiciera que le hemos atribuido. Dios es amor y es perdón, no justicia, que se ejerce por medio de actos legales. Aplicar a Dios el modo humano de justicia es una aberración. Poner unas condiciones tan sanguinarias para poder perdonar destroza al Dios de Jesús. El Dios de Jesús es algo completamente distinto.

He indicado muchas veces que Jesús nos salva, porque se salvó él plenamente como ser humano. Éste es el punto de partida para entender lo que hizo por nosotros. Aceptar esto exige la superación de muchos prejuicios. Debemos aceptar que Jesús, como todo ser humano, empezó su andadura como un proyecto a realizar. Descubriendo a Dios dentro de él mismo, encontró allí la hoja de ruta para caminar hacia la plenitud humana.

Toda su predicación consistió en invitarnos a recorrer el mismo camino que él transitó. Ya la primera comunidad dio un salto en el vacío al dejar de predicar lo que él predicó y en su lugar empezar a predicar a Cristo sin referencia al ser humano Jesús. Este salto nos despistó y ha impedido una constante búsqueda de lo que Jesús experimentó, hizo y dijo, para poder seguir su trayectoria humana y hacer nuestra su misma salvación.

La trayectoria humana de Jesús es el único marco de referencia que puede superar la visión mítica de la salvación. Como ya hemos dicho, solo debía interesarnos una salvación que sea verdaderamente humana. De nada nos sirve que nos rescaten desde fuera o que nos echen un capote para que no se vean nuestras miserias. La salvación en nosotros debe ser la misma que Jesús alcanzó, Vida que brota de lo más hondo del ser.

Porque siguió al pie de la letra el proyecto de hombre que Dios había marcado a fuego en lo hondo de su ser, fue capaz de desplegarlo hasta el final y con ello alcanzar la plenitud humana. De ese modo manifestó lo que había de divino en su humanidad. Porque recorrió primero el

camino puede ser guía para todos nosotros. Aquí está el verdadero sentido de la salvación que llega a nosotros desde Jesús.

El proyecto de Jesús no es algo distinto del proyecto de Dios, que es don total y gratuito. Imitarle, dándose a los demás totalmente, es desplegar humanidad. La plenitud de salvación consiste en ser capaces de darse totalmente, hasta la muerte. El amor se convierte así en la prueba de la verdadera salvación. En la medida que haya hecho mía la salvación de Jesús, repetiré sus mismas actitudes en mi propia vida.

No nos salvó de nuestros pecados, sino del único pecado que existe, el egoísmo, es decir todo lo que me separa del otro. Nos salvó arrancando de su vida toda opresión, es decir, no oprimiendo a nadie ni dejándose oprimir por nadie. Nos salvó del pesimismo al demostrar que la salvación del hombre es posible. Nos salvó de toda esclavitud al demostrar que el hombre puede ser totalmente libre en cualquier circunstancia.

La verdadera libertad es la mejor expresión de la salvación que nos ha traído Jesús. El secreto de esa libertad es la experiencia de Dios en él. Fundamentado en Dios, nada ni nadie le puede inquietar. Esa identificación con Dios le capacita para ser él mismo y le da libertad para manifestar lo que es. Nada le puede impedir manifestarse tal cual es.

La libertad llega a ser total cuando la confianza es plena y no necesita apoyos externos. La libertad se pierde cuando necesitamos buscar seguridades para nuestro yo. El miedo a que ese "yo" desaparezca marca la diferencia entre libre y esclavo. Hay que reconocer que ese miedo es el mayor obstáculo para que nuestro verdadero ser se manifieste.

Liberar no debe apuntar solo al pasado, sino que debe proyectar sobre todo, hacia el futuro. Liberar a un pájaro es desatarle o abrirle la jaula para que vuele. Libres del afán de ser más, libres del deseo de tener más, libres de más ansias de poder, se nos abre un horizonte nuevo. Liberarnos de la opinión que pueden tener los demás, nos permite actuar desde nosotros mismos sin cortapisas de ninguna clase.

Jesús, con su vida, nos propone la liberación del "ego", a través de una actitud de servicio. Si descubres que estás aquí para darte a los demás, te estás salvando. Si no caes en la trampa de creer que los demás están ahí para aprovecharte de ellos, crecerás en humanidad. Tan original es la propuesta, que aún está por estrenar. Seguimos confiando que nos saquen de nuestros pecados desde fuera y sin coste alguno.

La salvación que nos ofrece Jesús no le interesa a la mayoría de los mortales. Por eso hemos buscado otras salidas más de acuerdo con nuestros peregrinos intereses. Olvidándonos del mensaje, todos seguimos buscando en Jesús seguridades de todo tipo para el más acá y si eso no es posible, por lo menos una seguridad definitiva para el más allá, aunque eso lleve consigo algún sufrimiento en esta vida mortal.

Liberarse y ayudar a liberarse a todo el que se encuentre en el camino debe ser la actitud de todo cristiano. Oponerse a la teología de la liberación es la mejor prueba de la errónea manera de entender la salvación evangélica. ¿Puede haber una teología que no libere? En el evangelio no hay ninguna diferencia entre la liberación espiritual y la liberación material. Jesús pasó por el mundo liberando a los oprimidos por el diablo, pero también a los oprimidos por el hambre.

La única manera de mostrar nuestra salvación espiritual es que estamos dispuestos a liberar de toda opresión a los que encontramos en nuestro caminar. Debemos ayudar a los ricos a liberarse de su riqueza y a los pobres tenemos que ayudarles eficazmente a liberarse de su pobreza. Bien entendido que no hay un solo ser humano que no tenga alguna clase de opresión y, por lo tanto, algo de que liberarse.

¿Salva la religión?

Otra pregunta que parece un poco tonta. Todas las religiones intentan responder a las exigencias de salvación del ser humano. Pero con frecuencia no logran responder más que a las necesidades más perentorias, que suelen ser las más superficiales. El afán de seguridades para nuestro ser biológico, e incluso psicológico, nos obliga a buscar en seres superiores lo que nosotros no podemos garantizar.

Todas las religiones nacen de la experiencia profundamente humana de una persona concreta. La paz y felicidad que le proporciona esa experiencia le empuja a intentar provocarla en los demás. Al principio, y mientras esa persona vive, suele tener mucho éxito en su proyecto. Al faltar la experiencia interior, muy pronto, la comunidad de seguidores se convierten en una institución, empiezan a confiar no en la vivencia, sino en ritos, normas y doctrinas.

Para seguir disfrutando de la adhesión incondicional, deben dar valor absoluto a esas normas. Esto se consigue haciendo ver que todas ellas emanan de una autoridad externa y todopoderosa que exige un sometimiento incondicional. Hemos entrado en la dinámica de todas las religiones, que se presentan como únicas intermediarias de ese poder absoluto.

No podemos dejar de comentar la famosa frase que hemos oído miles de veces: "extra Eclesiam nulla salus", traducida literalmente: fuera de la Iglesia **ninguna** salvación. Es verdad que los textos del Vaticano II aportan unas matizaciones que en realidad acaban desactivando su rotundidad originaria. Pero seguimos dando a entender que nos encontramos muy a gusto con esa desatinada expresión.

En la Constitución Dogmática "Lumen Gentium" del Concilio Vaticano II, se dice: "No podrían salvarse los que sabiendo que Dios fundó, por medio de Jesucristo, la Iglesia católica como necesaria para la salvación, sin embargo, no hubiesen querido entrar o perseverar en ella" (LG 14). Dando por supuesto lo que hoy está en abierta discusión, es decir, que Jesús fundó una Iglesia y que es la única verdadera.

Y un poco más adelante: "Esta afirmación no se refiere a los que, sin culpa suya, no conocen a Cristo y a su Iglesia. Los que sin culpa suya no conocen el evangelio de Cristo y su Iglesia, pero buscan a Dios con sincero corazón e intentan en su vida, con ayuda de la gracia, hacer la voluntad de Dios, conocida a través de lo que les dice su conciencia, pueden conseguir la salvación eterna" (LG 16)

A pesar de estas profundas matizaciones, el último "Catecismo de la Iglesia Católica", todavía defiende sin paliativos la frase. Desde nuestra perspectiva tenemos que hacer alguna aclaración. Si consideramos la "Iglesia" como organigrama jerárquico y la salvación como un puesto en el cielo después de la muerte, la frase de marras no tiene hoy sentido alguno.

Sería ridículo que al "corralito" del cielo solo pueden entrar los que presenten el ticket expedido por la Iglesia católica. Mientras se celebraba el concilio apareció en ABC un chiste de Mingote: dos señoras muy peripuestas, que iban camino de la iglesia, se decían una a otra: "el concilio puede decir lo que quiera pero al cielo, a cielo iremos los de siempre".

Pero si entendemos iglesia en sentido originario, es decir como la reunión o la asamblea de los creyentes y salvación como el logro de una plenitud humana, entonces la valoración debe ser muy distinta. Efectivamente no puede haber plenitud humana sin comunidad, porque todo progreso en humanidad solo se puede conseguir a través de la relación con los demás.

Qué bien lo intuyó Mateo cuando pone en boca de Jesús aquella frase: "Porque donde dos o más estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos". Si tenemos en cuenta que el único título que se dio Jesús a sí mismo fue "hijo de Hombre", es decir, simple ser humano, comprenderemos que lo humano solo aparece cuando se encuentran dos personas precisamente como humanos.

Las religiones son instrumentos que hay que aprender a manejar. Pueden ser instrumentos de salvación, pero también pueden desviarnos de una verdadera salvación humana. En concreto la nuestra ha sido causa de "condenación" cuando se ha entendido como el cumplimiento de unos dolorosos requisitos para que te acepte Dios en su gloria del más allá.

Desde esa perspectiva la religión ha arruinado la vida de muchísimos creyentes que se han pasado la vida entera más pendientes de lo que era pecado o de lo que no lo era que de portarse con los demás como verdaderos seres humanos. Esa obsesión por cumplir la Ley externamente ha cercenado la posibilidad de llevar una vida verdaderamente cristiana.

Es inquietante descubrir que los mayores atropellos contra el ser humano se han hecho en nombre de Dios o de la religión. Es más, muchas veces parece que la condición para que Dios te acepte es precisamente que dejes de ser una persona con humanidad. Cuándo nos enteraremos de que el mensaje de Jesús en los evangelios es que la plenitud está en vivir humanamente lo divino que hay en nosotros.

Normalmente entendemos por religión un organigrama de complicadas estructuras: ritos, creencias, normas que dan marco a un comportamiento externo. Y entendemos por Iglesia una rígida estructura jerárquica a la que tenemos que someternos por voluntad de Dios. Por nuestra condición de seres sociables, necesitamos cierta organización que sustente nuestras relaciones, pero no podemos darle un valor absoluto.

Tenemos que dejar claro que este organigrama externo, es una creación humana. Dios no necesita ninguna institución para llegar a cada uno de nosotros. Nosotros sí necesitamos echar mano de todos esos recursos para ir avanzando en el conocimiento de lo que Dios es para mí. Teniendo también muy claro que la voluntad de Dios no puede venir de fuera sino que se encuentra en lo más hondo de mi propio ser.

Creernos en la posesión de verdades absolutas, tiene que dar paso a la búsqueda absoluta de la verdad. Dice un proverbio oriental: "Si te empeñas en cerrar la puerta a todos los errores, dejarás inevitablemente fuera la verdad". O la tan repetida frase de Antonio Machado: "¿Tu verdad? No, la verdad; y ven conmigo a buscarla. La tuya, guárdatela".

Como instrumentos que son, las religiones no son ni verdaderas ni falsas. Pueden ser más o menos útiles según su capacidad para ayudar a alcanzar la verdadera salvación del ser humano, independientemente de lo que oficialmente propongan. Si caemos en la trampa de sostener que solo una religión es verdadera le estamos dando un valor absoluto que no tiene. Como dijo el V. II: todas tienen algo de verdad.

La seguridad absoluta que algunas religiones esgrimen sin ningún pudor, nace de un falso concepto de revelación. Seguir pensando que Dios comunicó directamente una verdad a un ser humano, es cosificar a Dios. Dios se revela siempre y a todos, pero no con lenguaje humano o desde fuera. Dios llega a nosotros a través del ser. Solo los que están atentos a su interior, son capaces de descubrir lo que Él nos dice a todos.

En todas las religiones, como constructos humanos, hay parte de verdad y parte de error. Todas deben seguir enseñando y de todas podemos aprender. Desde esta perspectiva no hay

lugar para dogmatismos o integrismos. Al contrario, debíamos utilizar las demás para descubrir los errores que puede tener la nuestra, así como poner la nuestra al servicio de las demás.

La religión bien entendida intenta dar respuestas significativas a preguntas vitales que todo ser humano se hace sobre lo desconocido. Suministra a una comunidad de fieles el marco adecuado de referencia para interpretar el significado de las cosas. Ayuda a mantener la unidad entre las personas del mismo grupo cultural. Garantiza la conexión de la continuidad entre su pasado y su futuro, dando sentido a la existencia.

También ofrece un modo cercano y creíble de superar las ansiedades y las miserias humanas que constantemente nos acompañan. Da respuesta a las acuciantes aspiraciones y deseos del corazón humano. Fortalece la vivencia interior de la persona, algo que, desde dentro de uno mismo, puede organizar y dar sentido a la vida. Ofrece los signos de esperanza que todo hombre necesita para seguir luchando.

Ni el pensamiento científico ni el simple sentido común son suficientes para otorgar significado a la perplejidad, dolor, tragedia y paradoja que impregnan la vida humana. Menos aún pueden explicar su significado y sobre todo dar sentido a la muerte. Solo el contacto con lo trascendente puede abrirnos al sentido de una auténtica vida humana. Y ese contacto solo se puede dar en la vivencia religiosa personal y comunitaria.

Lo específico y determinante de la religión cristiana es Jesús, no la Iglesia. Hoy nos hacemos una pregunta muy inquietante: ¿Sería posible un cristianismo sin Iglesia? Sin una Iglesia como la que hoy tenemos, sin duda sería posible. Sin ningún grado de organización no creo que fuese posible. En todo caso, la medida de nuestra salvación sería nuestra religiosidad, no el grado de solidez de la institución a la que pertenecemos.

¿Salva la Escritura?

Los judíos y los cristianos seguimos asumiendo como la cosa más natural que podemos encontrar salvación en la Biblia. Efectivamente, podemos encontrar en la Escritura verdadera salvación, pero debemos explicarlo de una manera más comprensible para el hombre de hoy. Es un tema de la máxima importancia, porque de él depende que podamos seguir aprovechando las Escrituras o perdernos en ellas.

En la Escritura nos encontramos con la experiencia de salvación de todo un pueblo. La salvación se dio en la vida de aquellas personas, pero esa salvación es intransferible; lo que ha llegado a nosotros es el relato de aquella salvación, no la salvación misma, que es siempre personal. Ahora bien, La experiencia de salvación de otro ser humano puede servirme de modelo y acicate para lograr mi propia plenitud humana.

Con un ejemplo podemos entenderlo mejor: En un museo arqueológico encontramos fósiles y esqueletos de muy distintas épocas de la evolución biológica. Esos restos nos están diciendo que allí hubo vida en un momento determinado de la Historia. Dentro de su diversidad, todos hacen referencia a una realidad asombrosa, la vida. Pero a nadie se le ocurre pensar que allí hay en este momento vida alguna.

No existe vida en un fósil, pero nos permite estudiar la forma en que la vida, que ya no existe, se desarrolló en otras épocas. El hecho de que no tengan vida no quiere decir que no sean tremendamente útiles para que nosotros hoy podamos acercarnos a una mejor comprensión de nuestra propia vida.

Los libros de la Biblia son papel y tinta. No hay ni rastro de vida en ellos, pero pueden ser de gran utilidad para descubrir que en tiempos muy lejanos hubo seres humanos que tuvieron una intensa vida espiritual. Esta constatación nos puede dar valiosas pistas para poder estudiarla, comprenderla y ver la posibilidad de reproducir hoy en nosotros aquella vida.

Leer la Biblia nos puede abrir el camino de una vivencia, provocada por la experiencia espiritual que otros seres humanos desplegaron en otras circunstancias. Descubrir cómo entendieron ellos sus relaciones con el absoluto, con la naturaleza y con los demás, puede abrirnos horizontes insospechados para que nosotros caminemos hacia la misma experiencia interior.

¿Salvan los sacramentos?

Este es un tema de actualidad. La inmensa mayoría de los cristianos confía plenamente en esos ritos que creemos magia y que nos pueden dar seguridades ficticias. Si preguntamos quién se considera buen cristiano seguramente contestará: el que va a misa, el que confiesa y el que comulga. Pero las cosas están cambiando a una velocidad endiablada. Cada vez más personas que se dicen cristianas pasan hoy de esos ritos.

El concepto de "sacramento" no se encuentra en la Biblia ni en el AT ni en el Nuevo. Ni siquiera existía una denominación común para el bautismo y la eucaristía, que fueron los primeros que se concretaron en ritos precisos. Fue S. Agustín el que determinó el concepto y puso la base de una doctrina sacramentaria. En Trento se fija definitivamente la tradición, especificando la materia y la forma de cada sacramento.

Lo primero que tenemos que dejar claro es lo que no son. No son magia. Lo que la mayoría de los cristianos entiende por sacramento coincide, como anillo al dedo, con la definición de magia. No estamos obligando a Dios a realizar nada a través de gestos o palabras con significado cabalístico especial. Esa confusión es una de las causas del abandono de su práctica.

No son milagros. También en eso la creencia del pueblo es errónea. Hablando con propiedad, los sacramentos no realizan nada en la persona. No son acciones puntuales de Dios. Dios no necesita ni gestos ni palabras mágicas para conectar con cada uno de nosotros. Nosotros, que conocemos la realidad a través de los sentidos, sí necesitamos de señales externas que nos ayuden a comprender lo que sucede dentro de cada uno.

Un sacramento es un rito que expresa la unión de un signo y una realidad trascendente significada. Lo que pretenden es hacer presente esa realidad para vivirla. Esa realidad por ser espiritual, no puede ser captada por los sentidos ni por la razón. Los sacramentos son una manera de tomar conciencia de la realidad divina en nosotros. Lo significado en cada sacramento está siempre en nosotros pues es eterno.

El sacramento no es un fin en sí mismo. Solo es un medio para potenciar nuestra vivencia cristiana. Es un instrumento de comunicación entre las personas y lo divino que hay en ellas. Como todo lenguaje, o se renueva, o se hace rígido e inexpressivo. Al perder su capacidad de significar, el rito queda reducido a una rúbrica y el símbolo se convierte en un cliché.

No va dirigido a la razón, sino al hombre entero, al fondo del ser. Este es el motivo por el que exige una actitud vital. Los gestos y las palabras no son más que símbolos de una realidad trascendente que ya está ahí, esperando a ser descubierta. La celebración de un sacramento requiere experiencia interior y un ámbito comunitario donde se pueda expresar. Sin una verdadera comunidad no puede haber liturgia sacramental.

Si en los participantes no hay un mínimo de vivencia mística y compromiso vital, no hay nada que celebrar en común. Pero si existe esa vida interior, la celebración de un sacramento abre increíbles perspectivas espirituales. La celebración debe partir de una experiencia religiosa y debe llevarnos a una vivencia más profunda. Se trata de un proceso interior no de garabatos puramente externos que obran automáticamente.

Esa celebración comunitaria libera las fuerzas positivas que hay en cada uno de nosotros y protege de las negativas. En la crisis, libera de las tensiones e impide el derrumbamiento psicológico del individuo. Proporciona un nuevo universo de significados que integra la experiencia personal en el ámbito comunitario, haciéndola más sólida y estable.

Bien realizado, el rito contribuye a desarrollar la propia identidad. Hoy más que nunca, en los vertiginosos cambios que experimenta la sociedad, necesitamos encontrarnos con algo estable a que agarrarnos. Es curioso que se haya perdido la práctica de los sacramentos pero se ha potenciado la pertenencia a cofradías y organizaciones. Esto demuestra que necesitamos apoyos para mantener nuestro equilibrio síquico.

En el rito sacramental se trasciende la experiencia individual, se integra uno en el grupo, y se consolidan los aspectos positivos propios. El ser humano entra en contacto integrador con los otros y con el Otro. Recibe así fuerza, energía, paz, que estabilizan la persona y la preparan para afrontar con optimismo los constantes retos de la vida.

Percibir la presencia de Dios impregna los entresijos de la persona. Experimenta su yo aceptado, valorado, aprobado por los otros y por Dios, y así regenera y consolida la frágil estructura del yo consciente. Es fácil de comprender que cuanto más esquizofrenia nos acecha en nuestra sociedad, más necesitaremos contrarrestarla con paz y armonía interna.

No es nada fácil realizar bien un sacramento, porque no es teatro que se limita a escenificar el pasado. Exige estar a la vez en dos mundos. Hay que traspasar tiempo y lugar para conectar con lo trascendente. Hay que estar en contacto con lo externo y con lo interno. Hoy podemos constatar que cuanto más los necesitamos más difícil es realizarlos adecuadamente.

Es una exigencia cada vez mayor del mismo ser del hombre, que tiende hoy a valorar solo lo útil, lo práctico, lo productivo. Más que nunca el ser humano necesita ritos que le integren y armonicen. Sin estos ritos sacramentales el hombre queda dividido en compartimentos estancos que le desquician y le dejan reducido al tristísimo papel de productor-consumidor.

Hemos llegado así a una deprimente paradoja: un ser humano cada vez más incapacitado para llevar a cabo el símbolo, y más necesitado de él. Por conformarnos con una vida cada vez más superficial, estamos más necesitados de conectar con lo hondo del ser. Necesitamos encontrar la confianza radical no basada en lo externo. Conectar con la base del ser para descubrir que su fundamento y su futuro es lo eterno, Dios.

La práctica de los sacramentos, no solo afecta a la religiosidad. Es fundamental también para la salud psíquica de la persona. Muchos desequilibrios emocionales se podrían superar con una auténtica práctica sacramental. Debemos recuperar el sentido de pertenencia al grupo que va más allá de la propia familia. El individuo se afianza y fortalece sintiendo esa pertenencia a la comunidad. La comunidad se perfecciona con cada individuo.

Esa práctica nos permitiría encontrar al Dios que está dentro e identificado con nosotros. Conectaríamos con los estratos profundos del ser, que se encuentran en nuestro centro y así, centraríamos la persona entera. La unión del inconsciente y el consciente conseguiría la

unidad. Para conseguir ese fruto de los ritos hay que combinar palabra y silencio, que es su alma.

Hoy es muy difícil aprovechar estos beneficios porque hemos perdido la capacidad de comprensión de los símbolos, y suplirlos con interminables explicaciones racionales no vale para nada. Mucho menos sirven las pretensiones moralizantes que se han incrustado en la celebración de los sacramentos. Si hacemos depender el futuro del hombre de la bondad o malicia de sus actos, tendremos asegurada su desesperanza.

El bautismo

Se ha repetido sin tregua que el bautismo era imprescindible para la salvación. En realidad es un dogma de fe. En ese discurso se da por supuesto que la salvación consistía en ir al cielo; y el bautismo era un rito mágico que te quitaba el mayor obstáculo para conseguirlo, el pecado original, del que ni siquiera podías arrepentirte porque lo había cometido otro. Los demás sacramentos actuaban casi de la misma manera.

Es difícil asimilar toda la riqueza de significados que la tradición ha ido acumulando sobre este sacramento. En los primeros tiempos tuvo una gran importancia como primer paso hacia una integración voluntaria y efectiva en la nueva comunidad. Para celebrar el bautismo era requisito previo e indispensable la profesión de fe, es decir, proclamar personal y públicamente la adhesión a las enseñanzas de Jesús.

Ello suponía un conocimiento en profundidad del evangelio, "buena noticia". Pero no solo se exigía el conocimiento, se escudriñaba también el cumplimiento real de los compromisos doctrinales, morales y litúrgicos del catecúmeno. Esta aceptación era lo importante y definitivo. Sin ella no se podía llevar a cabo ningún signo de pertenencia. Hoy lo pasamos por alto y con ello se desvirtúa el valor del sacramento.

El gesto de sumergir en el agua, e incluso su significado profundo, fueron muy anteriores al cristianismo. Sumergir a una persona en el río hasta hacerle desaparecer por unos instantes quería decir que se abandonaba todo lo viejo y se intentaba renovar la propia vida desde el fondo. Pablo le dio un singular carácter cristiano al señalar que se trataba, nada menos, que de morir y resucitar como Cristo.

En los primeros siglos se bautizaba exclusivamente a las personas mayores. Al generalizarse la idea del pecado original, se consideró oportuno bautizar a los niños para librarles cuanto antes de esa lacra. Ya dijimos que esa perspectiva es mítica. Tendríamos que recuperar el sentido de compromiso del bautizado con una vida cristiana. Podemos bautizar a los niños, pero entonces el compromiso lo adquieren los padres.

El primer efecto visible, aunque colateral, del bautismo es la pertenencia a la comunidad. Deberíamos recuperar el valor de esta realidad. Es imposible mantener el compromiso adquirido sin la pertenencia a una comunidad que me arroe. Por una parte me ayuda a progresar en la fe y en la práctica. Por otro me advierte de que puedo estar fuera de la dinámica del evangelio. Las dos son imprescindibles para todo individuo.

Finalmente deberíamos recordar que el significado del bautismo hay que estar desplegándolo durante toda la vida. Es un aspecto que tenemos completamente olvidado. Cuando se pide una fe de bautismo, nos conformamos con que nos certifiquen que esa persona realizó el rito externo; nada nos preocupa que en este momento esté llevando una vida realmente cristiana.

La confesión

La confesión se ha convertido en un mecanismo artificial que nos permite superar la conciencia de pecado. Y digo que es artificial porque lo hemos convertido en un quitamanchas automático sin que exija de nosotros ningún cambio de nuestra actitud vital. Cuando se descubrió, allá por el s. VII, tenía otro significado, más de acuerdo con las necesidades humanas de superar una situación vital complicada sin aparente salida.

El primer significado se distorsionó cuando se cambió el concepto de pecado, que pasó de ser un fallo del compromiso vital a ser el incumplimiento frío de una ley. El pecado tampoco consiste en una ofensa a Dios o en un daño a terceras personas sino en un deterioro de mi propio ser como humano. Si lo que me humaniza es la capacidad de darme a los demás, el pecado consistirá en aprovecharme de ellos o ignorarlos.

En el AT pecar es errar el blanco. Un concepto mucho más de acuerdo con nuestra condición de seres humanos. Se trataba de un error de cálculo, no de una mala voluntad de la persona. También es curioso que se tuviera conciencia del pecado colectivo del pueblo antes que del pecado individual, precisamente porque se tenía una más clara conciencia de la pertenencia a una comunidad que del ser personal.

Para que exista un pecado mortal, nos decían que se necesitaban tres condiciones: a) pleno conocimiento. b) Completa voluntad. c) Materia grave. Ahora bien, examinando el mecanismo de la psicología humana, descubriremos que un conocimiento pleno de que algo es malo para mí y la adhesión de la voluntad a ese objeto, es impensable. Como ya hemos explicado el pecado, definido por la moral católica, es imposible.

El pecado solo es posible en la medida que el hombre esté sumido en la ignorancia. Solo con una gran dosis de error de perspectiva es posible la adhesión de la voluntad al mal. Esto no es fácil de entender pero me parece tan importante que debemos hacer un esfuerzo por comprender las sutilezas del lenguaje. Muchas veces me he sentido incapaz de hacerlo ver.

Pero si el pecado es fruto de la ignorancia, ¿dónde está su malicia? Precisamente en que esa ignorancia es culpable. No es fácil tomar conciencia de esta realidad. Hay maldad cuando el ser humano tiene los medios necesarios para descubrir la razón de mal que hay en una acción, pero no los utiliza, unas veces por vagancia, otras por miedo a las mismas exigencias que se derivarían de un descubrimiento de la verdad.

Hay otra trampa en la que solemos caer y que también explica la poca eficacia del arrepentimiento. Con frecuencia aceptamos teóricamente (porque nos lo ha dicho una autoridad), que una acción determinada es pecado, pero en nuestro fuero interno no hemos descubierto la relación de tal acción con el deterioro de nuestro auténtico ser; sabemos que está mandado o prohibido, pero no sabemos por qué.

Entonces entra en conflicto lo que me han dicho con lo que siento; y naturalmente a la hora de la verdad, la mayoría de las veces, obramos según nuestras vivencias y no según lo aprendido. En un parque hay un banco con un letrero: "Prohibido sentarse." Llega un paseante y al ver el letrero piensa: Ya estamos, el alcalde con el afán de prohibir todo. Sin hacer caso del letrero se sienta. Al instante descubre en el suelo un trozo de papel que dice: "banco recién pintado". Demasiado tarde, sus pantalones se habían estropeado.

Unos días más tarde, en otra esquina del parque, ve el mismo letrero: "Prohibido sentarse". Naturalmente se aleja del banco. Pero aquel banco había sido pintado el mismo día que el anterior. En ese momento la pintura estaba seca. Nadie se había tomado la molestia de retirar el cartel...

Hemos visto que no se puede tener una clara idea de la confesión sin saber qué es el pecado. Tampoco se puede entender correctamente el sacramento de la penitencia si no tenemos una idea clara de lo que significa el perdón. Lo primero que hay que tener en cuenta es que el perdón atribuido a Dios no tiene nada que ver con el perdón humano. Es ésta otra trampa de la que hay que salir si queremos entender el asunto.

Aún desde la teología más tradicional, debemos comprender que en realidad Dios no perdona. En Dios los verbos no se conjugan. No tiene tiempos ni modos. Dios todo lo que hace lo es. Lo que hace en un instante lo hace toda la eternidad. Dios no puede actuar en un momento determinado de la historia. En el momento que Dios hiciera o deshiciera algo cambiaría Él mismo para mejor o para peor, lo cual es imposible.

Dios es amor. Esto quiere decir que su esencia es amor, por lo tanto no puede dejar de amar nunca, destruiría su esencia y dejaría de ser. Fijaros en la diferencia con nosotros; en nosotros el amor es una cualidad que puedo tener o no tener. Cuando dejo de amar, no por eso dejo de ser yo. Cuando nosotros atribuimos a Dios el amor, descubrimos que es un amor que no merecemos porque hemos fallado. Por eso lo llamamos perdón.

Digo "lo llamamos", porque para nosotros lo es efectivamente, pero solo desde nuestro punto de vista. Lo mismo que podemos, en un momento determinado, sentir y vivir el perdón-amor de Dios, aunque no sea una acción concreta de Dios en ese momento. Si cada uno de nosotros nos atreviéramos a sacar las últimas consecuencias de estas simples verdades, puede que cambiase mucho nuestra idea de la confesión.

La confesión no puede ir encaminada a cambiar la actitud de Dios para con el pecador. No tiene mucho sentido repetir y repetir "Señor ten piedad". Tampoco tiene sentido pedir a Dios que se apiade de los pecadores. El único que tiene que cambiar es el pecador. Yo, pecador, tengo que volverme hacia ese Dios que siempre ha estado de cara. La confesión que no lleve a un cambio de actitud del penitente no tiene sentido ninguno.

Tampoco tiene sentido que imploremos de rodillas el perdón de Dios, como si a Dios le costara aceptarnos como somos. No tiene sentido que nos pasemos la vida dándonos golpes de pecho. Tal vez nosotros no nos terminamos de creer que Dios es amor. Dios no nos ama porque seamos buenos, sino porque él es bondad. Ni siquiera deja de amarnos cuando no lo somos; ni necesita presiones o recomendaciones para cambiar su postura.

Ahora podemos comprender qué significado tiene la confesión. Si Dios perdona siempre, no podemos seguir necesiéndola para que me perdone. La confesión como sacramento es un signo del amor de Dios, que está siempre ahí. Al confesarme manifiesto que he fallado. A continuación el sacerdote me asegura que Dios no me falla ni me puede fallar nunca. El que tiene que cambiar es el penitente. Si Dios no me falla nunca, la conclusión es sencilla: voy a intentar fallarle menos.

Esta es la mejor noticia del evangelio. Todo él está encaminado a convencernos de esta actitud de Dios para con los pecadores. Parábolas, como la del hijo pródigo, la oveja perdida, el dracma perdido, Zaqueo, la adúltera, la pecadora, determinadas acciones de Jesús, o frases como: "No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos." "No he venido a buscar a los justos...", intentan hacernos comprender esta buena noticia.

La virtud de la penitencia

El sacramento de la confesión tenía que estar ordenado a acrecentar en nosotros la virtud de la penitencia. Es mucho más importante y es la que de verdad tenemos que estar desarrollando constantemente en nuestra vida espiritual. No es un acto como el sacramento, sino una actitud que tenemos que mantener a través de toda nuestra vida.

Consiste en el reconocimiento de mi alejamiento de Dios por haberme alejado de los demás y de mí mismo. Desde esta actitud descubrir el amor de Dios como un don gratuito que no depende de nosotros, supone el salto hacia la confianza total en Él. Sin esta convicción, nuestra vida espiritual no puede desarrollarse. El descubrir el amor gratuito permanente e incondicional de Dios, es la base de todo progreso espiritual.

¿Salva la celebración de la eucaristía?

La eucaristía es el sacramento más relevante de nuestra religión pero ha cambiado tanto a través de los siglos que es muy difícil separar lo esencial de lo que, siendo importante, es accesorio. Reconociendo que los cambios son imprescindibles, no está claro que siempre hayan sido para potenciar lo esencial. En demasiadas ocasiones se han exagerado aspectos secundarios y nos hemos alejado del verdadero significado de los signos.

Se trata del sacramento más repetido. Seguramente fue el que primero se celebró y nunca ha sido discutido como tal. En la celebración ritual, en lo que son los signos, apenas ha variado en veinte siglos. En cambio la realidad significada ha sufrido variaciones espectaculares. Se han ido descubriendo aspectos nuevos y en unas épocas se han potenciado unos y olvidado otros. Tiene en sí tantas posibilidades que no se agotará nunca.

Por ejemplo, la presencia real, que para nosotros hoy es un aspecto esencial, no ha tenido mayor importancia durante los primeros siglos. La acción de gracias, que es lo que significa eucaristía en griego, hoy apenas la tenemos en cuenta. El aspecto de sacrificio (actualización del de la cruz), lo estamos olvidando a marchas forzadas. Hoy nadie piensa en la eucaristía como un rescate ofrecido a Dios por nuestros pecados.

La presencia de Cristo en el pan y el vino consagrados ha tenido una importancia decisiva desde la Edad Media. Han corrido ríos de tinta intentando explicarla filosóficamente. La verdad es que ni física ni metafísicamente tiene nada que explicar. Al intentar entenderla de una manera racional hemos desbaratado todo el significado del sacramento. Que cambie la sustancia del pan y del vino, permaneciendo los accidentes, no nos aclara nada.

La presencia no está unida a la materia en sí sino a los gestos. En contra de lo que creemos la mayoría de los cristianos, las palabras no son lo importante. Durante siglos lo importante fue la epiclesis que era la invocación del Espíritu Santo sobre las ofrendas. Consagrar en aquella época no era hacer un milagro sino hacer sagrados el pan y el vino. Las palabras intentan explicar el gesto de partir y repartir el pan el vino.

El problema se agrava al descubrir que la traducción está mal hecha. "Cuerpo" en la antropología judía no significaba el cuerpo sino la persona. No tendríamos que decir: "esto es mi cuerpo", sino esto soy yo, esto es mi persona. Unido a lo que hemos dicho antes tendríamos: "yo soy pan que se parte y se reparte para dejarse comer". Lo que quiere decir es algo muy profundo. Esto soy yo y esto tenéis que ser vosotros.

La distorsión con el cáliz es mayor. Para los judíos la sangre era la vida. No se trataba de un símbolo sino de la misma vida, de tal manera que tenían prohibido no solo beber la sangre de los animales sino comer los animales que no se habían podido sangrar al morir. Y esto porque consideraban que solo Dios era dueño de la vida; el hombre no podía apropiarse de ella. La traducción sería: esto es mi vida que se derrama, que está siempre a vuestra disposición. No solo a la hora de morir, sino en todos los momentos de la vida.

Lo esencial del sacramento, es decir la realidad significada, sería el compromiso de partimos y derramarnos por los demás. Jesús, al hacer el doble gesto, estaba significando que su manera de

vivir había hecho presente a Dios, es decir, nos estaba diciendo que Dios es don absoluto y que él lo había imitado totalmente. Al celebrar la eucaristía, cada uno de los celebrantes nos comprometemos a ser lo que Jesús fue.

Ahora podemos comprender otro disparate, muy común incluso en los textos oficiales. Cuando hablamos del sacramento de la comunión normalmente lo entendemos mal y distorsionamos la realidad. Comulgar no es el sacramento, sino solo el gesto por el que nos comprometemos a ser lo que Jesús fue. De aquí surgió la nefasta idea de que, como el alimento, el sacramento produce un efecto automático, aunque yo no adquiriera ningún compromiso personal.

Ahora podéis comprender que la eucaristía tiene una capacidad de salvación infinita. Para ello debemos de superar la trampa de tomarla como una obligación para los domingos o como una devoción más para los días de diario. Una sola eucaristía bien celebrada, comprendida y comprometida, sería suficiente para catapultarnos a la plenitud humana. Solo imitando a Jesús en la entrega total a los demás, haremos nuestra su misma salvación.

¿Me salva la oración?

La pregunta puede parecer un poco absurda. Siempre se nos ha dicho que sin oración no hay manera de encontrarnos con Dios, es decir, con nuestro verdadero ser. La verdad es que la cosa no es tan sencilla. Como veremos a continuación llamamos oración a una gama muy extensa de realidades y no todas tienen la misma importancia a la hora de ayudarnos a llevar una vida verdaderamente espiritual.

En nuestra rica tradición religiosa se proponen, sobre todo en cuaresma, tres actos de piedad muy singulares: ayuno, oración y limosna. Se presentan como ejercicios de penitencia, pero en el fondo, son mucho más que eso. La única manera de crecer en humanidad es a través de unas relaciones humanas adecuadas. El ser humano puede desplegar esas relaciones en tres direcciones: relación consigo mismo (ayuno); relación con Dios (oración); relación con los demás (limosna).

Se trata de un sabio resumen de lo que el hombre tiene que hacer para superar el aislamiento que le puede deshumanizar. Esas propuestas siguen siendo válidas, pero se han rechazado por la inmensa mayoría de los cristianos porque se presentan con el ropaje mítico que las desfiguran. Recuperar el sentido genuino de las propuestas y poder expresarlo en un lenguaje que todo el mundo entienda hoy, será nuestro objetivo.

Vamos a recorrerlas de manera que nos permitan desentrañar el increíble valor antropológico que tienen, más allá del marco religioso del que proceden. Una vez más, la pérdida del verdadero sentido de lo que realizábamos, ha tenido como consecuencia el abandono casi total de su práctica. A estas tres tendríamos que añadir hoy la ecología pues formamos parte del ecosistema que podemos deteriorar definitivamente.

Oración, ayuno y limosna son tres realidades que, bien entendidas, pueden ayudarnos a dar sentido humano a nuestra vida. Vamos a desarrollar estos tres temas de una manera más amplia. Tomando conciencia de que los tres son medios para superar la tentación de egoísmo materialista. Los tres nos pueden ayudar a profundizar en nosotros mismos y aprovechar nuestra existencia para hacerla más humana.

Los seres humanos no somos realidades aisladas que puedan completarse por sí mismas separados del resto de la creación. Una piedra aunque la encerremos herméticamente seguirá siendo ella misma por millones de años. Si hacemos lo mismo con una planta morirá al poco

tiempo porque la vida implica relación con el entorno. Si impedimos que un animal se relacione con el medio, a los pocos minutos moriría.

El hombre, además de su dependencia biológica de sus progenitores, tiene que relacionarse con otros seres humanos para poder desarrollar su humanidad. Hoy nadie se atrevería a definir la persona como "individua substantia, rationalis natura" (Boecio). El hombre no es una mónada aislada, sino una posibilidad de relaciones que le abre a toda la creación, pero de una manera muy especial a otros seres humanos.

Está claro que el ser humano puede caer en la trampa de potenciar excesivamente su animalidad. La conciencia de su individualidad biológica puede absorberlo de tal manera que le impida el verdadero desarrollo de lo que tiene de humano. De aquí la necesidad de tomar conciencia de lo que realmente es, más allá de su biología y, de esta manera, abrirse a las posibilidades al crecimiento personal y humano.

Solo en sus adecuadas relaciones encuentra el ser humano la posibilidad de ser él mismo. Ya hemos dicho que esas relaciones van en tres direcciones: a Dios, a las demás criaturas y a sí mismo. Digo direcciones, porque estas relaciones no son simples, sino muy complejas en cada una de las direcciones. Tal vez sea esa la causa de la dificultad a la hora de gestionarlas.

Vamos a analizar esas tres direcciones clásicas, para intentar aclarar lo que pueden significar en orden a dar sentido a la existencia, bien entendido que cada una de las direcciones implica las demás. No podemos avanzar con autenticidad en una de ellas sin incluir un avance en las otras dos. Por muchos logros que consiga en una de las tres direcciones, mi desequilibrio permanecería si no avanzo en las demás.

Ahora podemos contestar a la primera pregunta: ¿me salva la oración? La oración no debemos entenderla como un dialogo con un señor poderoso y dueño de todo, incluidos nosotros, que está en alguna parte (cielo) y desde allí nos vigila, nos controla y nos premia o castiga según sean nuestras acciones. Sé que va a ser difícil, porque tenemos que superar la idea de oración (petición) que arrastramos desde el Paleolítico.

Para nosotros hoy, orar no es pedir a un Ser todopoderoso que nos saque las castañas del fuego, sino bajar a lo hondo del ser y descubrir allí la realidad última que es infinitamente más que nosotros, pero que nos fundamenta y nos posibilita el despliegue de lo que somos más allá de nuestra biología, de nuestra sicología y de nuestra capacidad mental. Eso que está más allá, es lo que nos constituye como humanos.

A lo largo de mi vida he oído cientos de veces una frase que se tenía por lapidaria: "el que ora se salva, el que no ora se condena". A pesar de que la perspectiva desde la que se decía daba a entender que salvarse era ir al cielo y condenarse era ir al infierno, la frase tiene un trasfondo que debemos analizar con detenimiento. Puede seguir siendo válida, pero cambiando un poco la interpretación que hemos hecho de ella.

Antes debemos hacer algunas aclaraciones sobre los distintos significados de la misma palabra "oración". En efecto, detrás de una simple palabra se pueden esconder conceptos muy dispares. Si no tenemos esto en cuenta, la confusión está asegurada. La riqueza de conceptos de la palabra 'oración' puede despistarnos, porque el que escribe puede hacer alusión a uno y el que lee puede pensar en otro.

Todas las acepciones del término tienen en común que se trata de una relación entre tres realidades que interactúan: Dios, hombre, mundo. El concepto de oración tiene que cambiar radicalmente, porque ha cambiado el concepto que hoy tenemos de estas tres realidades. Nadie

piensa hoy en Dios, en el mundo y en el hombre como lo hacíamos hace solo unas décadas. Vamos a hacer un brevísimo repaso de esos cambios.

Por una parte ya hemos dicho que el Dios que puede hacer y deshacer lo que quiera se desvanece por momentos. Pero sería aún más inverosímil mantener la idea de un Dios que pueda (o deba) hacer lo que yo quiera. El habernos creído con capacidad para poder manipular a Dios y hacerle entrar por el camino de nuestros deseos nos ha llevado al mayor de los ridículos.

Puesto que llamamos oración a realidades muy diversas, no podemos hablar sin más de oración como una única realidad. Por eso vamos a intentar dilucidar las distintas clases de oración. Intentemos tomar conciencia de que no se trata solo de matices sino que hay sustanciales deferencias que nos obligan tomar conciencia de realidades muy diferentes.

1) *Oración de petición.*

Es el concepto más generalizado de oración. Lo que entendemos todos en primera instancia siempre que pronunciamos la palabra oración es que se trata de rezar. Pero debemos tomar conciencia de que esa calificación no puede dejarnos tranquilos porque cualquier oración, aunque se estructure como una petición, es siempre más que simple petición. Si no fuera así, mejor haríamos en olvidarnos de ella para siempre.

Precisamente porque nunca es solo petición, no debemos echarla por la borda sin más. Además, por mucho que nos empeñáramos, nunca se podrá evitar esa actitud de súplica ante Dios, si le consideramos todopoderoso y bondadoso. Lo que debemos evitar a toda costa es la comprensión teísta e interesada de la petición a Dios, pensando que Él puede responder a mis deseos o ignorarlos.

Es verdad que en el evangelio se nos invita a esa clase de oración, "pedid y recibiréis", pero también se nos dice en él: "Ya sabe vuestro Padre que de todo eso tenéis necesidad". Por lo tanto es muy problemático acudir a frases del evangelio para convencernos de la necesidad de la oración de petición a Dios. Por otra parte, en aquel tiempo sí creían que Dios hacía y deshacía a voluntad la realidad material.

El fracaso de las falsas expectativas puestas en la oración de petición ha hecho que muchas personas se alejen de Dios. No se puede creer en un Dios que condiciona sus dones a que se lo piden con insistencia. O, peor todavía, que conceda algo al que se lo pide y se lo niegue al que no se lo pide. El colmo del absurdo es constatar que un Dios, que es amor, te niegue lo que le pides. Este intento de manipular a Dios viene de lejos.

Hoy hemos asumido que lo que sucede en cada instante en el mundo no depende del capricho de un Dios todopoderoso. Ya hemos dicho que Dios lo está haciendo todo en cada instante, suponiendo que se pudiera hablar así de Dios. Dios nos lo está dando todo siempre. Comprenderéis que no tiene mucho sentido seguir implorando a un Dios que ya nos lo ha dado todo, y que ni siquiera puede dejar de darme lo que me está dando.

Y sin embargo, necesitamos manifestar nuestros sentimientos de radical impotencia, necesidad, pobreza. Necesitamos verbalizar nuestras limitaciones, nuestras esperanzas y deseos incumplidos. Necesitamos manifestar estos anhelos de seres desvalidos y destrozados por las limitaciones de toda índole y desahogarnos así ante el que consideramos Ser Supremo. Esto no tiene nada malo. Lo malo es esperar una respuesta concreta.

Por otra parte, también descubrimos la inutilidad de la oración de petición a un Dios que sabemos impasible, silencioso, oculto. Sabemos que las cosas no van a cambiar. La experiencia nos dice que Dios no está ahí fuera para sacarnos las castañas del fuego. Dios no es un tapa-agujeros que

anda cambiando la realidad material. Pero como seres desvalidos y míseros, seguimos necesitando mantener la ilusión de que es así.

Después de lo dicho, ¿puede tener algún sentido la oración de petición? Si la hacemos para informar a Dios de que tenemos tal o cual necesidad, es ridículo. Si la hacemos para forzar a Dios a realizar una acción, sería pura magia. Si la hacemos para que Dios se ponga de mi parte en contra de otros o de la misma realidad, es absurdo. Y si la hacemos pidiendo a Dios que dañe a otra persona, la baja moral llega a límites inconcebibles.

Pero decíamos antes, que la oración es siempre algo más que petición. Ese plus es el que puede dar sentido a toda oración de petición. Precisamente porque Dios calla me hace traspasar la dinámica de un Dios útil y provechoso para mí. Nos encontramos así con la paradoja de que la oración de petición es útil, precisamente cuando Dios no responde. El atrevernos a pensar nos puede llevar a esta aparente contradicción.

La oración de petición es como un psicoanálisis, solo el silencio del psicoanalista hace posible que el paciente "verbalice" su interioridad y descubra su auténtica realidad. Le permite tomar conciencia de sus deseos y miedos y así puede dar el paso hacia la aceptación de sí mismo tal como es. Esta aceptación de su realidad interior es el primer paso para alcanzar la armonía. Éste sería el mayor beneficio de la oración bien entendida.

Orar no es hablar con Otro, sino relacionarse consigo mismo imaginando estar en presencia del Otro. Es la autocomprensión del ser humano que reflexiona sobre sí mismo. En la oración de petición, el ser humano habla desde sí mismo, pero no a otro Ser que le escucha sino ante su propia realidad que tiene que aprender a comprender. La oración de petición consigue que una parte de nosotros mismos conecte con todo el ser que soy.

La oración no se hace para que Dios cambie las cosas, se hace para que el hombre pueda ver la realidad de otra manera. El silencio de Dios le puede permitir descubrir su propio ser y dejar a Dios que siga siendo Dios. El silencio de Dios impide que yo pueda manipularle y convertirlo en un monigote. La primera consecuencia de esta conciencia sería un más profundo conocimiento de lo que es Dios, descubriendo lo que no es.

Si el que ora cree que Dios le ha escuchado, es muy probable que el orante permanezca en una falsa postura vital; ni acepta a Dios tal como es ni se acepta a sí mismo con sus limitaciones. Si toma conciencia del silencio de Dios, tal vez tome conciencia de que Dios es otra cosa. Salir de esa falsa perspectiva sería una de las consecuencias más provechosas de la oración de petición.

Quiero comentar, aunque sea muy brevemente, el uso que hacemos de oraciones prefabricadas. Todos los días estamos empleando oraciones que otros han elaborado, empezando por el Padrenuestro. Esto es sin duda un signo de pobreza espiritual. Ante esa pobreza tenemos que aceptar la limosna de la experiencia religiosa de otro. Toda oración, incluso la de petición, tiene que salir de lo hondo del ser; si no, es artificial.

Esa oración que tomamos prestada corre el peligro de no responder a nuestra actitud personal del momento. Debemos tener presente que la oración es uno de los actos más profundamente humanos, pero puede ser también uno de los actos más artificiales y vacíos de nuestra religiosidad. La inmensa mayoría de nuestros rezos oficiales no son más que verbalizaciones mecánicas que nada pueden significar.

La mayoría de las fórmulas de oración están hechas desde una comprensión de Dios completamente distinta a la nuestra. Esto anula la posibilidad de identificarnos con lo que expresan sin distorsionar la actitud del orante. El que tengamos que seguir utilizándolas, es un

signo más de decadencia espiritual. No acabamos de comprender que ante Dios, el valor absoluto lo tiene el silencio, no las palabras.

Incluso las oraciones de la Biblia, pueden resultarnos vacías, porque han nacido de una concepción de Dios, mundo y hombre, hoy incomprensible para nosotros. No hay oraciones mejores o peores. Hay oraciones auténticas o vacías de contenido, es decir, artificiales. Esa artificialidad en nuestras relaciones con Dios nos ha mantenido en el limbo espiritual.

La oración de intercesión, es decir, la que se hace a favor de otra persona es otra clase de oración muy frecuente entre nosotros. La oración de los fieles en la misa responde casi siempre a esta categoría. Puede ser un signo de solidaridad con la desgracia o la carencia ajena, pero su artificialidad suele dejar sin contenido la inmensa mayoría de las peticiones.

Solo ayudará a los demás en la medida que nos haga más humanos. Si pedimos por los que pasan hambre para que consigan alimentos pero no movemos un dedo para ayudarles, podemos quedarnos muy tranquilos, después de haberle pasado la patata caliente a Dios, pero en la práctica no tiene ninguna utilidad ni para los hambrientos ni para nosotros.

Existe otra dimensión de la intercesión que no podemos descartar. Hoy sabemos que existe la posibilidad de poner en marcha unas energías que pueden influir en otras personas. El campo de la parasicología está aún sin explorar. Nos esperan muchas sorpresas. Podemos hacer mucho por los demás, pero no porque se lo pidamos a Dios sino porque al preocuparnos seriamente por otro, ponemos en marcha energías increíbles.

2 Acción de gracias y alabanza

Es otra manera de relacionarnos con Dios que ha tenido mucha importancia en la Iglesia. Casi toda la liturgia tiene su base en esta clase de oración. No debemos pensar que Dios quede satisfecho cuando hacemos bien los ritos. Una ceremonia litúrgica solo tiene sentido si con ella se crea un marco para que surja la vivencia interior de cada participante.

Todos los actos externos que podemos realizar en la liturgia deben realizarse para bien de los seres humanos que celebran y participan en los ritos, no para Dios. Dios ni tiene ojos para ver nuestras ceremonias ni tiene narices para oler nuestro incienso ni tiene oídos para oír nuestros cantos. Solo si nuestro interior cambia con esos ritos, Dios quedará tocado, porque ahí, en lo hondo de mí, sí está Él, viviendo en mi lugar.

Esto no quiere decir que nuestra liturgia sea inútil. Cuando la Realidad Última escapa a nuestros sentidos, los humanos tenemos un recurso muy útil para suplir esa falta de presencia sensible. El mundo de los símbolos y las metáforas pueden ayudarnos a paliar esa necesidad de percibir por los sentidos. La trampa a superar es la de confundir los símbolos con la realidad y caer en el fetichismo o en la mitología.

La única manera que tenemos de hacer presente lo divino es apoyarnos en los gestos y palabras simbólicas que nos pueden transportar a otro mundo sin dejar de estar en éste. Un enfoque adecuado de todo este tema podía ayudar de gran manera a nuestra relación con la trascendencia. Bien entendido que lo importante no es lo que hacemos o decimos, sino descubrir en nosotros la realidad que intentamos significar.

3 Meditación

En el lenguaje corriente es frecuente confundir meditación y contemplación. Hay diferencia entre las dos, aunque la distinción no sea del todo adecuada. Meditación sería, todo discurso

intelectual sobre las realidades trascendentes. En ella hay un tema sobre el que se hace la reflexión. La protagonista es la razón. El conocimiento racional de nuestra tradición nos puede ayudar a descubrir el camino de nuestra plenitud.

La meditación así entendida, es imprescindible para todo proceso espiritual. Se trata de utilizar la misma capacidad de razonar para el provecho espiritual. Solo la razón puede desmontar el tinglado que ella misma organizó. También las posibilidades de la razón tienen que ponerse al servicio de la parte espiritual del ser humano. Pero esa oración discursiva puede quedarse en puro proceso intelectual sin llevarnos a la vivencia. En este caso, el único beneficio es intelectual.

Debemos ser muy conscientes de que la meditación es imprescindible, pero solo como preparación para entrar en una verdadera intimidad con Dios, que es lo que puede llevarnos a vivir la experiencia de su presencia en nosotros. La meditación no podemos proponerla como un fin en sí misma sino como una ayuda para llegar a la vivencia. Sin una asidua meditación nunca llegaremos a la contemplación.

4 *Contemplación*

Contemplar sería abrirse a la consideración directa de la verdad trascendente sin discurso racional ni tema concreto. También aquí la protagonista es la mente, pero en la posibilidad que tiene de ir más allá de la capacidad de razonar. La mente deja de razonar, pero su atención es extrema, y su capacidad de penetración, absoluta. Sería poner en marcha una facultad de la mente que los clásicos llamaron intuición y que los humanos de nuestro tiempo hemos ignorado absolutamente.

Para llegar a esta clase de oración tenemos que sobrepasar la capacidad de razonar en la que se apoya toda nuestra vida sensible. La mente tiene que ser despojada de toda su capacidad discursiva y ser capaz de cesar en su actividad manipuladora. Esto es mucho más difícil de lo que parece. De hecho la mayoría de los seres humanos no saben que tienen esa facultad de ser conscientes sin necesidad de razonar.

Cada una de las clases de oración es ya una cierta relación con Dios. En la contemplación nos relacionarnos directamente con el Ser que es el fundamento de nuestro propio ser. No se trata de una relación entre dos seres sino de la experiencia de unidad entre lo que soy y lo que Él es. La dificultad de esta oración consiste en que no se descubre en ella ninguna utilidad práctica. Esto es en nuestro tiempo una barrera infranqueable.

En realidad sería el tiempo más provechoso de nuestra vida porque nos permitiría crecer en nuestro verdadero ser. Nunca debemos tomarnos esta oración como una obligación, sino como una posibilidad, profundamente humana, que tenemos que aprovechar al máximo. Esto no quiere decir que no tengamos que procurar mantener un ritmo de frecuencia que nos permita asegurar una continuidad.

No se trata de ponernos enfrente de otro ser que llamamos Dios sino de centrar la atención en nuestro propio ser y descubrir allí el Ser de Dios. No estamos hablando de una relación de un yo con un Tú, sino de descubrir que no puede existir mi yo sin ese Tú. Esta toma de conciencia es el primer y más importante paso para entrar en la dinámica de la oración contemplativa.

Debemos ser conscientes de que no hay que conseguir nada. Ya dijimos que esta oración es lo más "inútil" que existe para nuestro falso ser. Pero para el auténtico ser, esta oración es la más alta posibilidad que se nos ofrece. Si de verdad pretendo aproximarme a una verdadera salvación, esta oración es el mejor camino para alcanzarla. Es imposible concebir un ser humano desarrollado que no se preocupe por esta conexión.

Tampoco se trata de esperar de Dios que añada a mi ser algo que aún no tengo. Se trata de tomar conciencia de lo que ya soy. Por nuestra parte nada podemos añadir y Dios tampoco puede añadir nada a lo que ya somos, porque todo lo que puede darnos ya nos lo ha dado. En esto que parece tan sencillo, estriba el mayor obstáculo para nuestra vida espiritual.

Dios es espíritu y no puede llegar a mí a través de los sentidos. Todo lo que oiga o vea de Dios es un engaño. Pero, por ser espíritu, tampoco puede apartarse de mí un solo instante. La única manera de salir de una relación mitológica con Dios es experimentarlo como unidad inextricable. Mi único objetivo es tomar conciencia de la verdadera realidad de mi ser, que se identifica con lo que Él es en mí.

Ya hemos dicho que con esa realidad trascendente no puedo conectar a través de los sentidos. Lo traumático es que tampoco puedo conectar a través de conceptos o reflexiones racionales. Esto nos desconcierta porque hemos puesto en la razón una confianza ilimitada. El único camino para esa conexión es descubrirla a través de la intuición, a través de mi propio ser, donde Dios se está manifestando siempre.

La razón puede servir para evitar engaños, para desmontar todo el andamiaje que hemos fabricado a través de milenios. La razón nos puede ayudar a superar el lenguaje mítico que se ha empleado para hablar de la religiosidad. Más allá de la razón podemos quedar a merced de otra facultad que nos llevará más lejos que la misma razón: es tomar conciencia de que se puede llegar a conocer la Verdad de manera no discursiva.

Para llegar a esta clase de oración no puede haber una hoja de ruta detallada, mucho menos atajos. Lo que más puede desanimarnos es que no podemos programarla, ya que vivimos en una sociedad donde todo es fruto de una programación. En nuestro mundo el éxito o el fracaso se mide por la consecución de resultados. Para la sociedad de consumo la contemplación aparecerá siempre como algo completamente sin sentido.

Si decidimos intentarlo, estaremos deseando que alguien nos diga qué tengo que hacer. El problema resulta ser que en esa materia ni hay una programación ni camino trillado. Si lo intentamos, pronto aparecerá el desánimo, porque al no conseguir resultados constatables, abandonaremos pronto la tarea. Como especie aún no estamos preparados para afrontar esta apertura total al ser. No es algo espontáneo que nos viene en el ADN, tiene que ser un logro personal.

¿Salva el ayuno?

A pesar de la mala prensa que tiene hoy todo lo que huele a privación, debemos asumir que es una actitud básica para nuestra vida espiritual. El ayuno no debemos entenderlo como una exigencia externa contraria a nuestra naturaleza, pero imprescindible para que Dios me perdone los fallos que irremediablemente voy cometiendo a lo largo de mi vida. El ayuno no debe tener un carácter reparador, sino preventivo.

Entendemos aquí por ayuno toda práctica de sacrificio o renuncia voluntaria orientados al crecimiento de la vida espiritual. La palabra ayuno quiere decir en este caso todo acto de mortificación o de esfuerzo por conseguir algo bueno para la integridad de mi ser o que evite algo negativo que me aparte de mi autenticidad, aunque no implique un mal por sí mismo.

Se trata de una actitud que me lleve a considerar un fin último adecuado y a tomar conciencia de que para alcanzarlo debo de poner los medios adecuados. Sin esfuerzo no hay posibilidad de alcanzar una verdadera plenitud humana. Nuestra radical limitación nos obliga a elegir

constantemente, y, a veces, la elección exige renunciar a lo que me agrada o hacer lo que me disgusta, buscando el bien integral de mi persona.

El ser humano es un complicado conglomerado, no solamente en el orden biológico sino en el orden psicológico. No es un simple compuesto de alma y cuerpo como afirmó la filosofía griega, sino que el cuerpo está constituido por billones de células que se organizan en grupos homogéneos formando tejidos y órganos. Esa complejidad es la que lo hace posible.

La unidad biológica del conjunto se consigue gracias a una misteriosa fuerza unificadora que llamamos vida. La muerte sobreviene cuando, aun permaneciendo aparentemente idénticas todas sus partes, ha desaparecido la energía vital que hace posible la adecuada relación mutua. Tomar conciencia de la tarea de esta energía que está más allá de los componentes es vital para comprender lo que es un ser vivo.

Lo que llamamos alma tampoco es algo tan simple como presumían los griegos. Tenemos sentimientos, emociones, apetitos, pasiones etc. he leído en alguna parte que se podían distinguir hasta catorce elementos espirituales en la constitución de nuestro ser psicológico. El descubrimiento del subconsciente ha ampliado enormemente esa diversidad.

La unidad del ser es el fruto de una adecuada interacción entre todas las partes. El deterioro de la persona puede llegar por falta de integración de esas diversas partes. Si uno de los componentes no está integrado o se desarrolla a costa de los demás, el desequilibrio está asegurado y la posibilidad de llegar a una plenitud humana queda truncada. Cada parte tiene que estar ordenada al fin total de la persona.

El cáncer no es más que el desorbitado desarrollo de unas células que escapan al control del conjunto del organismo vivo. No podemos ignorar y mucho menos eliminar el objetivo específico de cada una de esas partes, pero la armonía entre todas ellas no podemos darla por supuesta. En el orden psicológico esa armonía es más complicada que en fisiológico.

El instinto es un inmenso cúmulo de información, almacenada durante miles de millones de años de evolución, del que no podríamos prescindir ni un sólo instante. Desarrollar intelectualmente el proceso de una simple digestión llevaría horas de ejercicio. Si lo quisiéramos poner por escrito ocuparía varios volúmenes. Si tuviéramos que hacer conscientemente una sola digestión, antes de concluir ya habríamos muerto de hambre.

La psicología profunda nos ha enseñado que, incluso en lo que creíamos que pertenece al ámbito de la conciencia, hay áreas inmensas que escapan a nuestro control consciente; y también con esas áreas tenemos que estar en armonía e integrarlas en nuestra totalidad. Como en el orden biológico llamamos vida a esa energía que no podemos determinar, también en el orden espiritual podemos llamar Vida a esa energía que nos unifica.

La armonía entre todas esas partes que nos constituyen no es algo que debemos dar por supuesto, porque la razón puede intervenir y de hecho interviene para sembrar la discordia. Nuestra capacidad de elección, limitada por nuestro imperfecto conocimiento, nos puede jugar una mala pasada y hacernos elegir lo que es malo, creyendo que es bueno.

Las partes inferiores, decíamos más arriba, tienen sus propias metas. Si la razón cae en la trampa de aceptar esas metas particulares como objetivo último, aparece la desarmonía que podíamos considerar en lenguaje tradicional pecado. Y es pecado, porque el quedarme en esas metas me impide llegar al verdadero desarrollo que me exige mi condición de ser humano.

Puesto que es la razón la que ha desencadenado el desorden, solo desde la mente consciente se puede recuperar y mantener esa armonía. ¿Cómo? Poniendo a cada sentido, a cada apetito, a

cada pasión en su sitio, y no dejando que ninguno de ellos se alce con el santo y la limosna. Tarea nada fácil, porque la fuerza de las partes inferiores es más eficaz de lo que pensamos

Ahora bien, cada vez que la razón tenga que intervenir para poner orden, las partes inferiores afectadas lo interpretarán como una injerencia y reaccionarán causando dolor o sufrimiento. De ahí nace la necesidad del esfuerzo para alcanzar una armonía que haga posible lo humano. La parte superior no puede renunciar a ese control, aunque le exija esfuerzo.

¿Conseguirá la razón hacerse con la situación? Unas veces lo conseguirá y otras no; o por lo menos no al primer intento. Depende del grado de desorden (hábitos malos) que se haya originado, y del esfuerzo que cada individuo esté dispuesto a hacer para restablecer el orden. Esta es la razón por la que no puede haber unas normas absolutas que nos permitan acertar siempre. Cada ser humano es un mundo que debe desplegarse.

La estrategia para que la mente pueda mantener el orden en todo momento es un constante ejercicio de control por su parte. Para tener éxito en esta tarea, no debemos esperar a que un instinto se desmande antes de hacerle entrar en razón y mantenerlo a raya. Aquí está la base del sacrificio voluntario, penitencia o ayuno. Es muy importante tener esto en cuenta.

Ninguna privación tiene sentido por sí misma. Ni Dios puede desear que suframos, ni nos va a premiar el esfuerzo con gracias especiales, ni por ello se van a perdonar nuestros pecados. Sería negar la gratuidad del amor de Dios. Pero las privaciones voluntarias son un ejercicio imprescindible para que un ser humano se pueda encaminar hacia su plenitud.

La capacidad que tiene el ser humano de analizar los acontecimientos le lleva a descubrir la sinrazón del dolor bajo todas sus manifestaciones: injusticia, enfermedad, muerte. Al encontrarse ante este muro infranqueable ha intentado buscar una salida más profunda a su existencia, más allá de los objetivos inmediatos que pudieran parecer apetecibles para él.

Tal vez solo ante lo inaceptable de tanto dolor gratuito y sin sentido aparente, se ha buscado el verdadero sentido de una vida humana más allá de él. Una persona humana que encaja la existencia del dolor, será capaz de alcanzar la verdadera meta de su vida. Superar la trampa del placer a toda costa nos puede encaminar hacia el verdadero objetivo de nuestra existencia.

Todos buscamos la felicidad, pero la mayoría de las veces la buscamos donde no está: en la satisfacción de los sentidos y de las partes inferiores del ser, buscando solo el placer inmediato. El desarrollo de la persona tiene que estar en lo que tenemos de específicamente humano, es decir la inteligencia (no la razón) y la voluntad, desplegadas desde una conciencia despierta.

Este será el más importante descubrimiento de una persona para poder orientar la trayectoria que dé sentido a su vida. Darse cuenta de hacia dónde tiene que orientar sus pasos para llegar a la plenitud de ser. Esa plenitud de ser la tiene que conseguir poniendo en marcha todos sus recursos. Ahí estará su felicidad plena. Ahí debe encontrar su verdadera salvación.

Suelo poner el ejemplo de un proyector que se enfocaba automáticamente. Pero un día ese sofisticado proyector se estropeó y en vez de enfocarse se desenfocaba también automáticamente. En esa nueva situación, cada vez que se cambiaba de diapositiva, tenía que estar uno sujetando la lente porque si no, se iba la imagen. Lo que había sido una ventaja considerable, se había convertido en un inconveniente fatal.

Esa tendencia a desenfocarse había que contrarrestarla con violencia en el objetivo. Si en el ser humano no existiera esa tendencia a desenfocarse automáticamente, no sería necesaria una virtud de la penitencia, que vuelve a poner las cosas en su sitio. Una vez que, por nuestras

limitaciones cognoscitivas, las hemos sacado de su lugar, tenemos que hacer un constante esfuerzo por restaurar la armonía perdida.

Esta tendencia no nos viene de ningún pecado de Adán ni de Eva. Tampoco es la consecuencia de haber perdido ningún estatus de bienaventuranza anterior. Mucho menos se debe a tentaciones venidas de algún ser empeñado en hacernos daño (diablo). El ser humano no desciende de ningún estado de perfección primitivo sino que asciende de estadios biológicos anteriores siempre menos perfectos.

Lo que nos lleva a la radical equivocación es la inercia de tres mil seiscientos millones de años de evolución. Esa fuerte resaca me inclina a creer que el objetivo de mi existencia es puramente biológico, es decir, mantener mi vida por encima de todo, buscar la mayor seguridad para mi yo y la supervivencia de la especie. Ese objetivo, que es el de cualquier ser vivo, no es suficiente tratándose del hombre con capacidad de trascender.

Esta equivocada actitud nos lleva a valorar el placer que dan los instintos, las pasiones, los apetitos, los sentimientos, más que cualquier otra consideración. Poner la razón al servicio de estas facultades inferiores es la gran tentación de todo ser humano. Es una trampa de la que es muy difícil escapar, porque el placer sensible e inmediato tiene una gran fuerza de atracción

El placer que proporciona la satisfacción de los instintos, así como las pasiones y los apetitos no son malos; lo único que hacen es buscar su objeto propio y eso es bueno en sí mismo. Un instinto solo puede ser maleado por la razón, es decir, cuando su fin secundario (producir placer) se disocia del fin propio del instinto y se busca el placer como primer o único fin.

Entonces se antepone el fin del instinto al de toda la persona con lo que ésta se deteriora como humana. En ese caso la razón se pone al servicio del instinto e inclina a todo el ser del hombre hacia ese objeto que, aun siendo bueno, es parcial y limitado y, si nos impide la consecución del fin último, se convierte en malo. Pararse a sopesar estas consideraciones no es lo normal; lo normal es dejarse llevar del hedonismo.

Lo que debe hacer la mente es humanizar los instintos. Lo que era una pura tendencia instintiva debe convertirla en humana. El instinto sexual se debe convertir en instrumento de comunicación y de expresión de amor. El comer se puede convertir en medio para una profunda comunicación humana. En el ser humano los instintos no se dan en estado puro: o se elevan o se degradan por la intervención de la mente.

Desde esta perspectiva, ayunar quiere decir que la parte superior del ser humano, es decir la mente, tiene que ordenar todo el ser hacia el fin que la inteligencia descubre como el supremo bien para el hombre. Esto lleva consigo contrariar los impulsos primarios del animal que intentan por todos los medios poner a la razón al servicio de sus intereses, solo con el objetivo de evitar el dolor o alcanzar placer sensible inmediato.

Lleva también consigo la renuncia al placer o la aceptación del dolor cuando su consecución o su rechazo pueden dañar al conjunto de la persona. El placer no es el objeto de los instintos sino solo un medio, pero la razón puede buscar el placer como fin último y de esa manera conducir a todo el ser hacia una meta equivocada. Solo teniendo claro el fin último de la persona conseguiremos armonía en nuestro propio ser.

Hoy más que nunca se plantea abiertamente la utilidad o la inutilidad de estas prácticas penitenciales que llevan consigo esfuerzo y sacrificio. Me parece una cuestión importante y la respuesta no es tan sencilla. Creo que el valor de cualquier sacrificio depende de la actitud de la persona que lo hace. Sinceramente creo que la mayor parte de los sacrificios que hacemos son inútiles por no estar bien orientados.

En una sociedad en la que prima el hedonismo es muy difícil convencer a los jóvenes del valor del sacrificio o del esfuerzo, como no vean en ello un beneficio material para sí o para otra persona. Su reacción es justificada porque se les ha explicado mal por qué es beneficioso, incluso necesario, un sacrificio buscado voluntariamente. La tarea no es convencerles de que hay que hacer un sacrificio, sino hacerles ver sus ventajas.

Los jóvenes de nuestra sociedad tienen muy claro que merece la pena hacer un sacrificio para ayudar a los demás en lo puramente biológico. Nunca como en nuestro tiempo estuvo tan extendido el voluntariado entre ellos. No sería tan difícil convencerles de que, con mucha más razón, debo hacerlo para ayudarme a mí mismo en lo que me tenía que importar mucho más: desplegar en mí lo verdaderamente humano.

Para encontrar el valor del sacrificio hay que partir de la condición del ser humano como ser en vías de realización. Tenemos que llegar a ser más, desplegando todas nuestras posibilidades. La meta de todo ser humano está más allá de lo que piden los genes. Pero también más allá de lo que pide nuestro instinto y nuestra psicología.

La evolución de los seres vivos ha sido posible gracias a que en todas las épocas algunos individuos trataron de ir más allá de lo que ya eran. Eso solo se puede lograr con esfuerzo, renunciando a la comodidad de gozar de lo ya conseguido. Podíamos considerar el sacrificio como un entrenamiento para lograr cotas más altas de humanidad, superando así la tentación de limitarnos a disfrutar de lo que otros han conseguido.

En el desarrollo de una vida humana es fundamental descubrir que el objetivo no es el satisfacer los sentidos, los apetitos, las pasiones, los sentimientos, etc. No es lo más importante el permanecer como ser vivo, como animal, lo verdaderamente importante es que todo mi ser esté encaminado a crecer espiritualmente, humanamente, divinamente.

De esta actitud nace la necesidad de ir más allá de los instintos, de orientarlos, de no dejarse arrastrar por lo cómodo. Eso solo se puede conseguir con un ejercicio de entrenamiento. Si no soy capaz de refrenar mi apetito, o mi vista, o mi sexualidad, me arrastrarán hacia formas inhumanas de ser. Con mis privaciones voluntarias me estoy capacitando para que mi humanidad esté siempre por encima del instinto y no al revés.

Ni siquiera en el orden biológico el dolor es algo negativo en la existencia humana; el que una realidad me cause dolor no quiere decir, sin más, que sea negativa para mi propio ser biológico. Hacer una cosa aunque me duela, o dejar de hacer algo que me causa placer, es la verdadera señal de que el objetivo de mi vida está más allá de lo sensible.

Debemos superar el hedonismo, pero también tenemos que huir de todo masoquismo. La Iglesia no siempre ha sabido mantener el equilibrio entre estos dos extremos. El sufrimiento como tal no reporta ningún beneficio. El sufrimiento es positivo solo cuando es consecuencia de haber elegido un objetivo superior a lo puramente sensible, que solo podemos conseguir renunciando al placer inmediato.

¿Salva la limosna?

La limosna no debemos entenderla como la renuncia dolorosa a algo que nos pertenece para conseguir la benevolencia de un Dios que me exige sacrificios para poder ponerse de mi parte. La mayoría de los cristianos la hemos entendido más o menos así, por eso no es extraño que la hayamos tirado por la borda. Con mayor motivo si la hemos asociado con la postura de Dios el día del juicio con vistas salvarme o condenarme.

De las tres relaciones que estamos estudiando, esta es la más complicada. Es la que mejor nos puede manifestar la falta de aceptación del evangelio y la falta de maduración personal. Podíamos considerar que la oración y el ayuno son el ordenador, que procesa en su interior los datos y que la limosna es la pantalla donde se refleja lo que hay dentro del ordenador. Para saber lo que hay dentro debo mirar la pantalla.

Con frecuencia nos empeñamos en que salga algo en la pantalla sin haber puesto previamente en marcha el ordenador. Sin oración y sin ayuno, tal como lo hemos explicado, es imposible que haya verdadera limosna, es decir, un don de sí mismo a los demás que me lleve a un enriquecimiento personal. Sin oración y ayuno solo puede haber una programación que será siempre estéril. Si no tenemos esto en cuenta viviremos engañados.

Una plena conciencia de lo que soy me llevará al descubrimiento de lo que son los demás y de los lazos que nos unen inextricablemente a todo el universo. Formo parte de un entramado que llamamos creación, donde todos estamos relacionados con el creador que está en la base de mi ser y que es lo que me constituye en criatura. En ese Ser todos somos uno. Esa fuerza que nos une la llamamos Amor.

Toda la evolución del universo desde la multiplicidad del big-bang, está basado en un proceso de unificación. En realidad, evolucionar es caminar hacia la unidad. También los seres vivos se fueron perfeccionando a medida que fueron capaces de integrar en un solo ser múltiples células, cada una con sus tareas específicas, pero orientadas todas al fin común, la vida.

Así los seres humanos capaces de pensar han descubierto que la más alta cota de ser solo se puede conseguir a base de acercamiento y unidad entre todos los seres. Esa unidad no es ya física, sino mucho más profunda y fuerte; podemos llamarla espiritual. La experiencia de esa unidad solamente la puede conseguir el ser humano por su capacidad de pensar, de descubrir y valorar realidades no materiales.

El individualismo, la pretensión de conseguir un objetivo exclusivo para mí, independientemente, o a costa de los demás, fue la meta para todos los seres vivos a lo largo de la evolución; es más, solo el egoísmo de los seres vivos podía conseguir una evolución que estaba orientada a la supervivencia del individuo y de la especie. Si cada individuo no hubiera luchado por conseguir la permanencia en la vida, nada se hubiera alcanzado.

Ahora el objetivo de un ser humano no puede quedar reducido a lo biológico. Su inteligencia y su voluntad le capacitan para buscar un objetivo más hondo, espiritual. Esa meta debe ser también la unidad, pero no cerrada en mi propio ser, sino abierta a todos los demás. El pretender una meta exclusiva para mí en el orden espiritual y humano, es una contradicción.

En el mensaje de Jesús, a esta toma de conciencia de la unidad entre todos los seres humanos y aún entre todos los seres de la creación, se le llama amor. Amor es idéntico a unidad. Amar es salir del aislamiento del ego e identificarse con el Tú y con todos los "tús". Esta actitud fundamental del ser humano, no se puede detectar directamente, por eso no tenemos más remedio que descubrirla a través de sus manifestaciones: la limosna.

La limosna es uno de los temas clásicos de la cuaresma. Con frecuencia hemos reducido demasiado el significado de esta palabra. Para cualquier cristiano significa que hay que dar de lo que nos sobre a los que tienen necesidad: dinero, ropa, alimentos... Debíamos entender por limosna el ser capaces de dar algo de nosotros mismos en beneficio de los demás.

Pero tampoco esto sería exacto, porque en todo don de sí mismo el primer y fundamental beneficiado es el que hace el don. Es curioso que solo cuando no intentamos aprovechar en

beneficio propio una acción, esta nos enriquece de verdad. No se trata de dar algo que me pertenece a otro que lo necesita. Se trata de salir yo de mi egoísmo y sentirme uno con el otro.

Creemos que cuando hacemos algo para remediar una necesidad de otro el objeto de esa acción es ayudarlo, y por lo tanto, el beneficiado es el socorrido. Sin embargo eso no es así. Cuando hago una limosna desde una actitud de identificación con el otro, el que salgo ganando soy yo, porque me he acercado un poco más a la plenitud de ser a la que aspiro.

No se trata, en primer lugar, de socorrer una necesidad del otro, sino de crecer yo en humanidad, que es mucho más importante. Si no hago esa acción desde esta perspectiva, en efecto la primera y la única consecuencia de mi acto será el sacar al otro de un apuro. Esto pasa siempre que lo hacemos no desde un convencimiento sino desde una programación.

Las consecuencias de esto que acabo de decir son enormes. Fijaros que, en contra de lo que pueda parecer, el objetivo de las ayudas a los demás a cualquier escala, no es sacar de la miseria a millones de seres, ni siquiera impedir que se mueran de hambre. El primer objetivo tendría que ser el crecer en humanidad los que no tenemos esas carencias.

La verdadera miseria de nuestro mundo no es que millones de personas carezcan de lo más imprescindible para vivir, sino que una gran parte de la humanidad somos tan inhumanos que no sentimos la necesidad de salir de nosotros y darnos a los demás. La principal tarea de transformación no está en el tercer o cuarto mundo, sino en el primer mundo.

En nosotros los ricos se encuentra la verdadera miseria. Los ricos tenemos mucha más necesidad de liberación que los pobres, porque tenemos más peligro de hacernos inhumanos. Es mucho más difícil liberar al rico de su riqueza que al pobre de su pobreza. No tiene ningún sentido decir: ¿qué puedo hacer yo? Tú lo puedes hacer todo. Lo que se te pide no es remediar la necesidad del mundo, sino que tú seas cada día más humano.

Fijaros bien hasta qué punto tiene que cambiar nuestra perspectiva para que entremos en la dinámica del evangelio. Entrar en el Reino de Dios sería entrar en la dinámica de las bienaventuranzas, que no responden a ningún planteamiento racional, sino a una vivencia. Ellas demuestran que se puede ser más con menos, lo cual nos arrancaría de todo egoísmo.

Esa actitud fundamental de la persona, tiene que nacer de dentro; no basta con que aceptemos una programación por compasión o pena. Tenemos que convencernos de que los necesitados, son una ocasión que se me brinda para salir de mi egoísmo, y, saliendo de mí individualismo, poder crecer en la verdadera dirección que me lleva a una plenitud de humanidad.

Pretender una salvación espiritual desentendiéndome de lo que les pasa a los demás seres humanos es un contrasentido. Solo el amor libera, pero el amor llegará cuando hayamos tomado conciencia de lo que realmente somos y de lo que son los demás. El amor que no se manifiesta en mi entrega sin límites a los demás, puedo estar seguro de que no existe.

La rosa que crece en el campo en cuanto se abre esparce su perfume. Para dar olor tiene que desprenderse de algo de sí misma para llegar al otro; solamente de esa manera puede desarrollar su ser de rosa. Si fuera de plástico no tendría nada que dar de sí, no sería rosa. La vela está fabricada para dar luz, pero es imposible que cumpla su función sin consumirse.

Estamos hechos para darnos. Lo específicamente humano está en la capacidad de convertirse en don, pero queremos cumplir nuestra meta aprovechándonos de los demás para afianzar nuestro ego. Por mucho que nos empeñemos eso no puede funcionar. La meta del ser humano está en darse totalmente, en deshacerse en beneficio de los demás.

Eso es lo que nos enseña Jesús con su predicación y vida. Pero hemos tergiversado el mensaje hasta convertirlo en una manera segura de garantizar y potenciar nuestro ego. En todo caso, hemos aceptado el darnos a los demás como estrategia para conseguir un estatus superior que nos saque de nuestras limitaciones: el dolor, la enfermedad, pero sobre todo la muerte.

¿Nos salvará la ecología?

A estos tres temas clásicos hoy tenemos que añadir la ecología. La relación del hombre con la naturaleza ha adquirido en los últimos tiempos una importancia decisiva. La ciencia y la técnica nos han dado hoy una capacidad destructiva que no ha tenido nunca antes. El futuro de la vida en nuestro querido planeta está en nuestras manos. Mejor dicho, está en nuestras manos la capacidad de destruir la vida sobre la tierra, por lo menos la vida de los animales superiores entre los que nos encontramos.

La destrucción del medio en que tiene que desenvolverse la vida más desarrollada puede ser en muy poco tiempo irreversible si no ponemos remedio. Conocemos numerosas extinciones masivas a través de los tiempos, pero nunca como ahora se había llegado a una situación límite que puede hacer desaparecer la totalidad de la vida. El hombre tiene la clave que puede hacer posible la vida biológica desarrollada sobre la tierra. Es algo muy serio que tenemos que asumir.

Es verdad que se ha utilizado el problema para lanzar toda clase de soflamas y amenazas que hacen sospechar intenciones espurias. Sinceramente no creo que el hombre tenga la capacidad de cambiar drásticamente el clima terrestre, pero aun así debemos mantener la conciencia de que aunque no se deba totalmente a la acción humana, está en nuestras manos cambiar la tendencia o por lo menos retrasarla.

El Papa acaba de publicar una preciosa encíclica en la que aborda el tema con amplitud y claridad. No tiene desperdicio, y todo cristiano debería leerla para tener ideas claras sobre un tema que se presta a tantas distorsiones y que, de hecho, se está manipulando sin escrúpulos. El Papa nos advierte de que todos debemos tomar conciencia de la responsabilidad que nos corresponde en el mantenimiento de las condiciones de vida.

No podemos dejar la solución en manos de los políticos, que se mueven siempre por objetivos partidista y un día dicen una cosa y al día siguiente la contraria. Todos somos responsables del deterioro del medio ambiente. Todos tenemos que trabajar para que un progreso sostenible sea la tónica de la humanidad entera. Incluso aunque no todo el deterioro se deba a la acción humana, solo nosotros podemos detener el desastre.

La ecología por sí misma no puede llevarnos a la plenitud, pero sin ella aseguramos nuestra desaparición. Debemos tomar conciencia del problema y poner toda la carne en el asador para comprometernos a superarlo. Es complicado porque no basta con tomar medidas coercitivas, que serían relativamente fáciles. Se trata de poner en marcha programas internacionales de educación y concienciación que es mucho más complicado.

VII

¿Cómo debe ser esa salvación?

En este apartado intentaremos dilucidar qué aspectos de nuestra humanidad pueden quedar afectados por una auténtica salvación. Se trata de ahondar un poco más en el tema que nos viene ocupando desde la primera línea de este escrito. Ya hemos dicho que la verdadera

salvación debe afectar a todo el ser del hombre, pero hay algunos aspectos que constituyen la punta de lanza de esas posibilidades.

Salvación material o salvación espiritual

El maniqueísmo que impregna toda nuestra visión religiosa del mundo, nos ha hecho creer que algo tan propio del hombre mismo como la carne, es el mayor enemigo de la salvación. Desde esa perspectiva, para alcanzar la salvación que Dios quiere, tenemos que arremeter contra aspectos que también constituyen al ser humano como tal: emociones, sentimientos, satisfacciones, alegrías, goces...

Cercenamos toda posibilidad de salvación integral del hombre cuando olvidamos alguno de estos aspectos, lanzándonos a la búsqueda de una salvación del "alma". El hombre es una única realidad. Los distintos aspectos no tienen entidad propia. Las distinciones son una estrategia de la razón que nos permite conocer lo que somos, no tienen sentido por sí mismas.

El que me tengo que salvar soy yo. Todo lo que constituye mi verdadero ser tiene que desplegarse para constituir la plenitud total. De lo biológico más primario a lo espiritual más elevado, todo tiene que alcanzar su plenitud de sentido logrando la total armonía en la unidad. El objetivo del hombre será el descubrir esa unidad y vivirla como absoluta plenitud aquí y ahora.

¿Salvación para el más acá o para el más allá?

Nuestra religión nos ha metido en una profunda trampa al proponernos una salvación para el más allá. La segunda acepción de la palabra "salvación" en la RAE reza: "consecución de la gloria y la vida eterna". Este dato nos advierte del arraigo que han logrado en el lenguaje corriente los conceptos religiosos. Como ya hemos recordado, es una pena que se proyecte la salvación humana para el más allá, cuando dejemos de ser humanos.

La interpretación ingenua de algunos pasajes de la Escritura nos metió por este callejón sin salida. Hemos tomado por realidades con una existencia efectiva lo que solo era relato mítico que nuestra mente había elaborado. Lo difícil es descubrir lo que querían decir esos relatos. Ni existe un cielo en lo alto, ni un infierno en lo más profundo. Claro que existe una realidad imaginada, pero está solo en nuestra mente.

Una verdadera salvación humana no se puede limitar al aspecto físico y a un tiempo determinado de nuestra historia. Tampoco puede ser puramente espiritual. Lo verdaderamente humano está conectado con lo temporal y contingente, pero a la vez traspasa el tiempo y el espacio y nos conecta con la eternidad. Si no asimilamos esta doble proyección de lo humano nunca descubriremos nuestras posibilidades de ser.

La respuesta a la pregunta que nos hemos hecho podría ser: la verdadera salvación del hombre tiene que estar inscrita en el tiempo y en el espacio, pero a la vez, tiene que trascender y llenar todo el tiempo y todo el espacio. No se puede entender una plenitud humana sin un claro sentido de trascendencia. Lo que constituye al hombre como ser humano está a la vez pegado a la contingencia y más allá del tiempo y el espacio.

Tan frustrante es pensar que todos nuestros logros humanos terminan con la muerte como creer que no podemos alcanzar una verdadera salvación hasta más allá de esta vida. La historia del pensamiento humano nos enseña que la mayoría de los pensadores no han sido

capaces de superar esta aparente contradicción. Ni la filosofía ni la religión, mucho menos la ciencia, han superado la trampa de la exclusión.

Llama la atención que un místico como San Juan de la Cruz escribiera una increíble poesía desde la perspectiva de que solo después de la muerte podría gozar plenamente de la presencia de Dios. "Que muero porque no muero". En aquella época todavía se pensaba en un alma desencarnada que, liberada de la cárcel del cuerpo, saldría al encuentro de un Dios-amor infinito que la esperaba en alguna parte.

Ya hemos dicho que la esperanza de un cristiano no es de futuro sino de presente. Nada podrás alcanzar en el futuro que no puedas alcanzar en este instante. Dios ha sido, es y será para ti siempre el mismo. Nunca va a ser más ni puede ser menos. Cegados por la esperanza del más allá olvidamos las posibilidades del más acá.

Muchas personas que intentan con buena voluntad una vida espiritual abandonan porque no ven resultados tangibles en su esfuerzo. Esperan que la práctica espiritual les proporcione satisfacciones tangibles y cambios en su vida que les hagan sentir mejor. No se pueden producir esas expectativas porque son equivocadas. Ni Dios te va a conceder nada que no te haya concedido ni vas a ser mejor de lo que eras.

¿Salvación individual o colectiva?

A pesar de que el mensaje de Jesús es un mensaje de amor, de entrega, de servicio incondicional, el cristianismo ha desarrollado un individualismo feroz, hasta el punto de que el amor a los demás llegó a plantearse solo como un medio para alcanzar mayor gloria individual en el cielo. Puede tener sentido dedicar un espacio a este tema. Tal vez tomemos conciencia del disparate que hemos mantenido hasta ahora.

En nuestro mundo globalizado tiene más sentido que nunca esta pregunta. Lo primero que llama la atención es que cuanto más pequeño se ha hecho nuestro mundo, más crece el individualismo egoísta. Y cuando una porción de seres humanos se agrupan, es casi siempre para defenderse mejor de los demás que se perciben como competidores o enemigos.

Solo gracias a la cooperación los primeros homínidos fueron capaces de evolucionar. Primero la familia, después el clan, más tarde el pueblo, y finalmente la nación o el imperio fueron los verdaderos motores de la evolución. Hoy debemos superar incluso la nación si queremos sobrevivir como especie. Nunca como ahora hemos sido conscientes de que debemos avanzar unidos y actuar en una absoluta colaboración.

Sigue existiendo el riesgo de que el egoísmo de unos pocos esté poniendo en jaque a toda la raza humana. Algunos seres humanos siguen haciendo válida la sentencia de Hobbes: "homo homini lupus" (el hombre es lobo para el hombre). En realidad, el único enemigo que tiene el hombre, es él mismo. El egoísmo de los hombres está poniendo en peligro, no solo seguir avanzando en humanidad sino la misma supervivencia.

Es tal la fuerza de esta dinámica individualista, que incluso las religiones se han dejado embaucar por esta dinámica, aun en contra de la experiencia de sus fundadores. En concreto en la nuestra, lo que empezó como una comunidad de hermanos, terminó como una institución más preocupada por su supremacía sobre las demás que por el amor a todos. La tentación del poder se camufla tras el velo del servicio a Dios.

Es muy curioso que en la Biblia se hable siempre de la salvación del pueblo; los individuos no contaban para nada si no estaban integrados en una familia y un pueblo. Esta manera de

pensar es muy sabia, porque no puede existir un verdadero ser humano si no tiene la posibilidad de relacionarse con otros seres humanos. Solo en la relación se puede desplegar nuestra humanidad. Sin encuentro no hay plenitud.

Completamente aislados no pasaríamos de una animalidad instintiva. La clave del mensaje de Jesús es el amor. Pero para que haya amor, tal como lo entendemos normalmente, tiene que haber por lo menos dos. Por eso dijo Jesús: donde dos o más estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. El espíritu de Jesús se hace presente en el don de sí mismo al otro sin esperar ningún beneficio a cambio.

En consecuencia, solo donde haya verdadera comunidad puede haber verdadera salvación del hombre. Esto quiere decir que una verdadera humanidad solo se desarrolla en una auténtica actitud de preocupación por el otro. En el momento que la preocupación de todos alcanzara a todos los seres humanos, habríamos llegado a una verdadera humanidad.

Claro que esta postura solo será posible si descubro las más profundas exigencias de mi ser, a través de una experiencia interna. Si esa experiencia es auténtica, me llevará siempre a la comunicación con los demás. Así que toda salvación personal salva a la comunidad humana y todo logro a nivel global ayuda a cada individuo a alcanzar su plenitud.

Esta exigencia no es una imposición desde fuera. Viene dada por la misma naturaleza del hombre. La evolución que nos ha traído hasta aquí sería imposible si los logros de cada individuo no pudieran aprovecharlos los demás. Yo he necesitado de los demás para llegar hasta aquí, para mantener la riqueza humana que disfruto. Pero también los otros necesitan de mí para desplegar su propia humanidad.

Las religiones, sobre todo la nuestra, han insistido en la perfección individual, pero se han olvidado de dejar claro que no puede haber verdadera humanidad personal sin una implicación en la humanidad de los demás. No puede haber plenitud para mí, si otro ser humano está condenado y yo no hago todo lo que esté de mi parte para salvarlo.

La globalización nos ha llevado a un conocimiento instantáneo de lo que pasa en los rincones más alejados del planeta. Sabemos que miles de personas están muriendo de hambre en algún lugar. Las naciones ricas sabemos que se podía quitar el hambre del mundo si de verdad hubiera voluntad. La verdad es que ni como individuos ni como colectividad tenemos en cuenta esta realidad y vivimos tan felices ignorándola.

Estar dispuesto a ayudar al otro, con tal de que mi nivel de vida no baje un ápice es un planteamiento equivocado. Es un planteamiento racional, pero muy poco humano. Si no renuncio a los privilegios que tengo por haber nacido en el mundo rico, nunca podré esperar que mi ayuda sea eficaz para todos los seres humanos degradados. No aceptamos bajar nuestro nivel para que otro acceda al mínimo.

Es verdad que no hay grupo social que se haya preocupado tanto por los pobres como el cristiano. En todas las épocas, desde la creación del diaconado en tiempos de los apóstoles, siempre se ha preocupado por los más necesitados. Lejos de mí caer en una demagogia barata que es moneda corriente hoy. La última crisis económica dejó clara la labor de muchas instituciones religiosas a favor de los más desfavorecidos.

Pero también es verdad que no solo podemos sino que debemos hacer muchísimo más de lo que hacemos. No estamos acostumbrados a tomar conciencia de que las seguridades que dan las riquezas no añaden nada a mi condición de ser humano. Debíamos asimilar que dada vez que gasto lo que es mio en tonterías, estoy siendo causa de la pobreza de los que no tienen lo necesario para vivir.

Tampoco se trata de hacer esto o dejar de hacer aquello por programación. Esta actitud provocada por condicionamientos externos no me haría más humano. Por eso, no avanzo en humanidad más que cuando no lo hago por sacrificio o para que Dios me lo pague, sino cuando me siento implicado con la situación del que sufre y me vuelco espontáneamente hacia él.

Si sigo intentando salvarme a costa, o al margen del otro, estoy engañándome a mí mismo y en realidad estoy cayendo en la mayor inhumanidad. Recordemos que salvarse es acercarnos cada vez más a la plenitud de humanidad y lo único que nos puede hacer más humanos es la compasión hacia el otro. El verdadero mensaje del evangelio resulta que es la exigencia más profunda de nuestra naturaleza.

Por lo que llevamos dicho, podrás comprender lo difícil y complicado del tema que nos ocupa. Por mucho que hablemos y argumentemos, no vamos a convencer a nadie de que es mejor ser pobre que ser rico, que es más humano conseguir que el otro coma que atiborrarme yo mismo. Nos queda mucho por andar hasta comprender que es más humano para mí sufrir una injusticia que causarla.

Considerarse salvado porque tengo satisfechas todas mis necesidades materiales es la mayor trampa en la que estamos cayendo todos. La salvación de un ser humano no depende de la pobreza material sino de la pobreza radical que supone creerse superior en cualquier orden. Aunque consiguiéramos que ni un solo ser humano pasara hambre, permanecería la inhumanidad si nos creemos superiores a los demás.

¿Es idéntica para todos?

Cuando decimos todos nos referimos a todos los seres humanos de nuestra época. No podemos poner en discusión que la salvación de una ameba es distinta de la de un ser humano. Seguimos sin aceptar que somos fruto de una evolución que ha durado cuatro mil millones de años y que sigue desarrollándose, no solo en cuanto especie, sino en cuanto a cada uno de los individuos que la formamos.

Tampoco admite duda que un australopiteco no tenía la capacidad de salvación de un homo sapiens. Pero podemos afirmar que los seres humanos de hoy tienen algo en común. En eso que los identifica, la salvación puede ser la misma para todos. Pero lo que corresponde a la individualidad de cada uno es infinitamente mayor, y en esa parte la salvación es distinta para cada individuo y distinta en cada etapa de su vida.

Durante algunos años se creyó que el ADN marcaba a cada individuo en su singularidad y era el responsable de todas las diferencias en la persona humana. Los últimos avances de la biología han demostrado que los genes nos marcan como seres únicos e irrepetibles, pero lo que cada célula y cada individuo es en un instante determinado de su vida depende más del entorno y la reacción ante él de cada ser vivo.

La influencia del medio en cada una de nuestras células y en cada uno de nosotros como individuos es infinitamente mayor que lo que puede haber de inmutable en los cromosomas. Ni física ni psíquica ni mentalmente somos iguales, mucho menos idénticos. Esto determina que la plenitud de cada uno se vaya conformando a través de una vida y no está determinada de antemano desde el instante de la concepción.

Tampoco me puedo considerar separado de toda otra vida. Mi vida es un proceso ininterrumpido a través de cientos de miles de millones de vidas. Si en ese proceso hubiera habido una sola interrupción y la vida que ha llegado hasta mí se hubiera apagado, yo no

estaría aquí. A pesar de las transformaciones, mi vida es la misma de la arqueobacteria que vivió hace cuatro mil millones de años y de la que procedo.

La ameba no podía imaginar que un descendiente suyo iba a correr como el gamo, a volar como el águila o a ver como el lince; mucho menos que llegaría a conocer y amar como un ser humano. Todos esos logros han sido posibles gracias a que cada individuo luchó con uñas y dientes para conservar y potenciar su biología. Podemos pensar que el ser más perfecto da sentido (salva) a toda la cadena que lo hizo posible

Tampoco es difícil de comprender que nuestra salvación no va a ser la misma que para los hombres del año 10.000 de nuestra era. Sería razonable pensar que a medida que el hombre avanza, avanza su capacidad de plenitud y por lo tanto de salvación. Otro argumento para descartar una salvación vicaria que nos llega de fuera sin comerla ni beberla.

También sería erróneo argumentar que Jesús nos trajo la verdadera salvación y por lo tanto es la misma para todos. Jesús vivió y desarrolló su actividad en un lugar y en un momento muy determinado de la historia. Todo lo que vivió y enseñó respondía a unas circunstancias muy concretas. Él llenó su vaso de agua hasta los bordes, incluso podemos admitir que hizo crecer el vaso, pero siguió siendo un vaso.

Jesús respondió a las preguntas que se hacían los seres humanos de su tiempo. Estoy seguro que incluso se hizo preguntas que nadie se había hecho hasta entonces. Es verdad que asumió que en aquel tiempo lo religioso y lo civil estaban inextricablemente unidos, pero aun así, fue capaz de decir: dad al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios.

Su mensaje sigue siendo válido, pero con la condición de que lo hagamos vida en las circunstancias que nos ha tocado vivir. Tanto sus actitudes como sus enseñanzas, debemos interiorizarlas antes de estar capacitados para presentarlas a los hombres de hoy como señales de verdadera salvación. La falta de asimilación del mensaje es la causa de tanta artificialidad y frustración en la predicación del evangelio.

No podemos hablar de una salvación absoluta e idéntica para todos. No sabemos lo que eran los primeros seres humanos; mucho menos podemos adivinar lo que llegarán a ser los hombres del futuro. Pero incluso la plenitud de salvación de los que vivimos hoy depende del grado de capacidad que cada uno tenga para desplegar todas sus posibilidades de ser.

¿Se puede conocer antes de alcanzarla?

¿Se puede conocer la salvación teóricamente, aunque no se haya conseguido? En aquello que coincidimos todos los humanos podemos determinar aspectos generales en los que se pueden identificar las salvaciones de cada uno. Por lo que decíamos en el apartado anterior, la plenitud individual ni puede ser la misma ni podemos predeterminarla de antemano.

La salvación de la que hablamos aquí tampoco se puede meter en conceptos. Se trataría de una calidad en la existencia que no podemos medir. No existe una salvación objetiva independiente del ser humano que la alcanza. Se trata de una manera de afrontar la existencia que te lleve a una armonía, un equilibrio y un bienestar que le satisfaga absolutamente.

De la salvación tampoco se puede hablar con propiedad. Solo con símbolos podemos referirnos a ella. Aquello que podemos expresar no es la verdadera salvación. Pero nos sentimos mal cuando no somos capaces de controlar una realidad. Por eso hemos concretado y simplificado la salvación en una serie de realidades objetivadas aunque no pueden expresar la realidad.

¿Podemos saber si estamos salvándonos?

La respuesta es un sí rotundo, porque la salvación se está manifestando siempre. El obrar sigue al ser. Todo lo que hacemos depende de lo que somos. En la medida que vamos alcanzando mayor grado de humanidad se irá manifestando en mayor armonía y paz internas, y en amor efectivo hacia todos los demás. Lo que hacemos en cada instante de nuestra vida está manifestando el grado de salvación que hemos alcanzado.

Solo un ser salvado puede descubrirse o descubrir a otro como salvado. El que no avance por ese camino nunca se podrá dar cuenta de que le falta algo. Esto es lo que hace tan difícil convencer a alguien de que tiene que esforzarse por alcanzar una plenitud. Lo que es solo teóricamente bueno no tiene capacidad para mover la voluntad.

La persona que obra desde su verdadero ser, en contra de lo que se nos ha hecho creer, no hace cosas extravagantes ni extraordinarias. Aparentemente, hará lo mismo que hace todo el mundo, pero hará todas las cosas desde el amor, ni siquiera desde el deber ni la obligación. Todo lo hará porque le sale de dentro y pensará que es lo más normal del mundo. Ni se dará cuenta de que está manifestando una auténtica humanidad.

Ni la creencia teológicas ni los ritos sagrados ni siquiera la fidelidad a unas normas morales pueden ser indicativos fiables de una verdadera salvación. Solamente una manera adecuada de relacionarnos con los demás desde una preocupación y dedicación auténtica pueden expresar la salvación verdadera. La salvación absolutamente espiritualista hoy no puede comprenderse. Lo que creemos, debe manifestarse en obras.

La verdadera fe solo cobra sentido cuando se refleja en una forma de vivir que satisface y da pleno sentido a toda la vida del creyente. Esos valores profundamente humanos son los que manifiestan la verdadera divinidad. Sin ellos, hablar de lo divino será siempre una farsa. Una religión que no se hace presente en la vida no tiene validez ninguna.

VIII

Salvación humana e instituciones

Es incuestionable que los humanos somos seres sociables. El progreso alcanzado no hubiera sido posible sin la herramienta de la socialización. Gracias a ella el hombre fue capaz de avanzar exponencialmente en todos los ámbitos de la existencia. Sería, pues, ridículo que me pusiera a hablar en contra de las instituciones. Solo trato de advertir del peligro que encierra una ciega y excesiva dependencia de ellas.

Lo mismo que vivir en común puede ayudar al hombre a superar infinidad de carencias, puede también inducirle a perder su personalidad y meterlo por el callejón de la irrelevancia como individuo único e irreplicable. La vida de Jesús nos advierte de este peligro. Para llegar a ser lo que fue no tuvo más remedio que liberarse del corsé de su familia, de la Escritura, de los sacerdotes, de las instancias civiles, etc.

Si no hubiera defendido audazmente su autonomía, Jesús nunca hubiera desplegado su experiencia de Dios ni hubiera podido presentarse como "Hijo de Dios". Sin esta liberación habría seguido toda su vida como "hijo de José", es decir, obligado a imitarle en todo. Intentaremos desenmascarar esas trampas analizando brevemente algunas de las más relevantes instituciones, en las que, querámoslo o no, tenemos que vivir.

La familia

Si alguna institución ha sido y sigue siendo imprescindible para el desarrollo de la humanidad esa es la familia. Ningún otro colectivo tiene tanta influencia en la vida de cualquier ser humano. En ella nacemos, crecemos, y si nos separamos de ella es para formar una nueva, de la que vamos a ser también protagonistas. La familia es el ámbito natural del ser humano.

Esta estructura familiar fue inventada mucho antes de que apareciera el homo sapiens. Cuando aparecimos los humanos era ya un instinto básico que favorecía la procreación de la mayoría de los animales superiores. El hecho de que obedezca a tendencias arraigadas en el instinto, no resta un ápice a sus posibilidades en los humanos. Por el contrario, el hombre puede apoyarse en esa tendencia, potenciarla y humanizarla.

En cualquier etapa de nuestra vida la falta de familia debemos considerarla como una carencia. Incluso cuando las fuerzas nos van abandonando la situación del anciano es muy distinta si está dentro de un ambiente familiar o fuera. Cuando falta, las instituciones que acogen a la persona mayor son más humanas cuanto más se parezcan a una familia. En la primera comunidad cristiana los miembros se llamaban 'hermanos'.

Esto no quiere decir que no tenga también sus trampas. El sentirse arropado por otros seres humanos permite eliminar muchos miedos que podían impedir desarrollarse. Ahora bien, con la mejor voluntad, los miembros de una familia pueden convertirse en corsés que impidan un normal desarrollo de la persona. No solo hay que permitir crecer a cada uno de sus miembros, sino que hay que empujarles hacia esa meta.

El excesivo sentido de propiedad con relación a los hijos puede impedir su normal desarrollo individual. Con el afán de protegerles se les coarta la libertad sin la cual es imposible desplegar cualquier grado de humanidad. La tarea más complicada de la paternidad consiste en dejar que empiecen a caminar por su cuenta cuando les llega la edad, y aceptar con normalidad que en el intento se puedan equivocar.

En el mundo de las águilas, cuando los polluelos están listos para volar y no lo hacen porque se encuentran muy a gusto comiendo sin esfuerzo y sintiendo una total protección, los padres los echan del nido a picotazo limpio para que comiencen a funcionar por su cuenta. Está claro que tanto en el caso de los aguiluchos como en el caso de los jóvenes, si no se atreven a volar a tiempo, pierden la capacidad de hacerlo.

Pero también el resto de los miembros de una familia tiene la obligación de evolucionar. Ese desarrollo se tiene que acomodar a cada etapa, pero siempre estará ahí como la principal obligación de cada individuo. Primero como hijo, más tarde como padre o madre y, finalmente, como abuelo o bisabuelo. En todas las etapas la relación familiar tiene que aportarme una privilegiada ocasión de crecer en humanidad.

El pueblo

La comunidad vecinal, el pueblo, el barrio, la ciudad, son ámbitos que ayudan a cada individuo a desarrollarse mejor. Todas estas instancias tienen como objetivo hacer más humana la vida a todos los que se encuentren en ese ámbito. Hoy no somos conscientes del avance que supuso el que hace más de treinta siglos, los seres humanos comenzaran a vivir en agrupaciones estables, más allá de la familiar.

La socialización fue el motor del progreso de la raza humana. Presupone algunos logros imprescindibles para que fuera posible. El más importante fue el lenguaje, primero hablado y después escrito. Pero el lenguaje presupone la capacidad de conceptos abstractos que permiten las generalizaciones de los significados. También es imprescindible un proceso de aceptar convencionalismos a la hora de dar significado a las palabras.

Desde el punto de vista del progreso material, sería hoy inviable un mundo sin la diversidad de roles que encontramos en cualquier comunidad. La especialidad de cada individuo en una tarea determinada permite llevarla a cabo con mucha mayor eficacia. Lo mismo que los organismos superiores han sido posibles gracias a que grupos de células se especializaron para cumplir una sola función, pero de manera más perfecta.

Ahora bien también en este marco existe el peligro de que el individuo se diluya en la masa sin capacidad para mantener su personalidad. Todos los equipamientos comunitarios deben estar encaminados al bien de todos y cuando eso no es posible, el criterio debe ser favorecer a la mayoría, evitando que los privilegios de algunos perjudiquen a la mayoría.

Al ser más efectivos en un trabajo especializado permite un ahorro de energía y tiempo que puede ser empleado para mejorar las relaciones sociales. El tiempo de ocio y descanso se ha multiplicado en muy pocas décadas. Esto ha permitido que la comunicación entre un número cada vez mayor de personas favorezca el intercambio de saberes y actitudes.

Ya hemos dicho que en el desarrollo de esa capacidad de vida en común sin destrozarse tuvo mucho que ver la religión. Sin una autoridad que pueda imponer sus criterios a muchos individuos es impensable una armonía entre todos los miembros de la comunidad. La fuerza física, por sí misma, es incapaz de proporcionar una relación adecuada. La violencia solo puede engendrar comunidades ocasionales y efímeras.

La nación

Pronto se vio la necesidad de agrupaciones mayores. La necesidad de defenderse de otras comunidades seguramente fue el primer paso para la formación de las naciones. La prosperidad de los primeros imperios lo deja claro. Pero también a este nivel se cometieron abusos contra los individuos. Las normas que nos damos debían tener como primer objetivo, el impedir cualquier abuso en ese sentido.

Los dirigentes de turno pueden pretender objetivos que no siempre favorecen el crecimiento personal de los individuos. La esclavitud ha existido prácticamente hasta hace unas décadas. Las esclavitudes de otro tipo siguen campando por sus respetos en toda la superficie del globo. De todas esas esclavitudes tenemos que seguir defendiéndonos y ayudando a defenderse a los que no son capaces de hacerlo por sí mismos.

El respeto entre todas las naciones, la colaboración en todos los ámbitos, la conciencia de pertenencia a un único mundo, son todas actitudes que deberían ayudarnos a hacer un mundo más humano. La conciencia de globalización nos tiene que llevar a sentirnos responsables los unos de los otros. El defender el terruño, en cualquier ámbito, no lleva más que a la frustración y el empobrecimiento material y moral.

Si la pertenencia a una nación sigue siendo una manera de potenciar nuestro egoísmo, no puede ayudarnos a alcanzar una plenitud humana. Si las naciones con más poder económico o militar, imponen las condiciones de unas relaciones aunque sean injustas, no podemos pensar que esa agrupación favorezca un desarrollo humano en sus ciudadanos. Como en el caso de las personas, el hecho de que haya naciones opulentas y naciones míseras, clama al cielo.

Lo que eufemísticamente llamamos "Naciones Unidas", están dando muestras de ser un constante conflicto de intereses. El hecho de que algunas naciones puedan vetar una resolución aprobada por todas las demás, demuestra el grado de individualismo egoísta que allí se despliega. Si se busca el interés de todos, pero a costa de que no amenace mis intereses, no podemos pensar en una actitud de solidaridad.

La Iglesia

Los que tenemos una cierta edad hemos sido bombardeados con un estribillo casi diabólico si se entiende al pie de la letra: "fuera de la Iglesia no hay salvación". Lo incomprensible es que se siga manteniendo en la actualidad. Condicionar algo tan decisivo para un ser humano como es su salvación, a la pertenencia a una institución concreta es de un narcisismo incalificable. Parece que no nos inquieta lo más mínimo que el 95% de los humanos que han existido queden excluidos.

Las matizaciones que se han hecho para mantener la frase no convencen a nadie. La explicación de que puede haber un bautismo de deseo es escamotear el problema. La Iglesia, tal como la conocemos hoy, nunca podría reconocerla Jesús como obra suya. La mejor prueba es que no hay una sola Iglesia de Jesús, sino muchas, y tan diferentes que es imposible integrarlas. Naturalmente la verdadera será siempre la mía.

La Iglesia, entendida como comunidad de comunidades o entendida como comunidad parroquial, es la clave de toda vivencia cristiana. Pero debemos reconocer con humildad que en el mundo se han dado antes, durante y después del cristianismo, muchísimas experiencias religiosas, que han cristalizado en religiones. Todas han sido muy válidas, y pueden ser tan auténticas como las que llamamos cristianas.

Si entendemos 'iglesia' como organigrama jerárquico, cuyo objetivo es controlar a sus miembros como cualquier empresa multinacional estamos alejándonos del evangelio. Recordemos que la jerarquía no la inventó la Iglesia sino que la copió del imperio hasta en los más mínimos detalles: el título de Pontifex Maximus, las vestiduras, el báculo, la mitra etc.

Está claro que el objetivo de la Iglesia nunca debe ser ejercer alguna clase de poder o control sobre los fieles. Todas las instituciones intentan manipular al hombre en beneficio de sus intereses sectarios, pero la manipulación en nombre de Dios es especialmente diabólica y en esto, nuestra Iglesia no es una excepción. El papa Francisco está desandando el camino.

Hemos hablado de la Iglesia institución, pero hay otro concepto de Iglesia que es mucho más interesante para el tema que nos ocupa. Me refiero a "Iglesia" como reunión de los fieles, asamblea de la comunidad. Es el sentido original que tenía la palabra "Ecclesia", incluso el que tenía "sinagoga". El Vaticano II recuperó este significado, pero no ha tenido continuidad. La institución tiene miedo de perder relevancia.

Debíamos hacer todo lo posible por recuperar este significado que no tiene ninguna connotación negativa. Todo lo contrario, es en él donde debemos encontrar el punto de partida para regresar a los orígenes y potenciar nuestro sentido de pertenencia. Debemos salir de la dependencia de una jerarquía y entrar en la dinámica de integración en una comunidad en la que encuentro el marco adecuado para mi progreso espiritual.

Desde esta perspectiva tenemos que superar el sentimiento de pertenencia a una institución y recuperar el de que yo soy Iglesia. Me han acusado muchas veces de estar fuera de la Iglesia. La verdad es que me hace sonreír, porque en este segundo concepto es imposible. Yo

recordaría a Erasmo de Róterdam: soporto esta Iglesia mientras veo que mejora y espero que ella me soporte mientras yo mismo mejoro.

La escuela

Si hay alguna institución que tenga como objetivo específico la plenitud humana, esa es la enseñanza. Desde la guardería a la universidad, todas las instituciones que se dedican a la enseñanza tienen por finalidad la maduración de la persona. En este punto no hay distinción alguna entre lo que llamamos enseñanza pública y la privada. Los métodos pueden ser muy diferentes, pero el objetivo debe ser siempre el mismo.

La enseñanza será siempre el tema polémico en toda sociedad, porque en ella se dilucida su futuro. Es lógico que tanto los partidos políticos como las instancias religiosas quieran imponer sus criterios a la hora de planificar la enseñanza. No está tan claro que en el momento de actuar se tenga únicamente en cuenta el bien de los niños. Hoy se tiende a utilizar todas las instituciones de manera partidista.

La tarea de enseñar y educar bien a los jóvenes no es obligación ni privilegio de ningún organismo público o privado. Es el más importante deber de toda la sociedad. Ni los padres pueden descargar esa obligación en los colegios ni las comunidades religiosas deben desentenderse de ella. Distinguir bien la tarea que corresponde a cada una, no es nada fácil. Es más, en algunos aspectos las distintas áreas no se pueden deslindar con claridad.

Precisamente por ser el espacio de la vida donde niños y jóvenes son más maleables, es una constante tentación para las distintas instituciones el invadir los terrenos de los demás. Una sociedad sana y madura debe permitir y alentar que todas las instancias concernidas desarrollen su actividad con la mayor normalidad posible, potenciando cada una a las demás.

La obligación de la formación intelectual pertenece a los poderes públicos, pero poco podrían hacer sin la colaboración de los padres y las demás instituciones. El hecho de que en España esa tarea la haya asumido en otro tiempo la Iglesia católica impide ahora deslindar bien los terrenos. Yo estuve varios años de profesor en un colegio y, en aquella época (finales de los 60), más del 80% de la enseñanza primaria estaba en manos de la Iglesia.

Todo docente tiene que ser a la vez educador. Esto tampoco se pone en duda. Lo difícil es acertar con la educación que ayude a los alumnos a afrontar el reto de vivir plenamente su vida como seres humanos. Para cumplir esa tarea es necesaria una auténtica vocación. La triste realidad es que hoy la mayoría de los docentes lo único que buscan es asegurarse un puesto de trabajo que les permita vivir sin sobresaltos.

Todos los colegios e instituciones de enseñanza deben tener claro ese objetivo; también los privados o los concertados. Estos últimos pueden acentuar características especiales que tienen que ser valoradas por los padres a la hora de elegir donde llevan a sus hijos. Pero también estos tienen que educar en la libertad, huyendo de imponer una determinada ideología y criticando rabiosamente todas las demás.

En estos momentos en España sigue habiendo bastante confusión sobre la labor de la Iglesia en la enseñanza. Todos tienen el deber enseñar y educar, pero no se puede seguir mezclando clase y catequesis. La clase de religión sigue adoleciendo de cierto clericalismo. No se distingue con claridad la enseñanza de los contenidos doctrinales de cada religión (de todas las religiones) de la vivencia de cada una de ellas, aspecto que debe afrontar cada comunidad religiosa.

La catequesis debía darse en las parroquias no en los colegios. Enseñar a vivir una religión es la tarea más importante de cualquier comunidad religiosa, pero un colegio, por muy privado que sea, no tiene derecho a condicionar la religiosidad de todos los alumnos. Unos padres pueden estar de acuerdo con la manera de llevar un colegio sin desear que a sus hijos les obliguen a practicar una religión determinada.

Por todo lo dicho podemos comprender que también los colegios pueden distorsionar su misión e impedir la normal evolución de los muchachos. También de los colegios tenemos que defendernos si no cumplen con su principal misión e intentan manipular a los alumnos. Los padres deben estar muy atentos, y no dar por supuesto que los profesores cumplen con sus obligaciones, sino que deben exigirselo explícitamente.

IX Enemigos internos de lo humano

Si una verdadera salvación tiene que ser la aspiración primera de todo hombre, ¿por qué tan pocos seres humanos están interesados en conseguirla? Está claro que debe haber fuerzas ocultas, pero eficaces, que se empeñan en lo contrario. Los seres humanos nacemos desprotegidos y sin un libro de instrucciones para poder desarrollar nuestra humanidad. Es lógico que nos sintamos perdidos ante nuestro futuro.

Al ser el producto de una larga evolución estamos mucho más condicionados por lo que está detrás que por las posibilidades que tenemos delante de nosotros. Las necesidades perentorias son las biológicas y las psicológicas. Solo cuando estas están garantizadas podemos especular sobre otras posibilidades. Lo fundamental, que es esa posibilidad de plenitud, cede ante lo verdaderamente urgente que es asegurarse la existencia.

Solo una mínima parte de los seres humanos llegan a interesarse de verdad por los valores que les pueden llevar a mayor humanidad. Tiene que haber razones poderosas para que la mayoría de la población no descubra lo que le podría llevar a la verdadera felicidad como seres humanos. A estos fuertes impedimentos les llamamos trampas o enemigos de la plenitud humana. Vamos a considerar algunos de ellos.

La mentira

Debería ser rechazada por inhumana porque va en contra de la facultad que nos constituye en seres humanos. Sin embargo es el ámbito más común de la existencia de los hombres de hoy. No estamos hablando de la ignorancia, que en mayor o menor grado nos alcanza a todos. Estamos hablando de la falta de veracidad en lo que somos, decimos y hacemos. Es la postura del que, sabiendo que no dice la verdad, trata de convencer a los demás de sus propuestas mentirosas.

La mentira se manifiesta en tres aptitudes igual de nefastas. La primera se da en el orden de ser. Supondría que nos constituimos conscientemente en un falso ser que nos impide desplegar el verdadero. Es lo que quería decir Jesús cuando dijo: yo soy verdad. No se refería, como normalmente se acepta, a que lo que nos decía era verdad sino que él era verdad, es decir, era lo que tenía que ser, auténtico, sin dobleces ni engaños. Sería la actitud más humana posible.

El segundo aspecto de la verdad, la que normalmente utilizamos, hace referencia a la verdad lógica. Una formulación está de acuerdo con la realidad. Uno puede creer lo que afirma o niega y, estando convencido de ello, lo trasmite a los demás. Lo que afirma o niega puede ser falso pero no será mentira. Solo hará daño a aquel que la acepta, no al que con buena voluntad trasmite su punto de vista. Todos debemos estar en guardia para no aceptar sin crítica todo lo que nos llega.

El tercer aspecto se refiere a la falta de sinceridad con los demás. Quiere decir que lo que decimos no está de acuerdo con lo que pensamos. Se trataría de engañar deliberadamente a los demás con falsedades. Si la plenitud humana solo se alcanza en las relaciones con los demás, engañar al otro será siempre lo más contrario a una verdadera relación humana.

Hemos dicho que la salvación consistía en ser de verdad lo que ya somos; pues bien, la mentira es la trampa fundamental que nos impide esa realización. Será imposible desplegar nuestra humanidad desde cualquiera de las falsedades que acabamos de señalar. La autenticidad, la aproximación sincera a la verdad y la sinceridad en nuestras relaciones son las claves de una vida humana con proyección de plenitud.

La ignorancia

Siempre que un ser humano hace algo en contra de sí mismo o contra los demás es por ignorancia. Siempre he tenido problemas a la hora de explicar este tema y la mayoría de las veces he fracasado estrepitosamente. El fallo está en dar por supuesto que existen personas malas, es decir, personas que disfrutan haciendo daño a los demás. Nadie es malo, aunque el maniqueísmo esté tan extendido en nuestra sociedad.

Vamos por partes. Cuando estudié "Sicología Racional", hace ya mucho tiempo, nos decían que la voluntad era una potencia ciega. ¿Qué quiere decir esto? Pues que la voluntad no tiene ninguna capacidad para discernir lo que es bueno o lo que es malo. Debe aceptar sin más que una cosa es buena o mala solo porque así se lo presenta la razón. Ya dijimos que la voluntad no tiene capacidad de elección.

Aparentemente ningún problema, pero la cosa empieza a complicarse cuando descubrimos que ese conocimiento racional es limitado, es decir, imperfecto. Lo cual quiere decir que la razón puede presentar a la voluntad algo como bueno siendo en realidad malo. Y aquí empieza la dificultad para entenderlo. Lo que llamamos libre albedrío no depende de la voluntad sino del conocimiento. Aquí radica el estrepitoso fracaso en nuestra lucha contra lo que llamamos pecado.

Es verdad que nuestro conocimiento, en todos los órdenes, está creciendo a velocidad cada vez más endiablada. Aun así, mientras seamos humanos, nunca podrá ser perfecto y total. Podríamos considerar que el conocimiento perfecto sería la asíntota a la que nuestro conocimiento real se irá acercando sin llegar nunca a tocarla. Nuestra tan cacareada libertad será siempre limitada, por eso debemos estar siempre buscando la verdad para acercarnos más a la verdadera libertad.

Ahora podremos comprender por qué casi todas las instancias civiles y religiosas están tan interesadas en que nuestro conocimiento dependa de ellas. Todos los medios de comunicación nos están bombardeando con mentiras y medias verdades para que elijamos lo que a ellos les interesa y no lo que sería de desear para cada uno de nosotros. Debemos recordar el evangelio: la verdad os hará libres.

Las mentiras que estamos constantemente asumiendo sin discernimiento limitan drásticamente nuestra capacidad de elegir lo que sería mejor para nosotros en un momento determinado. Nuestra capacidad de caminar a una mayor humanidad queda muy limitada por la tentación de lo cómodo que puede mantenernos en un letargo somnoliento. Hemos repetido varias veces que no hay plenitud sin esfuerzo.

Ahora podemos comprender por qué nunca seremos libres del todo. Lo cual no quiere decir que no tengamos la obligación de intentarlo. Dice un refrán oriental: no hace falta que alcances la verdad, basta con que salgas de tus errores. Desde nuestra manera de conocer el camino más corto para llegar a la verdad sería ir descubriendo las mentiras que soportamos. No hace falta que consigas la libertad basta romper las ataduras.

El individualismo

Hablamos del individualismo entendido no como un intento de aislarse de los demás, sino como la pretensión de vivir con los demás, pero aprovechado esa circunstancia para vivir a costa de ellos. Es curioso que la globalización haya desembocado en el mayor individualismo egoísta de la historia. El instinto de conservación de todo ser vivo, se ha convertido para muchos hombres en un impedimento para desplegar su humanidad.

La convicción de que somos mónadas aisladas de valor absoluto con independencia de los demás nos impide tomar conciencia de nuestro verdadero ser, que es inseparable del ser de los otros. Cada vez más seres humanos realizados se están dando cuenta de este error garrafal y nos están llamando la atención para que salgamos de esta ignorancia.

Lo que nos une a todos es mucho más importante que las diferencias que podemos sobrevalorar. No es fácil tomar conciencia de que sin los demás yo no sería absolutamente nada. Si no descubro lo que tengo de común con el otro, será imposible superar el egoísmo que cercena mis posibilidades de crecer. Desde mi individualidad mis relaciones con los demás, en vez de ayudarme a ser, me impiden toda humanización.

La paradoja está en que para compartir con los demás mi condición de ser humano primero tengo que alcanzar un cierto nivel de humanidad. Esto solo se consigue potenciando mi personalidad y valorando lo que signifique como singularidad única que tengo que cuidar y potenciar. Solo valorándome en la justa medida podré integrarme en la sociedad y en la naturaleza para hacerme y hacerlas más humanas.

No es fácil tomar conciencia de que como seres humanos debemos atender a nuestra interioridad, pero debemos también asumir que formamos parte de una Realidad más amplia que me permite desplegar lo mejor de mi mismo y sin la cual mi existencia quedaría reducida a una simple singularidad sin relaciones. Esas relaciones son la clave para poder trascender mi singularidad e integrarme en el Todo.

En el momento actual el modo más humano de relacionarnos es el diálogo. Pero debe ser un diálogo sincero y abierto, que permita a ambas partes ir más allá de lo que aporta cada uno y enriquecerse con lo que aporta el otro. Los griegos le llamaron mayéutica, que podía traducirse por partera. Los que dialogan debían ayudarse a dar a luz nuevas ideas. Sin esta disposición será inútil toda discusión.

Nada que ver con los tertulianos de hoy, que llegan a las reuniones con sus conceptos terminados y definitivos. Su sola preocupación es ver la manera de imponer sus ideas a los demás, con lo cual la comunicación se convierte en un diálogo de sordos, donde todos lo saben

todo y ninguno tiene nada que aprender. El hecho de que exista tal profesión (tertuliano) en la que estés obligado a hablar de todo es la prueba de lo absurdo del planteamiento.

En el orden material, el individualismo egoísta es consecuencia de la necesidad de consumir más y mejores productos. Naturalmente lo que consume el otro no puedo consumirlo yo. De ahí la lucha por los recursos naturales que son escasos y no pueden llegar a todos. Defender mi terruño nos ha hecho recelar de todos los demás como posibles competidores de lo que quiero tener a mi disposición. De competidores pasamos a enemigos y la alegría de compartir desaparece.

La masificación

Parece contradictorio que el individualismo sea un escollo para crecer y la masificación también. Aquí entendemos por masificación no el hecho de que todos estamos más o menos juntos o interconectados, sino el gregarismo que impide desplegar la personalidad de cada uno y nos convierte en una masa amorfa que arrastra sin sentido a objetivos que nadie se propone. Embebidos en la masa nos sentimos seguros y nos olvidamos de nuestras posibilidades individuales.

Hoy los medios de comunicación tienen instrumentos muy poderosos para hacernos entrar en la manada e inducirnos a comportarnos como todos se comportan. Todas las instancias sociales pelean por llevarnos a su terreno y luchan por atraparnos en sus garras para condicionar hasta en nuestra manera de pensar. Todos pintan su oferta como única y definitiva para tu felicidad. Simplemente tienes que dejarte llevar sin ningún esfuerzo por tu parte.

Precisamente en armonizar un carácter personal fuerte y una integración sustancial con los demás seres humanos, consistirá la meta de la humanidad en el futuro. Pero esa integración no puede ser fruto de la imposición externa o de alguna otra clase de coacción. Debe ser una total identificación, fruto de un conocimiento más profundo de nuestro verdadero ser. Desde esta perspectiva, cuanto más crezcas como individuo, mejor preparado estarás para integrarte como parte de la sociedad.

La evolución es imparable. Todo lo que nos aporta nuestro conocimiento del universo está corroborando esta afirmación. La especie humana tiene que evolucionar, a no ser que se destruya. Debemos ser conscientes de que el futuro del hombre no estará en perfecciones biológicas sino en valores específicamente humanos. Lo cual quiere decir que tenemos que caminar hacia un grado mayor de humanidad.

Debemos tomar conciencia de que es posible un crecimiento en humanidad sin necesidad de consumir más ni agotar los limitados recursos de nuestro planeta. Consumiendo menos podemos mantener nuestra biología en perfecto estado y en mejores condiciones de emprender un camino mucho más humano. Esto ya lo han descubierto todas las personas verdaderamente realizadas.

El miedo

Tampoco es este caso hablamos del miedo instintivo, el cual ha sido un buen invento de la vida para asegurar su permanencia. Este miedo nos prepara para huir si la amenaza es insuperable o para una defensa efectiva si consideramos que podemos hacerle frente. Este miedo no tiene nada de malo y es una enorme ayuda en la cotidianidad de la vida. ¿Cuánto duraría un ratón que no tuviera miedo al gato?

También existe un miedo racional, que va más allá del instintivo pero en la misma dirección. La capacidad de sacar conclusiones de lo que llega a nosotros por los sentidos, nos ayuda a descubrir peligros que no están grabados en el ADN. De este modo puedo prever que algo que ha hecho daño a mi vecino, puede también hacerme daño a mí. Este miedo es también positivo y puede librarme de situaciones peligrosas.

Hay otra clase de miedo, que llamaré irracional. Nace también de la racionalidad, pero no como resultado de lo que los sentidos aportan sino como fruto de la pura especulación interior. El miedo a los fantasmas no es consecuencia de haber visto alguno, sino producto de nuestra imaginación que los ha creado. El hecho de que ese miedo sea creación de nuestra mente no resta nada a su capacidad de dañarnos.

Aunque parezca raro, es este miedo el que nos atenaza y nos impide desplegar nuestra capacidad de evolucionar. El miedo nacido de nuestras elucubraciones mentales ha cercenado el progreso humano desde la más remota antigüedad. Es este miedo el que me hace perder la capacidad de reaccionar adecuadamente e imposibilita una vida espontáneamente humana, impidiéndonos alcanzar la necesaria libertad.

Seguramente, la creación de seres trascendentes y poderosos fue consecuencia de esta paralización psicológica de los primeros seres humanos. La búsqueda de una solución duradera a este problema llevó a los seres humanos a buscar soluciones definitivas fuera de sí mismo. Dioses y demonios bien pudieron tener su origen en este afán de superar los miedos irracionales que persiguieron al hombre primitivo.

La religión tuvo como primer objetivo la superación de este miedo, pero los gerifaltes de la religión pronto se dieron cuenta de lo útiles que eran esos miedos para controlar y someter a las masas. Se llegó así a una paradoja: para hacer ver la necesidad de la religión en orden a superar esos miedos era muy útil aumentarlos lo más posible.

Una madre vivía angustiada pensando que a su hijo le pudiera pasar algo malo de noche. Le convenció de que no debía apartarse de ella mientras estaba oscuro, porque la noche estaba plagada de monstruos. Ya crecido, el hijo era incapaz de dar un paso en la oscuridad, con lo que su vida se convirtió en un infierno. La madre le fabricó un amuleto y le convenció de que lo libraría del peligro. El joven, convencido, empezó a ser persona normal siempre que llevara encima el amuleto.

Este ejemplo tan simple nos puede hacer ver la dinámica de las religiones con relación al miedo. En vez de ahuyentar los miedos irracionales, los potencian para, a renglón seguido, decirte que solo la fe puede librarte de ellos. Debemos asumir que para librarnos de estos miedos no necesitamos el amuleto de seres portentosos, sino la simple convicción de que son creación nuestra sin consistencia real alguna.

La calidad de una verdadera vida humana no depende tanto de las circunstancias externas cuanto de lo que nuestra mente elucubra y manipula. La verdadera salvación está en superar todo miedo y vivir confiados, aun sabiendo que la seguridad absoluta es imposible y que, al ser contingentes, podemos deteriorarnos sin que tengamos modo alguno de impedirlo.

Ninguna religión que promueve el miedo puede ayudarme a crecer en humanidad. El miedo es siempre fruto de un desconocimiento de nuestra verdadera identidad. La libertad es incompatible con el miedo. También la confianza y el miedo son incompatibles. El grado de fe-confianza que tengo se puede adivinar descubriendo los miedos que me atenazan.

Las instituciones son maestras en el arte de meter miedos en el cuerpo. Saben que una persona con miedo es manejable y que una persona sin miedo será siempre incontrolable. En

última instancia podrán librarme de los peligros que vienen de fuera, pero ¿quién me librará de mí mismo? El verdadero enemigo de la libertad es el miedo que no tiene su origen en el exterior, sino en el fondo de nuestro corazón.

Los prejuicios

Nos referimos en este apartado a los juicios racionales que nos han incrustado desde la más tierna infancia y que condicionan nuestra manera de ver e interpretar la realidad. Ningún aspecto de la vida humana escapa al influjo de estos condicionamientos inevitables. Han sido siempre una rémora para los avances de la ciencia, de la religión y en general para el progreso de la civilización humana.

En religión los prejuicios siguen siendo especialmente nefastos y son la raíz de todo integrista y fundamentalismo, impidiendo el normal progreso del conocimiento religioso. En religión estos miedos se presentan con una connotación negativa porque se proponen como advertencias venidas directamente de Dios, con lo que se les da un valor absoluto y por lo tanto con una imposibilidad de ser corregidos por los nuevos conocimientos que el ser humano va adquiriendo.

La experiencia nos dice que no es nada fácil luchar contra esta lacra que nos impide desarrollar nuestro ser. La ciencia solo dio un salto de gigante cuando se atrevió a poner en duda todo lo conseguido hasta entonces. Atreverse a cuestionarlo todo, presupone haber salido de la posesión absoluta de la verdad y aceptar que nuestro conocimiento, en todos los órdenes, será siempre provisional.

De todos los prejuicios que acumulamos los religiosos son los que más daño nos hacen y también los más difíciles de superar. La razón es muy simple: en cuanto caemos en la trampa de creer que Dios nos ha proporcionado las verdades, estas tienen que ser eternas e indefectibles. Esta creencia nos ha impedido cuestionar un sinnúmero de afirmaciones que hemos dado por sentadas sin ninguna garantía.

Ya hemos explicado la que es y lo que no es la revelación. Dios no tiene "verdades" que pueda comunicar a un ser humano. Mucho menos puede trasmitirlas por vía externa, como podemos hacer nosotros unos a otros. Dios no puede emplear signos ni sonoros ni gráficos. El antropomorfismo aplicado a Dios nos ha metido por callejones sin salida. No seré capaz de convencerlos de que debemos salir de esa dinámica.

La mayoría de nuestros prejuicios están fundados en una interpretación literal de los lenguajes míticos que encontramos en toda Escritura e incluso en escritos muy posteriores que responden aún a una visión arcaica de la realidad. No puede existir un lenguaje de lo divino adecuado. La trascendencia no se puede meter en palabras ni siquiera en conceptos. Todo juicio sobre Dios será siempre un prejuicio. Toda idea de Dios será siempre un ídolo.

Cuatro relatos impactantes

Quiero terminar este capítulo con cuatro historias de animales a los que llamamos estúpidos precisamente por imitarnos. Creo que son un buen resumen de este apartado y aún de todo el libro. Las dos primeras pueden ser constatadas en la vida real. Las otras dos son fábulas pero expresan de manera genial las actitudes de los seres humanos en la vida real.

El camello convencido

Se trata de una caravana de diez camellos por el desierto. Al llegar la noche se disponen a descansar y atan los camellos a una estaca fuertemente clavada en la arena. Pero al llegar al décimo, no aparece la estaca correspondiente por ningún sitio. Entonces desclavan una de las estacas con disimulo y la vuelen a clavar para sujetar el último.

A la mañana siguiente desatan los nueve que estaban sujetos a su estaca, pero no hacen caso del que no estaba amarrado. Por más que tiran de él y le empujan, fue imposible hacerle dar un solo paso. Entonces a uno se le ocurrió hacer como que le desataba de su anclaje. Inmediatamente se pudo en marcha como todos los demás. no hace falta comentario alguno.

El elefante dócil

A un elefante recién nacido le sujetaron con una débil cadena, lo suficiente mente fuerte para contrarrestar sus pequeñas fuerzas. Intentó por todos los medios escapar de aquel lazo que le impedía correr y jugar, pero era demasiado fuerte para sus fuerzas. El elefante creció y le siguieron sujetando con aquel débil amarre. En ningún momento hizo el más mínimo esfuerzo por liberarse, porque tenía la experiencia de que era imposible escapar. Cuando se hizo adulto, tenía la energía suficiente para romper diez cadenas como la que le sujetaba, pero nunca lo intentó, convencido de su incapacidad.

El león aborregado

Este relato se lo oí a Tony de Mello (naturalmente en un vídeo). Un león recién nacido le mezclaron con los corderos de un rebaño. Creció con ellos y aunque completamente formado, seguía comportándose exactamente como uno de ellos. Un león salvaje se encuentra un día con él y trata de hacerle ver que no era un cordero sino un león. No hubo manera.

Entonces el león auténtico le coge por el cuello y lo lleva ante un estanque y le dice: mira, ese eres tú. Mírame a mí y mira ese cordero. El cordero miraba a uno miraba a otro y no sabía a qué atenerse. Paso un largo rato confundido, hasta en un momento determinado, el falso cordero dio un rugido y se marchó a la selva con el que le había abierto los ojos.

El águila gallina

Un huevo de águila real, fue colocado con los demás huevos de una gallina para que lo encubara con los suyos. Nació el aguilucho y desde el primer momento se crió con los demás polluelos. Comía con ellos, correteaba con ellos, era protegido por la gallina que le había encubado. Creció y se hizo fuerte como cualquier otra águila de su especie, pero nunca se le ocurrió volar, convencida de que era una gallina más.

X

No hay meta, no hay final

Es el momento de tratar de concretar en qué consiste esa plenitud de la que venimos hablando. No es nada fácil librarse de la maraña de interpretaciones en la que hemos estado enredados durante milenios. Abandonar los conceptos mitológicos que nos han dado seguridades durante tanto tiempo puede ser traumático. Ese ropaje está pegado a las heridas de nuestra piel y debemos actuar con mucha cautela.

Más que arrancar esos conceptos, debemos ir preparándonos para que ellos mismos se vayan cayendo a pedazos. Suelo decir a los que están experimentando el trauma de dar el salto a lo nuevo: no tires nada por la borda, espera a que se caiga. En la medida que descubras tu

esencia todos los capisayos y abalorios que te habían dado seguridad perderán importancia y terminarán por no significar nada para ti.

Los seres humanos se han hecho siempre la misma pregunta. Todas las religiones, sin excepción, han intentado responderla para tranquilizar las conciencias. El objetivo de toda vida humana debía ser responder al interrogante: ¿qué diablos pinto yo aquí? Pero a este nivel personal, la respuesta no debe ser teórica sino vivencial. Acabo de leer una inquietante frase: "es inhumano no preguntarse por la Realidad última".

Una salvación espiritualista, venida de fuera, aunque sea de parte de un dios que nos hemos creado ad hoc, no puede satisfacer al hombre de hoy. Si encima nos la proponen para el más allá, dejándonos en este valle de lágrimas hundidos en la miseria, nos encontramos ante un mito del que tenemos que salir cuanto antes. La salvación o es humana, lo cual no quiere decir que no sea divina, o no nos servirá para nada.

La punta de lanza de la evolución

La especie humana es el resultado de miles de millones de años de evolución. Esto hoy solo lo pone en duda algún descerebrado. El proceso no tiene por qué detenerse. Ampliando el concepto de evolución podemos pensar que el universo entero es el fruto de una constante evolución desde un hipotético punto infinitesimal de energía. Ni siquiera el paso de la materia inerte a la viva tiene que ser un salto, sino un proceso más, aunque incomprensible para nosotros hoy.

Al llegar la inteligencia, podríamos decir que la evolución se bifurca. La vida biológica sigue, pero aparece otra realidad que podemos también llamar Vida, con mayúscula, porque se trata de otra realidad completamente distinta aunque le pongamos el mismo nombre. Esta Vida, como la biológica, también tenemos que imaginarla en movimiento. En un ser vivo si no hay movimiento es que ha llegado la muerte.

La genial definición de Aristóteles: "motus ab intrinseco", que no ha sido superada hasta la fecha, puede servir para designar las dos: la vida biológica y la espiritual o trascendente. Esto es más importante de lo que pueda parecer a primera vista. Al tratar de concretar la plenitud de lo humano nos encontramos con que no estamos hablando de una meta a la que debemos llegar sino de un constante movimiento que no puede terminar

Hablar de plenitud humana puede ser también problemático. ¿Qué podría significar para el hombre estar lleno, colmado? La verdad es que no es fácil concretarlo. El ser humano no es un recipiente que tiene una capacidad determinada. Resulta que el hombre, cuanto más humano es, más crece su capacidad de humanidad, con lo que nunca se puede sentir colmado. Esto no nos tiene que inquietar sino todo lo contrario.

Lo que parece una dificultad en realidad nos puede abrir perspectivas insospechadas. Si no hay ninguna meta a la que llegar, nunca podemos darnos por satisfecho con lo que hemos logrado. Es curioso que las personas más realizadas fueran siempre las que más tiempo dedicaron al crecimiento en humanidad. La verdad es que mientras más haya avanzado hacia la plenitud más camino quedará por recorrer.

Pensemos como ejemplo, que el ser humano es un globo de goma. Empieza a hincharse al nacer y va expandiéndose a través de los años. Es muy significativo que cuanto más se expande más fina es la película que le separa del ambiente. Siempre puede crecer un poco más. Al explotar, lo único que sucede es que el aire que albergaba se mezcla con el que le rodea, demostrando que en realidad no eran tan distintas.

Recordad que durante milenios el aire se identificaba con el Espíritu, la vida. Según esto, el ser humano puede estar creciendo durante toda su vida en el Espíritu y cuando termina su andadura, se convierte totalmente en Espíritu. No podía haber un ejemplo mejor para indicar lo que hemos dicho. Hasta que te rompas, debes seguir adelgazando tu materialidad hasta que todo tu ser se convierta en Espíritu.

De este modo, resulta que cada día se convierte en ocasión de nuevas posibilidades, lo cual permite a las personas no aburrirse nunca, sino estar en tensión y en búsqueda de lo que no se ha descubierto todavía. Esta es la raíz de la verdadera ilusión y ganas de vivir. Cuanto más problemas y dificultades encuentres en tu camino, más empeño tienes que poner en buscar tu verdadero ser, que permanece siempre intacto.

Al considerar el mundo tal como lo contemplamos hoy puede invadirnos el desaliento. Pero tenemos infinidad de datos que nos pueden invitar a la esperanza, aunque descubrirlos sea mucho más difícil debido a las desastrosas evidencias, que nos llevan al pesimismo. Para sustentar la confianza hace falta mirar más allá de las narices y descubrir prometedoras aptitudes en lo más profundo del corazón humano.

Cada día hay más seres humanos encerrados en su egoísmo, que tratan de potenciar su estima a base de destruir. Pero la capacidad de altruismo es también cada vez mayor y creo que a la larga el bien se va a imponer sobre el mal. La capacidad que tenemos de aniquilarnos como especie va a suscitar la necesidad de unirnos para evitar la catástrofe. Los que obran por bondad y los que obran por puro egoísmo no tendrán más remedio que aunar esfuerzos para evitar el desastre total.

La Energía que ha conducido la evolución hasta aquí seguirá guiando el universo hacia su consumación. Esto no quiere decir que la evolución no se haya conseguido a costa de infinidad de fracasos. Quiere decir que también los fracasos contribuyen a encauzar la totalidad hacia adelante. Aunque nuestro mundo fracase en su empeño de ir adelante, la experiencia serviría a otros mundos para llegar más lejos que nosotros en su intento de plenitud.

Algunas personas, aunque hayan sido muy pocas, a través de la historia humana han sabido mantener muy alto el pabellón de una verdadera humanidad. Cada una de ellas, con un número insignificante de seguidores, ha sido capaz de mantener la llama del amor y contribuir a que la humanidad no se destruya. Hoy son más que nunca los que están en esa dinámica y no hay por qué pensar que tienen menor energía que los antepasados.

El conocimiento está creciendo de manera exponencial y todo conocimiento, sea del tipo que sea, nos ayudará a conocernos y a progresar en humanidad. Aunque con frecuencia se busca ese conocimiento de una manera puramente instrumental, es decir, para mejorar los distintos aspectos de la vida puramente biológica o para poder someter al otro, resulta que a la larga termina beneficiando a todos.

Llegados a este punto, podemos comprender mejor lo que hemos repetido durante todo este escrito: que salvarse no sería librarse de todas las limitaciones sino desplegar al máximo las posibilidades de plenitud que ya están implícitas en cada uno de nosotros. Caminar hacia esa plenitud es el objetivo último de toda vida humana. Los caminos pueden ser distintos, pero el objetivo es avanzar sin descanso.

La mayoría de las preguntas que nos hacemos sobre la salvación del ser humano, están mal planteadas porque todas dan por supuesto que hay un "yo" que salvar. La verdad es que no estamos aquí para salvar nuestro yo sino para tomar conciencia de que no existe tal yo y que

debo salir de ese engaño para entrar en la dinámica de otra realidad en la que ya soy de una manera definitiva y total.

Debemos superar la trampa de la individualidad y descubrir que mi verdadero ser trasciende lo que creo ser. La mayoría de las religiones han fallado al proponer la salvación como la seguridad y permanencia de ese falso yo, cuando lo que tenemos que hacer es superar esa falsa ilusión y descubrir lo que soy en armonía con todos los demás seres y con el Ser Absoluto que abarca y unifica todo lo creado.

Desde esta perspectiva, todos nos salvamos de alguna manera, puesto que todos desplegamos algún grado de humanidad. Todos estamos a la vez salvados y necesitados de salvación. Esta idea nos desconcierta, porque lo único que nos tranquiliza es la seguridad de estar salvado. Debemos tener muy claro que, por muchos que sean nuestros logros, siempre habrá posibilidad de avanzar hacia mayor humanidad.

Todo lo que descubro como carencia, todo aquello que creo que limita mis posibilidades de ser, debo llegar a percibirlo como una visión equivocada de la realidad. Nada puede limitar mi capacidad de humanidad, porque esa posibilidad de evolucionar pertenece a mi esencia. Todo lo demás es accidental y no puede deteriorar lo que es esencial. Esas carencias en lo accidental tienen que obligarme a buscar en otro lugar mi verdadera liberación.

Si afronto mis limitaciones adecuadamente, en lugar de rémora serán un acicate para descubrir que mi verdadera plenitud está más allá de lo que rechazo como dolor o deseo como placer. No podemos poner la salvación en la pretensión de ser otra cosa que criaturas limitadas. Sin mis limitaciones, dejaría de ser humano, y el intento de alcanzar mi plenitud se convertiría en una quimera. Siendo limitado como soy, mis posibilidades de ser más serán siempre ilimitadas.

Ni el sufrimiento ni la enfermedad ni la muerte ni siquiera los fallos morales restan un ápice a mi condición de ser humano. Todo lo contrario, si me quitaran todas esas limitaciones, dejaría de serlo. Mi plenitud la tengo que alcanzar a pesar de esas limitaciones no eliminándolas. Lo que se puede quitar o añadir pertenece al orden de las cualidades y la verdadera salvación tiene que afectar a la esencia de mi ser.

En contra de lo que hemos aprendido, no se trata de atravesar ningún umbral o barrera, sino de afianzarme en mi verdadero ser. La esencia de mi ser me trasciende pero está ahí, aunque no puedo comprenderla ni manifestarla. Soy lo que fui y lo que seré. Cuando tomemos conciencia clara de que no hay ningún yo, empezaré a experimentar mi auténtico ser. Si no capto esta idea, estaré toda mi vida dando palos de ciego.

Estoy aquí para desprenderme de lo que creía ser y lograr que no quede nada de ese fantasma del falso yo que me está impidiendo ver la Realidad que soy. Lo mismo que para conseguir un metal puro tengo que someterlo al fuego para que queme toda la escoria, así tengo que consumir mi ego y quedar libre para darme a los demás. Como la vela que para ser útil y alumbrar tiene que consumirse y desaparecer.

Cuando nos pasamos la vida adornando y pintando la vela para verla cada vez más bonita, estamos perdiendo el tiempo y retrasando nuestra verdadera meta, que es consumirnos. Y cuando le pedimos a Dios que nos conserve para toda la eternidad, porque hemos conseguido ser los más bonitos, hacemos el ridículo. No es fácil escapar de esa trampa pero debemos intentarlo porque en ello nos va la vida y la Vida.

Más humano, más divino

Es especialmente difícil plantear este tema, precisamente en este momento de la historia, en que empezamos a vislumbrar la posibilidad de un salto cualitativo imprevisible hacia una post humanidad. Es curioso que estemos planteando ya un cambio radical de nuestra especie cuando la inmensa mayoría de los seres humanos no hemos llegado todavía a un grado aceptable de humanidad.

Lo inquietante es que ese cambio no vendrá por una evolución biológica natural, como ha ocurrido hasta la fecha con todas las formas de vida, sino por una mutación producida por nuestra capacidad mental. Está claro que ya hemos entrado en esa dinámica de evolución, que además es imparable. Hoy sabemos que no nos conducirá al superhombre de Nietzsche, pero sí puede llevarnos a la conciencia de totalidad.

Llamamos plenitud al despliegue de todas las posibilidades de ser que el hombre ya tiene. Al decir todas, nos referimos a las biológicas y a las espirituales. No es fácil definirla, pero todos sabemos lo que decimos cuando calificamos a una persona de "muy humana". Cuando haya llegado al máximo de esas posibilidades, habrá alcanzado su liberación. En realidad no se ha liberado de nada, simplemente ha evolucionado.

Suponer que un ser humano ha llegado al límite de sus posibilidades, es ir en contra de la cotidiana experiencia. Es inconcebible un ser vivo sin capacidad de crecer. La historia de la biología nos lo demuestra con absoluta rotundidad. Estar vivo es equivalente a evolucionar. La NASA ha añadido a la definición clásica de vida: "ser capaz de evolución darwiniana".

Todavía hoy es difícil no dejarse llevar por el placer inmediato o huir del dolor a toda costa. No es nada fácil aprender a gozar y sufrir como verdaderos seres humanos. Nuestra tarea sería aceptar las limitaciones que no podemos superar, pero mantener siempre el espíritu de lucha y no caer nunca en el desaliento, aunque sintamos nuestras propias debilidades, ni caer en la resignación frustrante. Para un ser humano siempre serán más importantes las posibilidades que las limitaciones.

Para llegar a esta actitud de equilibrio es imprescindible partir de la verdad de lo que somos. Sin conocerse a sí mismo será imposible adentrarnos por este camino de maduración personal. Un verdadero equilibrio es fundamental. No debemos infravalorarnos por descubrir nuestras debilidades. Pero tampoco debemos creernos el ombligo del mundo y caer en el narcisismo, que también nos deshumaniza.

Hoy por hoy, la capacidad de conocer y de amar, es la más alta posibilidad que tenemos como seres humanos. No digo solo amar, porque el amor es siempre consecuencia de un conocimiento. Los escolásticos decían que no se puede amar lo que no se conoce. Yo añado que hay que conocer algo como bueno, porque si percibo que es malo, en vez de amarlo lo rechazaré. Insisto en esta idea porque ha sido para mí una luz que me ha permitido superar infinidad de aporías.

No podemos imaginar el amor como algo puramente teórico y abstracto. El amor es lo más práctico, porque nos empuja a la acción en dirección del objeto amado. El amor que no se manifiesta en obras o actitudes no existe. Debemos descubrir que esta visión del amor es aún imperfecta porque es relación entre un sujeto y un objeto. El grado máximo de amor consiste en superar la dualidad y vivir la unidad.

Podemos decir sin miedo a equivocarnos que es más humano el que es capaz de amar más, es decir, aquel que ha superado todo dualismo y se siente uno con todos y con el Todo. Bien entendido que siempre existe la posibilidad de ser más humano, y por lo tanto siempre hay la

posibilidad de amar más. La meta sería la total identificación con la realidad entera y con Dios que es todo y solo amor. Esto sería sumergirnos en el ágape que es Dios

Peligroso salto hacia delante

Con frecuencia llegan noticias inquietantes de las posibilidades que se están abriendo a la humanidad. La inteligencia artificial avanza a velocidad supersónica. No tenemos ni idea de a dónde puede llevarnos la superación de la racionalidad. El hecho de que una máquina gane una partida de ajedrez al campeón del mundo nos hace temblar. Un ordenador fabricado por el hombre es capaz de superar al hombre en inteligencia.

Esto es ya una realidad y no podemos ignorarla. Si el valor supremo que nos hace humanos es la inteligencia, muy pronto quedaremos relegados a un segundo plano en la escala de la evolución. Solo si la conciencia de sí y los valores espirituales están por encima de la inteligencia a la hora de valorar lo humano, podemos tener alguna esperanza de mantener la primacía de lo humano. Las máquinas más avanzadas no han conseguido aún traspasar ese límite.

¿Podrá una máquina llegar a tener sentimientos y emociones? ¿Llegará un ordenador a sentir amor hacia otro ordenador o hacia otras personas? Parece que aún estamos lejos de esa meta, pero no se puede descartar en absoluto. Los biólogos se están acercando a pasos agigantados a una comprensión de la vida puramente química. Los procesos biológicos se explican cada vez mejor a través de interacciones electroquímicas de las distintas partes del organismo.

La ciencia está prescindiendo alegremente de toda referencia a realidades supra materiales, se llame alma, vida o espíritu. Nos estamos aproximando a una concepción puramente material de la existencia humana. Todo en el hombre parece que se reduce a reacciones químicas muy complejas que aún no hemos desentrañado. Pero puede ser que un día lleguemos a comprender y explicar con la mayor naturalidad.

Al ritmo que llevamos parece que en muy pocos años puede cambiar drásticamente el concepto de vida. Desde la nueva perspectiva científica, la vida humana no sería más que un grado más elevado de las puras reacciones electroquímicas. No basta con rechazar la idea porque degrada nuestra autoestima. La realidad está ahí, aunque no esté nada clara para nuestra mente. Tal vez está llegando la hora de hacer una cura de humildad y aceptar lo inaceptable.

De la misma manera que de la materia inorgánica surgió, sin que todavía sepamos cómo la vida biológica, de la vida inteligente puede surgir otra "vida" no basada en el carbono sino en el silicio. El aumento de los conocimientos que tenemos del funcionamiento del cerebro hace posible que nos podamos acercar cada día más a reproducirlo. Si todo él se reduce a conexiones eléctricas, por más complicadas que sean, llegará un día en que el hombre pueda reproducirlo.

Hoy por hoy con los conocimientos que tenemos, seguimos pensando que el ser humano es algo más que la suma de los componentes que la ciencia pueda analizar y distinguir. Creo que lo que nos hace humano no es lo que podamos analizar con microscopio y bisturí. Ese plus indescifrable es lo verdaderamente valioso y lo que tenemos que considerar único y divino. En desplegar hasta el límite eso que está ya en nosotros intangible, pero sublime consistirá nuestra plenitud.

Ser cristiano significa ser más humano

Me atrevo a formular esta idea, aunque tengo muy claro, como Nietzsche, que "solo hubo un cristiano y ese murió en la cruz". Y tampoco eso es exacto, porque Jesús no fue cristiano. Cristiano solo puede ser el que le sigue de verdad. También aquí debemos desprendernos de nuestros prejuicios. Nuestra formación religiosa es incapaz de responder a los acuciantes interrogantes que hoy se hace cualquier ser humano.

Ya dijimos que para las primeras comunidades el único criterio de pertenencia era el reconocimiento y seguimiento de Jesús. No necesitaban otros distintivos porque seguían siendo judíos. Se encontraban muy a gusto en su condición y seguían cumpliendo la Ley y practicando el culto judío. Los judíos no seguidores de Jesús tampoco se sentían incómodos. "Eran muy bien vistos de todo el pueblo", dicen Los Hechos.

Lo único que les unía era el recuerdo de Jesús. La principal labor de las primeras comunidades fue la interpretación de la figura de Jesús. Debe quedar claro que esa interpretación nunca fue uniforme. Aunque su visión de Jesús fue muy distinta, el recuerdo de los dichos y hechos de Jesús fue el aglutinante de todas ellas. Tampoco suponía ningún escándalo que hubiera distintas visiones del único Jesús, con tal que todos le reconocieran como el único ejemplo a imitar.

Cuando empezaron su andadura independiente de judaísmo, sintieron la necesidad de elaborar su propia teología, de ir construyendo un culto diferente y unas normas morales mejor adaptadas a las nuevas exigencias de su Maestro. Pablo es el que habla por primera vez de "la sana doctrina". En ninguna otra parte del NT se habla de una doctrina específicamente cristiana, distinta de la Ley y los Profetas.

A medida que creció el tamaño de las comunidades, se fue perdiendo la vivencia personal y se tuvieron que modificar los criterios de pertenencia, identificándolos con lo que se creía, lo que se practicaba y con la repetición de unos ritos. Al no poder confiar en la vivencia interno, se tuvo que confiar en las manifestaciones externas. Y empezaron a desplegarse los mecanismos que permitieran esta nueva identificación formal.

Debemos recuperar la actitud de los primeros cristianos y volver a la experiencia interior como fundamento de nuestra pertenencia cristiana. No queremos decir que debemos abandonar nuestras creencias, normas morales o ritos. Queremos advertir que esa parafernalia no es suficiente para considerarnos cristianos. Debemos potenciar la religión externa en la medida que consolide esa vivencia, y debemos abandonarla en la medida que sea inútil o nos aleje de ella.

Ser cristiano sería descubrir dentro de cada uno lo que descubrió Jesús, y desarrollarlo viviendo una vida de acuerdo con lo que él vivió. Sería descubrir a Dios como don absoluto e incondicional que espera solo que le hagamos presente en nuestra vida. Sería desplegar, como el desplegó, todas las posibilidades de ser que ya están en cada uno de nosotros.

Hoy no es suficiente el reconocer a Cristo como encarnación puntual de Dios. Hay que descubrir que Dios es encarnación y que está en todos y cada uno de nosotros con todo lo que Él es. Seguir a Jesús será tomar conciencia de lo que fue su vida como manifestación de Dios. Tomar conciencia de que lo que Dios fue para Jesús lo sigue siendo para cada uno de nosotros.

Hoy, después de dos mil años, nuestra tarea como cristianos no es obsesionarnos con su divinidad, sino descubrir el camino que nos lleva a su humanidad. Daremos pasos hacia nuestra plenitud en la medida que despleguemos nuestra verdadera humanidad. Debemos

olvidarnos de lo divino que está fuera y convencernos de que aflorará en nosotros lo divino en la medida que lo humano vaya tomando cuerpo en nuestro ser.

Humanidad y convivencia

Hemos repetido una y otra vez que una salvación individual es imposible. Pero debemos insistir en este punto porque no es nada fácil de entender. Solo una relación adecuada con los demás puede llevarme a esa plenitud de la que hablamos. Pretender una plenitud individual sin tener en cuenta al otro es una quimera. No digo nada si esa pretensión va más allá y la queremos conseguir a costa de los demás.

No es suficiente una buena relación con los familiares y amigos, o con los que compartimos intereses. Esa sería una relación puramente instintiva que no me lleva a la verdadera humanidad. Solo puede salvar una buena relación humana con todos aquellos que me encuentro en mi camino. Dando un paso más podemos decir que esa buena relación solo será demostrativa de una verdadera humanidad cuando se dirige a aquellos que están marginados y despreciados de todos.

Entramos aquí en un terreno muy resbaladizo. Se han derramado ríos de tinta hablando de los pobres. La Teología de la Liberación no habla de otra cosa, pero la verdad es que no acabamos de dar con la tecla debida para que suene con armonía. No es verdad que Dios o Jesús tengan predilección por los pobres. Este aserto es un solemne disparate. He repetido hasta la saciedad que Dios es el mismo para todos.

Lo que sí es verdad es que mientras los cristianos no seamos capaces de eliminar la pobreza, toda pobreza, no podemos presumir de haber hecho presente el Reino de Dios. El cristiano debe preocuparse por todos los seres humanos, pero aquel que más lo necesita tiene que ser el objeto primero de mi acción. Ninguna pobreza es inocente. Toda pobreza hace referencia a una riqueza injusta.

La salvación tiene que empezar por las necesidades perentorias. El alimento, el vestido, la vivienda, la enseñanza son imprescindibles para poder mantener una vida humana. Si no tenemos cubiertas estas necesidades básicas, será difícil pretender desarrollar otras posibilidades de ser humanos. El ideal sería que todos los habitantes del planeta tuvieran las mismas posibilidades materiales y espirituales para crecer.

¿Qué grado de alimentación o de salud o de vestido y de vivienda y educación sería necesario para poder acceder a una vida humana? Este planteamiento es inadecuado. En realidad, tendríamos que conseguir que no hubiera ninguna diferencia entre los seres humanos. Todo aquel que posea más recursos debía estar dispuesto a compartirlos con el que tiene menos. Estamos a años luz de este planteamiento.

Los privilegiados defendemos con uñas y dientes nuestra situación, creyendo que tenemos derecho a lo que hemos conseguido con nuestro esfuerzo. Esa conciencia que tenemos de lo mío, de lo nuestro, es la mejor prueba de nuestra falta de humanidad. Nos seguimos guiando por el instinto de conservación que es común a todos los seres vivos y dejamos aparcada nuestra condición de seres humanos.

La ausencia de equilibrio se debe siempre a la obsesión por las seguridades. En último caso estamos dispuestos a ayudar al otro, pero bajo la condición de que no me reste en nada mi capacidad de consumo. Es inhumano que consideremos intrusos a los que llegan a nuestras fronteras en busca de la pura subsistencia y argumentemos que vienen a quitarnos lo nuestro para negarnos a abrirles la puerta.

Si no tenemos asegurada la biología, es inútil que intentemos otras salvaciones. Nuestra mente consciente debe preocuparse también por la supervivencia. Es más, la mente surgió con el objetivo de asegurar nuestra biología. En las sociedades y países desarrollados tendemos a dar por supuesto que las necesidades biológicas están aseguradas. Pero ese estado de cosas no se da todavía para una gran parte de la humanidad.

La evolución, incluso la humana, solo se puede explicar por la supervivencia pertinaz de los individuos mejor adaptados a las circunstancias de la vida. La evolución no está teledirigida desde fuera. Es más bien el resultado de infinitos intentos por reaccionar adecuadamente a los estímulos externos. Unas veces se logra y otras se fracasa, pero los fracasos se olvidan y los logros permanecen para la posteridad.

La necesidad de cuidados y seguridades externas son también imprescindibles a la hora de adentrarnos por las posibilidades específicamente humanas, pero siguen siendo comunes a la inmensa mayoría de los animales superiores. Satisfacer esas necesidades puede ser muy útil a nuestra biología, pero no puede llevarnos a la verdadera salvación humana.

Desplegar la capacidad de amar es ya algo específicamente humano. Aquí estamos pisando ya un terreno que nos aleja de lo puramente animal. En este ámbito es necesario un equilibrio psicológico que va mucho más allá de lo biológico. Nos encontramos en el campo de lo específicamente humano cuyas dimensiones no podemos ya concretar.

Exige el conocimiento del verdadero ser del hombre y la experiencia interior de la posibilidad de desplegar la genuina esencia de lo humano. Por supuesto que no se trata solo de un conocimiento racional. Esta trampa nos ha impedido avanzar en la verdadera dirección de la búsqueda. La razón ha sido imprescindible para alcanzar nuestro ser biológico, pero no es suficiente para llevarnos a lo plenamente humano.

Esa plenitud humana, que es la consecuencia del verdadero amor, es imposible sin la relación con los demás. Nadie puede aprender a amar si no es amado antes. Nadie puede desplegar su capacidad de amar si no encuentra el objeto de ese amor. El amor no puede ser nunca una teoría. Todo lo que podamos hablar del amor es humo si no amamos en la práctica.

Ya hemos repetido con insistencia que no hay plenitud humana sin relaciones. Podemos afirmar también lo contrario: en la medida que seamos más humanos las relaciones entre nosotros serán más adecuadas. El grado de convivencia será el mejor termómetro del grado de humanidad que hemos alcanzado. La desastrosa convivencia entre los seres humanos de hoy está demostrando nuestro bajo grado de humanidad.

La globalización es un fenómeno completamente novedoso y que nos desborda por los cuatro costados. Nunca se había producido un hecho que se pudiera parecer ni de lejos a lo que está sucediendo en este momento en nuestro mundo. Afecta a todos los aspectos de la vida y sus consecuencias ya las estamos disfrutando-sufriendo en muchas áreas de la existencia humana.

La globalización ha permitido a la sociedad mundial enterarse, en tiempo real, de las peripecias de cada institución religiosa. Hoy es imposible mantener a raya las ideas que surjan en cualquier rincón del mundo. Es inútil que se prohíba su difusión por cualquiera de los medios de comunicación. Nadie puede controlar lo que se publica en las redes sociales o en el omnipresente internet.

Cuando las ideas novedosas conectan con los deseos o las aspiraciones de una gran mayoría de individuos, se propagan a tal velocidad que pueden cambiar en muy poco tiempo los

paradigmas de comprensión de capas inmensas de la sociedad. Muchas veces he escuchado: eso que dices ya lo había pensado yo, pero no me atrevía a decirlo.

Los libros sagrados de todas las religiones son examinados con lupa por el conjunto de la población mundial. De este modo salen a la luz pública, no solo las propuestas plausibles y bienhechoras que con todo derecho le gusta destacar a la religión correspondiente, sino las contradicciones y los aspectos negativos que también se encuentran en todas las escrituras consideradas sagradas o divinas.

Esta crítica de personas ajenas a la propia religión tiene una importancia decisiva a la hora de tomar conciencia de los propios errores. La pretensión de verdad absoluta se ha venido abajo y ha abierto el camino para la crítica interna desde dentro de cada una de las religiones. Una razonada crítica que venga de fuera puede ser el detonante de una revisión interna.

Una vez que se ha abierto la veda, la crítica desde dentro de la misma religión, suele ser más devastadora que la que puede hacer uno desde fuera y con menor conocimiento de los entresijos de la propia institución. No hay peor cuña que la de la misma madera, dice el refrán. Es una pena que la mayoría de esas críticas se hagan desde el resentimiento, lo cual no solo anula la eficacia sino que la convierte en veneno.

La falta de control absoluto sobre los miembros de una Iglesia, permite a estos acercarse a las demás religiones y descubrir que también en ellas podemos encontrar apuntes valiosos que nos pueden ayudar a entender mejor la compleja situación del hombre en este mundo. La superación del pretendido valor absoluto de la verdad propia, ayuda a sentirse más a gusto en esa búsqueda en otras experiencias religiosas.

También se está perdido el miedo a quedar a la intemperie sin el refugio sagrado de la propia institución. Hoy la excomunión, que en otras épocas condenaba al ostracismo, en lugar de ser una exclusión aniquilante, puede llegar a ser una liberación, que de otro modo no se hubiera atrevido a alcanzar. El primer requisito para poder sentirse libre es sentirse libre de todo corsé religioso.

Esta confrontación de cada religión con el pensamiento global obliga a cada una a superar ideas aberrantes que se han mantenido sin crítica durante milenios. Muchos de los derechos humanos fundamentales tuvieron que ser aceptados a regañadientes por nuestra religiosidad oficial después de haberlos rechazado, incluso con violencia, durante años.

Pensemos, por ejemplo en la esclavitud, la igualdad del hombre y la mujer, el racismo, la homosexualidad, etc. Nos debía preocupar que religiones universales hayan tenido tanta dificultad para descubrir la inhumanidad de sus doctrinas y de sus prácticas. Nuestra obligación es aprender de los errores. Está ya meridianamente claro que ninguna religión tiene derecho a creerse en posesión absoluta de la verdad.

Consumiéndome cumpliré mi tarea

La mayoría de las preguntas que nos hacemos sobre la salvación del ser humano, están mal planteadas porque todas dan por supuesto que hay un "yo" que salvar. La verdad es que no estamos aquí para salvar nuestro yo sino para tomar conciencia de que no existe tal yo y que debo salir de ese engaño para entrar en la dinámica de otra realidad en la que ya soy de una manera definitiva y total.

Debemos superar la trampa de la individualidad y descubrir que mi verdadero ser trasciende lo que creo ser. La mayoría de las religiones han fallado al proponer la salvación como la seguridad y permanencia de ese falso yo, cuando lo que tenemos que hacer es superar esa

falsa ilusión y descubrir lo que soy en armonía con todos los demás seres y con el Ser Absoluto que abarca y unifica todo lo creado.

Desde esta perspectiva, todos nos salvamos de alguna manera, puesto que todos desplegamos algún grado de humanidad. Todos estamos a la vez salvados y necesitados de salvación. Esta idea nos desconcierta, porque lo único que nos tranquiliza es la seguridad de estar salvado. Debemos tener muy claro que, por muchos que sean nuestros logros, siempre habrá posibilidad de avanzar hacia mayor humanidad.

Todo lo que descubro como carencia, todo aquello que creo que limita mis posibilidades de ser, debo llegar a percibirlo como una visión equivocada de la realidad. Nada puede limitar mi capacidad de humanidad, porque esa posibilidad de evolucionar pertenece a mi esencia. Todo lo demás es accidental y no puede deteriorar lo que es esencial. Esas carencias en lo accidental tienen que obligarme a buscar en otro lugar mi verdadera liberación.

Si afronto mis limitaciones adecuadamente, en lugar de rémora serán un acicate para descubrir que mi verdadera plenitud está más allá de lo que rechazo como dolor o deseo como placer. No podemos poner la salvación en la pretensión de ser otra cosa que criaturas limitadas. Sin mis limitaciones, dejaría de ser humano, y el intento de alcanzar mi plenitud se convertiría en una quimera. Siendo limitado como soy, mis posibilidades de ser más serán siempre ilimitadas.

Ni el sufrimiento ni la enfermedad ni la muerte ni siquiera los fallos morales restan un ápice a mi condición de ser humano. Todo lo contrario, si me quitaran todas esas limitaciones, dejaría de serlo. Mi plenitud la tengo que alcanzar a pesar de esas limitaciones no eliminándolas. Lo que se puede quitar o añadir pertenece al orden de las cualidades y la verdadera salvación tiene que afectar a la esencia de mi ser.

En contra de lo que hemos aprendido, no se trata de atravesar ningún umbral o barrera, sino de afianzarme en mi verdadero ser. La esencia de mi ser me trasciende pero está ahí, aunque no puedo comprenderla ni manifestarla. Soy lo que fui y lo que seré. Cuando tomemos conciencia clara de que no hay ningún yo, empezaré a experimentar mi auténtico ser. Si no capto esta idea, estaré toda mi vida dando palos de ciego.

Estoy aquí para desprenderme de lo que creía ser y lograr que no quede nada de ese fantasma del falso yo que me está impidiendo ver la Realidad que soy. Lo mismo que para conseguir un metal puro tengo que someterlo al fuego para que queme toda la escoria, así tengo que consumir mi ego y quedar libre para darme a los demás. Como la vela que para ser útil y alumbrar tiene que consumirse y desaparecer.

Cuando nos pasamos la vida adornando y pintando la vela para verla cada vez más bonita, estamos perdiendo el tiempo y retrasando nuestra verdadera meta, que es consumirnos. Y cuando le pedimos a Dios que nos conserve para toda la eternidad, porque hemos conseguido ser los más bonitos, hacemos el ridículo. No es fácil escapar de esa trampa pero debemos intentarlo porque en ello nos va la vida y la Vida.

fin